

NOVENTA Y TRES

TOMO SEGUNDO.

1779-6
BIBLIOTECA
VICTOR HUGO

NOVENTA Y TRES

NOVELA HISTÓRICA , ORIGINAL

TRADUCIDA

POR D. N. FERNANDEZ CUESTA.

PRIMERA NARRACION.—LA GUERRA CIVIL.

TOMO II.

SEGUNDA EDICION.

MADRID

GASPAR Y ROIG, EDITORES.

CALLE DEL PRINCIPE NÚM. 4.

—
1874.



ADVERTENCIA.

Los editores Gaspar y Roig han adquirido el derecho esclusivo para publicar esta obra en idioma castellano en Francia, España y sus posesiones ultramarinas, por lo que se perseguirá á cualquiera que infrinja las leyes de propiedad literaria vigentes en la materia.

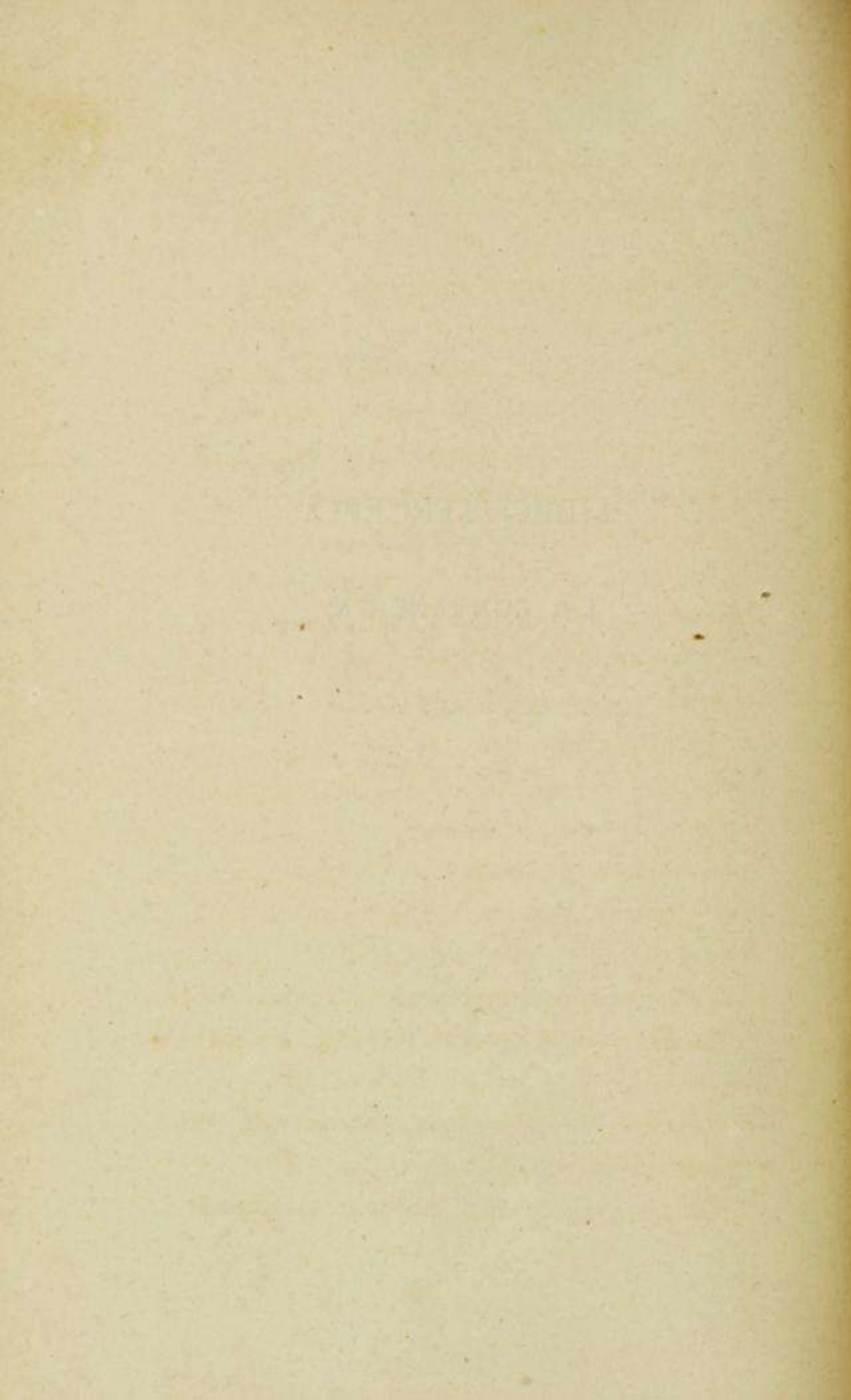
SEGUNDA PARTE.

EN PARIS.

(CONTINUACION.)

LIBRO TERCERO.

LA CONVENCION



I.

LA CONVENCION.

I.

Nos acercamos á la gran cima: la Convencion.

La mirada se detiene en presencia de esa cúspide.

Nunca se ha presentado cosa mas alta en el horizonte de la humanidad.

En el globo físico tenemos el Himalaya;

en el mundo de la historia sobresale la Convencion.

La Convencion es quizá el punto culminante de la historia.

Cuando la Convencion vivia, porque las asambleas viven, nadie comprendia lo que era. Lo que no podian ver los contemporaneos era precisamente su grandeza; estaban demasiado atemorizados para que los deslumbrase. Todo lo que es grande inspira un horror sagrado. Es fácil admirar las medianías y las colinas; pero lo que es grandisimo. genio ó monte, asamblea ú obra maestra, visto de cerca espanta. Toda cima parece una exageracion: el subir fatiga; el que sube se sofoca en los sitios escarpados, se escurre en las pendientes, se lastima en las asperezas que sin embargo son bellas; los torrentes espumosos le anuncian los precipicios; las nubes le ocultan las cimas; la ascension le aterroriza tanto como el peligro de la caida: de aquí que la admiracion sea mucho menor que el espanto; de aquí ese sentimiento extraño que puede llamarse la aversion á lo grande. Se ven en efecto los abismos, pero no la sublimidad; se ve el monstruo, no el prodigio. Asi fue juzgada al principio la Convencion, mirada por los miopes,

•

cuando habia nacido para ser contemplada por las águilas.

Hoy la vemos en perspectiva, y nos presenta, en una lontananza serena y trágica, el inmenso perfil de la revolucion francesa.

II.

El 14 de julio habia libertado.

El 10 de agosto habia fulminado.

El 21 de setiembre fundó.

El 21 de setiembre: el equinoccio, el equilibrio, *Libra*, la balanza. La república, segun observó Romme, fué proclamada bajo este signo de la Igualdad y de la Justicia, y anunciada por una constelacion.

La Convencion es el primer avatar del pueblo. En ella se abrió la gran página nueva de la Historia, y en ella comenzó el porvenir que hoy es presente.

Toda idea necesita una envoltura visible, todo principio una habitacion. Una iglesia es Dios entre cuatro paredes; y á todo dogma corresponde un templo. Cuando nació la Convencion, el primer problema que hubo que resolver fué prepararle alojamiento.

Para este objeto se dispuso al principio el Picadero y despues el palacio de las Tullerías. Se pusieron bastidores, adornos, una tribuna cuadrada, bancos simétricos; David pintó la sala de un color gris; se levantaron pilastras paralelas; zócalos parecidos á tajos de cocina; largas rodas rectilíneas, alveolos rectangulares donde se agolpaba la multitud y que se llamaban tribunas públicas; un velarium romano, paños griegos; y en aquellas líneas y en aquellos ángulos rectos, se instaló la Convencion: que fué poner la tempestad en la geometría. En la tribuna el gorro frigio estaba pintado de gris. Los realistas comenzaron por reirse de aquel gorro encarnado que era gris, de aquella sala postiza, de aquel

monumento de carton, de aquel santuario de papel machacado, de aquel panteon de cieno y de saliva : ¡pero cuán pronto debia desaparecer todo! Las columnas se componian de duelas de toneles, las bóvedas eran de madera, los bajo-relieves de estuco, los entablamentos de pino, las estátuas de yeso, los mármoles pintados, las paredes de tela; y en esta habitacion provisional, fué donde la Francia produjo lo eterno.

Las paredes de la sala del Picadero, cuando la Convencion, se reunió en ella á celebrar sus sesiones, estaban todas cubiertas de las inscripciones y carteles que habian pululado en París en la época de la vuelta de Varennes. Una de aquellas decia : *El rey vuelve : el que le aplauda debe ser apaleado; el que le insulte debe ser ahorcado.* En otra se leia : *Silencio : no hay que quitarse el sombrero : va á pasar delante de sus jueces.* En otra: *el rey, apuntando á la nacion, ha hecho fuego por largo tiempo contra ella : á la nacion, toca hacer fuego ahora.* En otra : *¡la ley, la ley!* Entre estas paredes juzgó la Convencion á Luis XVI.

En las Tullerías, que se llamaron el Palacio Nacional y á donde la Convencion se trasladó el 10 de mayo de 1793, el salon de sesiones ocu-

paba todo el espacio que mediaba entre el pabellon del Relox, llamado pabellon-Unidad, y el pabellon Marsan, llamado pabellon-Libertad. El de Flora tenia por nombre pabellon Igualdad. Subíase á aquel salon por la grande escalera de Juan Bullant. Bajo el piso principal ocupado por la Asamblea, todo el piso bajo del palacio estaba convertido en una especie de salon de guardias lleno de armeros y camastros para las tropas de todas armas que vigilaban alrededor de la Convencion. La Asamblea tenia una guardia de honor, cuyos individuos se llamaban «granaderos de la Convencion.»

Una cinta tricolor separaba el palacio, donde estaba la Asamblea, del jardin, por donde se paseaba el pueblo.

III.

Acabemos de decir lo que era el salon de sesiones, porque es interesante todo lo que se refiere á tan terrible lugar.

Lo que al entrar llamaba primero la atencion, era una gran estatua de la Libertad entre dos espaciosas ventanas.

Cuarenta y dos metros de longitud, diez de

anchura y once de altura eran las dimensiones de lo que habia sido teatro del rey, convertido despues en teatro de la revolucion. La elegante y magnífica sala construida por Vigarani para los cortesanos, desapareció bajo el tosco maderámen que en 93 debia soportar el peso del pueblo. Aquel maderámen sobre el cual se levantaban las tribunas públicas, tenia por único punto de apoyo un poste, circunstancia que vale la pena de ser notada, poste de un solo trozo y que contaba diez metros de estension. Pocas cariátides han trabajado tanto como aquel poste: él soportó la aclamacion, el entusiasmo, la injuria, el ruido, el tumulto, el inmenso caos de la cólera, el motin, todo sin doblegarse. Despues de la Convencion sostuvo al consejo de los Ancianos, hasta que le dió su relevo el 18 brumario.

Percier entonces sustituyó al pilar de madera columnas de mármol que duraron menos.

El ideal de los arquitectos es á veces singular. El arquitecto de la calle de Rivoli tuvo por ideal la línea trayectoria de una bala de cañon; el arquitecto de Carlsruhe se propusó por ideal un abanico: el ideal del arquitecto que construyó el salon de sesiones á donde trasladó las suyas

anchura y once de altura eran las dimensiones de lo que habia sido teatro del rey, convertido despues en teatro de la revolucion. La elegante y magnífica sala construida por Vigarani para los cortesanos, desapareció bajo el tosco maderámen que en 93 debia soportar el peso del pueblo. Aquel maderámen sobre el cual se levantaban las tribunas públicas, tenia por único punto de apoyo un poste, circunstancia que vale la pena de ser notada, poste de un solo trozo y que contaba diez metros de estension. Pocas cariátides han trabajado tanto como aquel poste: él soportó la aclamacion, el entusiasmo, la injuria, el ruido, el tumulto, el inmenso caos de la cólera, el motin, todo sin doblegarse. Despues de la Convencion sostuvo al consejo de los Ancianos, hasta que le dió su relevo el 18 brumario.

Percier entonces sustituyó al pilar de madera columnas de mármol que duraron menos.

El ideal de los arquitectos es á veces singular. El arquitecto de la calle de Rivoli tuvo por ideal la línea trayectoria de una bala de cañon; el arquitecto de Carlsruhe se propusó por ideal un abanico: el ideal del arquitecto que construyó el salon de sesiones á donde trasladó las suyas

la Convencion en 10 de mayo de 1793, parece haber sido un gigantesco cajon de cómoda, largo, alto y plano. A uno de los lados mayores del paralelógramo, estaba adosado un vasto semicírculo: era el anfiteatro de los bancos de los representantes, sin mesas ni pupitres. Garan-Coulon, que escribia mucho, tenia que hacerlo sobre la rodilla. Enfrente de los bancos estaba la tribuna; delante de esta se ostentaba el busto de Lepelletier-Saint-Fargeau, y detrás el sillón del presidente.

La cabeza del busto sobresalia un poco del borde de la tribuna, por lo cual mas adelante fué quitado de allí.

El anfiteatro constaba de diez y nueve bancos semicirculares colocados en otras tantas filas, con otros mas pequeños que se estendian hasta formar las dos puntas del semicírculo.

Abajo en el hemiciclo al pié de la tribuna, estaban los porteros.

A un lado de la tribuna, en un cuadro de madera negra aplicado á la pared, se veia un gran cartel de nueve piés de altura, donde en dos columnas separadas por una especie de cetro, se leia la declaracion de los derechos del hombre.

Al otro lado hubo al principio un espacio vacío que después se ocupó con un cuadro parecido en que se estampó la constitución del año II, y cuyas dos columnas aparecían separadas por una espada.

Por encima de la tribuna parlamentaria y de la cabeza del orador, saliendo de una profunda tribuna popular llena de espectadores y dividida en dos compartimentos, ondeaban tres inmensas banderas tricolores apoyadas en un altar sobre el cual se leían estas dos palabras: LA LEY. Detrás de aquel altar, se levantaba, como centinela de la palabra libre, un enorme haz romano, tan alto como una columna. Estatuas colosales adosadas á las paredes, daban frente á los representantes. El presidente tenía á Licurgo á su derecha, y á su izquierda á Solon; Platon sobresalía por cima de la Montaña.

Los pedestales de aquellas estatuas, eran simples discos colocados sobre una larga cornisa saliente que daba la vuelta al salón y separaba al pueblo de la Asamblea. Los espectadores apoyaban los codos en aquella cornisa.

El cuadro de madera negra que contenía los *Derechos del Hombre* subía hasta la cornisa y ta-

paba un poco el dibujo del entablamento ; interrupcion de la línea recta que hacia murmurar á Chabot, diciendo á Vadier : *¡ que feo es eso !*

Las cabezas de las estátuas tenían coronas, unas de encina y otras de laurel alternativamente. Una colgadura verde en que estaban pintadas de color verde tambien, pero mas oscuro, las mismas coronas, descendia en grandes pliegues rectos desde la cornisa que circundaba el salon hasta el piso de este. Por cima de ella se veia tan solo la pared blanca y fria, en la cual se abrian, como formados con un sacabocados, sin molduras ni follage, dos órdenes de tribunas públicas, las cuadradas abajo, las redondas encima. Segun la regla las archivoltas estaban superpuestas á los arquitrabes. Habia diez tribunas en cada uno de los lados mayores del salon y dos en cada uno de los extremos, ambas desmesuradas; en todo veinticuatro. En ellas se agolpaba y oprimia la multitud.

Los espectadores de las tribunas inferiores rebasaban sobre todas las cornisas y se agrupaban sobre todos los relieves de la arquitectura. Una larga barra de hierro sólidamente asegurada á la altura conveniente, servia de parapeto en las tri-

bunas superiores y garantizaba á los espectadores contra la presion de la muchedumbre que subia las escaleras. Una vez sin embargo, fué precipitado un hombre sobre la Asamblea, viniendo á caer casi sobre Massieu, obispo de Beauvais; y como no muriera del golpe, dijo: *¡calla! ¡pues vale para algo un obispo!*

La sala de la Convencion podia contener dos mil personas, y en los dias de insurreccion tres mil.

La Convencion celebraba dos sesiones, una de dia y otra de noche.

El respaldo del sillón presidencial era redondo con clavos dorados. La mesa estaba sostenida por cuatro mónstruos alados de un solo pié que parecian sacados del Apocalipsis para asistir á la revolucion ó desenganchados del carro de Ezequiel para arrastrar la carreta de Sanson.

Sobre la mesa del presidente se veian una gran campanilla, casi una campana, un ancho tintero de cobre y un libro en folio encuadrado en pergamino que era el libro de actas.

Sobre aquella mesa han goteado su sangre cabezas cortadas y llevadas al extremo de largas picas.

Subíase á la tribuna por una escalerilla de nueve escalones. Eran estos altos, rectos y bastante difíciles, y tropezando un dia Gensonné al subirlos, dijo: *esta es la escalera de la horca.*—*Haz tu aprendizaje*, le gritó Carrier.

Allí donde la pared habia parecido demasiado desnuda, sobre todo en los ángulos del salon, el arquitecto habia puesto por adorno haces romanos con el hacha sobresaliendo.

A derecha é izquierda de la tribuna sobre los zócalos, se levantaban dos candelabros de doce piés de altura y con cuatro pares de quinqués. Un candelabro semejante alumbraba cada una de las tribunas públicas, y en los zócalos tenian esculpidos círculos que el pueblo llamaba «collares de guillotina.»

Los bancos de la Asamblea subian casi hasta la cornisa de las tribunas; de modo que los representantes podian sostener diálogos con el pueblo.

Los vomitorios de las tribunas desembocaban en un laberinto de corredores, donde á veces se oian ruidos feroces.

La Convencion llenaba el palacio y refluía hasta los hoteles inmediatos, como el hotel de

Longueville y el de Coigny. A este último fué, si hemos de creer una carta de lord Bradford, adonde despues del 10 de agosto se trasladaron los muebles de la casa Real. Dos meses fueron necesarios para desocupar las Tullerías.

Las comisiones tenian sus juntas en las salas inmediatas al salon de sesiones. En el pabellon-Igualdad estaban la de legislacion, la de agricultura y la de comercio; en el pabellon-Libertad funcionaban las de marina, colonias, hacienda, asignados y salvacion pública; y en el pabellon-Unidad la de guerra.

La comision de seguridad general se comunicaba directamente con la de salvacion pública por medio de un corredor oscuro, alumbrado noche y dia por un reverbero, corredor donde se hablaba en voz muy baja y por donde iban y venian los espías de todos los partidos.

La barra de la Convencion, que cambió muchas veces de sitio, estaba habitualmente á la derecha de la presidencia.

A los dos extremos del salon, los dos tabiques verticales que cerraban á derecha é izquierda los semicírculos concéntricos del anfiteatro dejaban

entre ellos y la pared dos corredores estrechos y largos á los cuales daban dos oscuras puertas cuadradas. Por ellas se entraba y se salía.

Los representantes entraban directamente en el salon por una puerta que daba al terrero de los Fuldenses.

Aquel salon, mal iluminado de dia por pálidas ventanas, mal alumbrado durante el crepúsculo por luces lívidas, tenia algo de nocturno. Aquella semi claridad añadida á las tinieblas de la noche, daba un aspecto lúgubre á las sesiones nocturnas. No se veía distintamente; de un extremo á otro del salon, de la derecha á la izquierda grupos de rostros vagamente dibujados en la sombra se insultaban. Los representantes se encontraban sin conocerse. Un dia Laignelot, dirigiéndose precipitadamente á la tribuna, tropezó en el corredor con uno.—Perdon, Robespierre, dijo.—¿Por quién me tomas? preguntó una voz ronca.—Perdon, Marat, repuso Laignelot.

Abajo, á derecha é izquierda del presidente, habia dos tribunas reservadas; porque, cosa extraña, habia en la Convencion espectadores privilegiados. Aquellas tribunas, eran las únicas que tenian colgaduras. En medio del arquitrave dos

bellotas de oro las sostenian levantadas. Las tribunas del pueblo estaban desnudas.

Todo aquel conjunto era violento, rudo y regular. Lo correcto en lo feroz: tal es en cierto modo la revolucion. Aquel salon ofrecia el mas completo ejemplar de lo que los artistas han llamado despues «la arquitectura messidor:» era á la vez macizo y esquinado. Los constructores de aquel tiempo tomaban lo simétrico por lo bello. La época del Renacimiento habia producido sus últimas obras en tiempo de Luis XV, y desde entonces se habia efectuado una reaccion. Despues de las orgías deslumbradoras de forma y de color del siglo XVIII, el arte se habia puesto á dieta y no se permitia mas líneas que la recta. Este género de progreso conduce en último término á la fealdad, produciendo el fenómeno del arte reducido á esqueleto. El inconveniente de esa especie de prudencia y de abstinencia consiste en que el estilo, á fuerza de ser sóbrio, se convierte en enjuto.

Prescindiendo de toda emocion política y no fijándose mas que en la arquitectura, la vista de aquel salon daba escalofrios. Recordábanse confusamente el antiguo teatro, los palcos adornados

de guirnaldas, el techo azul y púrpura, la grande araña de facetas las girándolas de reflejos diamantinos, la tapicería, cuello de paloma, la profusion de amores y de ninfas en el telon de boca y en las colgaduras, todo el idilio régio y galante que habia llenado con su sonrisa aquel lugar, á la sazon tan severo, donde por ninguna parte se veian ya mas que ángulos duros, rectilíneos, frios y cortantes como el acero, que producian en cierto modo el efecto de Boucher guillotinado por David.

IV.

El que veia la Asamblea no pensaba ya en el salon: el que veia el drama no podia pensar ya en el teatro. Nada mas deforme ni mas sublime: grupo de héroes, rebaño de cobardes; fieras en una montaña, reptiles en un pantano; allí hormigueaban, se codeaban, se provocaban, se amenazaban, luchaban y vivian todos aquellos combatientes que hoy son fantasmas.

Enumeracion titánica.

A la derecha la Gironda, legion de pensado-

res; á la izquierda la Montaña, grupo de atletas. De un lado Brissot, que habia recibido las llaves de la Bastilla; Barbaroux, á quien obedecian los marseleses; Kervelegan, que tenia á su devocion el batallon de Brest acuartelado en el arrabal de San Marcelo; Gensonné, que habia establecido la supremacia de los representantes sobre los generales; el fatal Guadet, á quien una noche en las Tullerías la reina habia enseñado el delfin dormido; Guadet que besó la frente del niño é hizo caer la cabeza del padre; Salles, el denunciador quimérico de la intimidación de la Montaña con Austria; Sillery, el cojo de la derecha como Couthon era el jorobado de la izquierda; Lause-Duperret, que llamado *facineroso* por un periodista, le convidó á comer diciendole: «yo sé que *facineroso* significa simplemente el hombre que no piensa como nosotros;» Rabaut-Saint-Etienne, que habia comenzado su almanaque de 1790 con estas palabras: «La Revolucion está terminada;» Quinette, uno de los que precipitaron á Luis XVI; el jansenista Camus, que redactaba la constitucion civil del clero, creia en los milagros del diácono Páris y se arrodillaba todas las noches delante de un Cristo de siete pies de altura colgado en la pared de su

cuarto; Fauchet, clérigo, que con Camilo Desmou-
lins habia hecho el 14 de julio; Isnard, que come-
tió el crimen de decir: *Paris será destruida* en el
mismo momento en que Brunswick decia *Paris se-
rá quemada*; Jacob Dupont, el primero que gritó:
yo soy ateo, á quien contestó Robespierre: el ateis-
mo es aristocrático; Lanjuinais, cabeza bretona,
dura, sagaz y valiente; Ducos, el Eurialo de Boyer-
Fonfrede; Rebecqui, el Pilades de Barbaroux, que
dimitia su cargo porque todavía no habia sido
guillotinado Robespierre; Richau, que combatia la
permanencia de las secciones; Lasource que habia
sentado este mortifero apotegma: *¡ay de las nacio-
nes agradecidas!* y que al pie del cadalso debia con-
tradecirse, arrojando á los montañeses estas alti-
vas palabras: *nosotros morimos porque el pueblo
duerme; y vosotros morireis porque el pueblo desper-
tará*; Biroteau que hizo decretar la abolicion de la
inviolabilidad parlamentaria siendo de este modo
sin saberlo el constructor de la guillotina y el
de su propio cadalso; Carlos Villatte que abri-
gó su conciencia bajo esta protesta: *no quiero
votar bajo la amenaza de los puñales*; Louvet,
el autor de *Faublas* que debia acabar por ser libre-
ro en el *Palais-Royal* y tener á Lodoiska en el

mostrador; Mercier, autor del *Cuadro de París* que exclamaba: *todos los reyes han sentido sobre sus nuca el golpe del 21 de enero*; Marec, á quien daba cuidado principalmente «la faccion de los antiguos límites;» el periodista Carra, que al pie del patíbulo dijo al verdugo: *siento morir solo por no ver la continuacion de esto*; Vigée, que se titulaba granadero del segundo batallon de Mayena-y Loira y que amenazado por las tribunas públicas, exclamaba: *Pido que al primer murmullo de las tribunas, nos retiremos todos y marchemos á Versailles sable en mano*; Buzot, que estaba destinado á morir de hambre; Valazé que debia morir al golpe de su propio puñal; Condorcet, que debia perecer en Bourg-la Reina, pueblo convertido en Bourg-Igualdad, denunciado por el Horacio que llevaba en el bolsillo; Petion, cuyo destino era ser adorado por la muchedumbre en 1792 y devorado por los lobos en 1794; y otros veinte mas, como Pontecoulant, Marboz, Lidon, Saint-Martin; Dussaulx, traductor de Juvenal, que habia hecho la campaña de Hanover, Boilleaud, Bertrand, Lesterp-Beauvais Lesage, Gomaine, Gardien, Mainvieuille, Duplantier, Lacaze, Antiboul, gente toda á cuya cabeza estaba un Barnave á quien llamaban Vergniaud.

Del otro lado figuraban Antonio Luis Leon Florelle de Saint-Just, pálido, de frente estrecha, perfil correcto, mirada misteriosa, tristeza profunda, veintitres años; Merlin de Thionville, á quien los alemanes llamaban *Fener Teufel*, el diablo de fuego; Merlin de Douai, el culpable autor de la ley de sospechosos; Soubrany, á quien el pueblo de París pidió por general el 1.º de prairial; el antiguo cura Lebon que empuñaba el sable con la misma mano en que habia tenido el hisopo; Billaud-Varennés, que entreveía la magistratura del porvenir con árbitros en vez de jueces; Fabre de Eglantine, que tuvo una bella invención, el calendario republicano, así como Rouget de Lisle tuvo una sublime inspiración, la marseleses, uno y otro sin reincidencia; Manuel, el procurador del municipio que habia dicho: *un rey muerto no es un hombre de menos*; Goujon que habia entrado en Tripstadt, en Newstadt y en Spira, y habia visto huir al ejército prusiano; Lacroix, abogado convertido en general y hecho caballero de San Luis seis días antes del 10 de agosto; Freron (Tersites) hijo de Freron (Zoilo); Ruth, el inexorable registrador del armario de hierro, predestinado al gran suicidio republicano, que debia

matarse el día de la muerte de la república; Fouché, alma de demonio, cara de cadáver; Camboullas, el amigo del *Padre Duchesne* que decía á Guillotin: *tú eres del club de los Fuldenses; pero tu hija es del club de los Jacobinos*; Jagot, que respondía con estas palabras feroces á los que lamentaban la desnudez de los presos: *una cárcel es un vestido de piedra*; Javogues, el espantoso desenterrador de los cadáveres del regio panteon de Saint-Denis; Osselin, perseguidor que ocultó en su casa á Madame Charry, proscrita; Bentabole, que cuando presidia daba á las tribunas la señal para aplaudir ó para silbar; el periodista Robert, marido de la señorita Keralio, la cual escribía: *ni Robespierre ni Marat vienen á mi casa; Robespierre vendrá cuando quiera, Marat nunca*; Garan-Coulon, que cuando España intervino en el proceso de Luis XVI propuso orgullosamente que la asamblea no se dignará leer la carta de un rey en favor de otro rey; Gregoire, obispo, digno al principio de la Iglesia primitiva, pero que despues en tiempo del imperio reemplazó el título del republicano Gregoire por el de conde Gregoire; Amar, que decía: *toda la Tierra condena á Luis XVI: ¿á quién pues podria apelarse de la sentencia? Solo á los planetas*; Rouyer, que el 21 de

enero se opuso á que se hiciesen disparos con el cañon del Puente Nuevo, diciendo: *la cabeza de un rey no debe hacer mas ruido al caer que la de cualquier otro hombre*; Chenier, hermano de Andrés; Vadier, uno de los que ponian una pistola sobre la tribuna cuando subian á ella; París que decia á Momoro: *quiero que Marat y Robespierre se abracen en mi casa, y á mi mesa.*—¿Donde vives?—*En Charenton.*—*En cualquiera otra parte me admiraria*, repuso Momoro; Legendre que fue el carnicero de la revolucion de Francia como Pride lo habia sido de la de Inglaterra: *Ven que te degüelle* gritaba á Lanjuinais, el cual le respondia: *haz primero decretar que soy un buey*; Collot d'Herbois, el lúgubre actor que tenia sobre el rostro la antigua máscara de dos bocas para decir Sí y No, aprobando con la una lo que reprobaba con la otra, condeñando á Carrier en Nantes y deificando á Chalier en Lyon, enviando á Marat al Panteon y á Robespierre al cadalso; Genissieux, que pedia la pena de muerte contra todo el que llevase la medalla de *Luis XVI martirizado*; Leonard Bourdon, el maestro de escuela que habia ofrecido su casa al anciano del Monte Jura; Topsent, marino, Goupilleau abogado, Laurent Lecointre, comerciante, Duhem,

médico, Sergent, estatuario, David, pintor, José Igualdad, príncipe; y otros muchos, como Lecointe-Puiraveau que propuso un decreto para declarar á Marat «en estado de demencia;» Roberto Lindet el bullicioso creador de aquel pólipo, cuya cabeza era la comision de seguridad general y cuyos veintiunmil brazos cubrian la Francia bajo el nombre de comisiones revolucionarias; Lebæuf, acerca del cual Girey-Dupré en su *Natividad de los falsos patriotas* habia escrito este verso:

Mugió Lebæuf cuando á Legendre viera;

Tomás Payne, americano y demente; Anacrisis Cloots, aleman, baron, millonario, ateo, hebertista, cándido; el íntegro Lebas, el amigo de los Duplay; Rovere uno de los poquísimos hombres que son malvados solo por serlo, porque no deja de haber, y en mayor escala de lo que se cree, quien ame el arte por el arte; Charlier que quiso se diese tratamiento de *vos* á los aristócratas; Tallien, elegiaco y feroz, que debia promover por amor los sucesos del 9 thermidor; Cambaceres, procurador destinado á ser príncipe; Carrier, procurador que debia ser tigre; Laplanche que exclamó un dia: *pido la prioridad para el cañon de alarma;* Thuriot que queria el voto en voz alta de los

jurados del tribunal revolucionario; Bourdon del Oise que desafiaba á Chamborn, denunciaba á Payne y era denunciado por Hebert; Payan que proponía se enviase «un ejército incendiario» á la Vendée; Tavaux que el 13 de abril fue casi sin mediador entre la Montaña y la Gironda; Vernier, que propuso que los jefes de ambas fracciones fuesen al ejército á servir como soldados rasos; Rewbell, que se encerró en Maguncia; Bourbotte, á quien mataron el caballo que montaba en la toma de Saurmur; Guimberteau, que dirigió el ejército de las costas de Cherburgo; Jard-Panvilliers que dirigió el de las costas de la Rochela; Lecarpentier que mandó la escuadra de Cancale; Roberjot que esperaba el engaño de Rastadt; Prieur del Marne que llevaba á los campos de batalla sus viejas caponas de comandante de escuadron; Levasseur, del Sarthe que con una palabra inducía á Serrent, jefe del batallón de Saint-Amand, á hacerse matar; Reverchon, Maure, Bernardo de Saintes, Carlos Richard, Lequinio; y á la cabeza de este grupo un Mirabeau que se llamaba Danton.

Apartado de ambos campos é infundiendo respeto á uno y otro, se levantaba un hombre: Robespierre.

The first part of the paper is devoted to a general discussion of the problem. It is shown that the problem is equivalent to a problem in the theory of differential equations. The second part is devoted to the construction of a solution. It is shown that the solution is unique and that it satisfies the required conditions. The third part is devoted to the study of the properties of the solution. It is shown that the solution is continuous and that it has certain other properties. The fourth part is devoted to the study of the asymptotic behavior of the solution. It is shown that the solution has a certain asymptotic behavior as the independent variable tends to infinity.

En los bancos inferiores se encorvaban el espanto, que puede ser noble, y la cobardía que es vil; bajo las pasiones, bajo el heroísmo, el sacrificio, la cólera, la rabia, bullia la triste y oscura multitud de los hombres anónimos. El fondo inferior de la Asamblea se llamaba la Llanura. Allí estaba todo lo fluctuante: los que dudaban, los que vacilaban, los que retrocedían, los que aplazaban ó esperaban,

temerosos unos de otros. La Montaña era gente escogida; la Gironda lo era tambien: la Llanura era la muchedumbre. Esta llanura se resumia y condensaba en Sieyes.

Sieyes, hombre que á fuerza de ser profundo habia llegado á ser hueco, se habia detenido en el *tercer-estado*, sin haber podido subir hasta el pueblo. Ciertos talentos han nacido para quedarse á mitad del camino. Sieyes llamaba tigre á Robespierre, el cual le llamaba topo: era un metafísico que habia ido á parar, no á la sabiduría, sino á la prudencia: cortesano, no servidor de la revolucion. Tomaba una pala é iba á trabajar al campo de Marte llevando el carreton con Alejandro Beauharnais. Aconsejaba la energía, pero no la usaba. Decia á los Girondinos; *poned de vuestra parte los cañones*. Hay pensadores que son al mismo tiempo batalladores; estos estaban, como Condorcet, con Vergniaud, ó como Camilo Desmoulins, con Danton; pero hay tambien pensadores que quieren vivir, y estos estaban con Sieyes.

Las cubas del vino más generoso tienen sus heces. Por debajo de la misma Llanura estaba el Pantano; estanque asqueroso, en que se trasparentaba el egoismo, y en que tiritaban las esperanzas

mudas de los temblones. Nada más miserable: todos los oprobios y ninguna vergüenza; la cólera latente; la rebelion bajo la máscara de la servidumbre. Los pantanistas, cínicamente asustados, tenían todas las especies de valor que distinguen á la cobardía; preferian á la Gironda, y votaban con la Montaña; el desenlace dependia de ellos, y se inclinaban del lado de la causa que ofrecia más elementos de triunfo; así entregaron la cabeza de Luis XVI á Vergniaud, la de Vergniaud á Danton, la de Danton á Robespierre, la de Robespierre á Tallien; así anatematizaron á Marat vivo, y divinizaron á Marat, muerto. Lo defendian todo, hasta que llegaba el momento oportuno de derribarlo todo. Tenian el instinto de dar el golpe de gracia á todo lo que moria, el empujon decisivo á todo lo que vacilaba. Como se ponian al servicio de una causa bajo la condicion indispensable de que fuese sólida, perder en grados de solidez, era á sus ojos, hacerles traicion. Eran el número, la fuerza, el miedo: de aquí su audacia para todas las ignominias.

De aquí los sucesos del 31 de mayo, del 11 germinal y del 9 termidor, tragedias, cuyo enredo fué obra de gigantes, y cuyo desenlace fué obra de enanos.

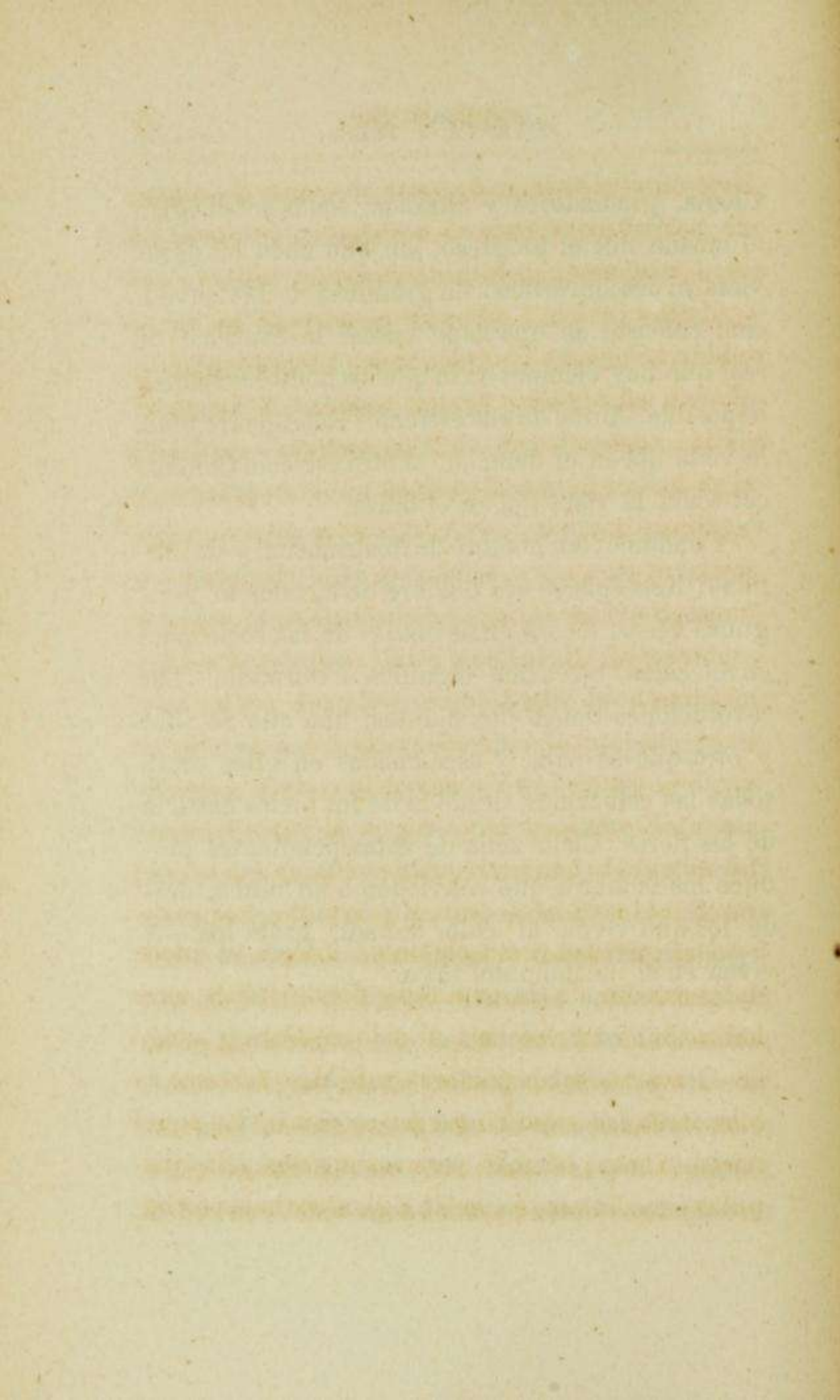
The first part of the book is devoted to a general survey of the subject. It begins with a definition of the term 'philosophy' and a discussion of its history. The author then proceeds to a consideration of the various branches of philosophy, including metaphysics, epistemology, ethics, and political philosophy. Each branch is treated in a separate chapter, and the author's views are clearly stated throughout. The book is written in a clear and concise style, and is suitable for both students and general readers. It is a valuable contribution to the literature of philosophy, and is highly recommended.

Entre estos hombres llenos de pasiones se mezclaban hombres llenos de ilusiones, en cuyos cerebros la utopia revestia todas las formas, la belicosa que admitia el cadalso y la inocente que abolia la pena de muerte: espectro frente á los tronos, ángel frente á los pueblos. Al lado de talentos que combatian, habia talentos que meditaban; los unos tenian en su cabeza la guerra; los otros la paz: un cerebro como el de Carnot producía catorce ejércitos, y otro cerebro como el de Juan Debry

meditaba una federacion democrática universal. Entre aquellos hombres de elocuencia furiosa, entre aquellas voces que ahullaban ó tronaban, habia hombres de silencio fecundo. Lakanal callaba y combinaba en su pensamiento la educacion pública nacional. Lanthenas callaba y creaba las escuelas de primera enseñanza; Reveillere-Lepeaux callaba y pensaba en elevar la filosofía á la dignidad de religion. Otros se ocupaban en revolver cuestiones de pormenor, más pequeñas, pero más prácticas. Guyton Morveaux examinaba los medios de sanificar los hospitales; Maire los de abolir las servidumbres reales; Juan Bon-Saint-André los de suprimir la prision por deudas; Romme la proposicion de Chappe, Duboe el mejor arreglo de los archivos; Coren-Fustier la creacion del gabinete de anatomía y del museo de historia natural; Guyomard la navegacion fluvial y las presas del Escalda. El arte tenia tambien sus fanáticos y hasta sus monomaniacos. El 21 de Enero, mientras que en la plaza de la Revolucion caia la cabeza de la monarquía, Bezard, representante del Oise, iba á ver un cuadro de Rubens encontrado en una boardilla de la calle de San Lázaro. Artistas, oradores, profetas, hombres colosos como Danton, hombres niños como

Cloots, gladiadores y filósofos, todos se dirigian al mismo fin: el progreso, sin que nada les detuviera ni desconcertara. La grandeza de la Convencion consiste en que supo buscar la cantidad de real que hay siempre en lo que los hombres llaman imposible. A uno de sus extremos Robespierre tenia la vista fija en el derecho: al otro extremo Condorcet tenia la vista fija en el deber.

Condorcet era hombre de imaginacion y de claridad; Robespierre era hombre de ejecucion; y algunas veces, en las crisis finales de las sociedades envejecidas, ejecucion significa exterminio. Las revoluciones tienen dos cuestas, una que se sube y otra que se baja, y escalonadas en ellas estan todas las estaciones, desde la de los hielos hasta la de las flores. Cada zona de estas pendientes produce los hombres que convienen á su clima, desde los que viven al calor del sol, hasta los que viven en el incendio del rayo.



VII.

Designábase como objeto de interés el rincón del corredor de la izquierda donde Robespierre habia dicho en voz baja al oído de Garat, amigo de Claviere, estas palabras terribles: *Claviere ha conspirado donde quiera que ha respirado*. En aquel mismo rincón, cómodo para los apartes y las disputas á media voz, Fabre de Eglantine habia recon-

venido á Romme diciendo que le habia desfigurado el calendario por poner *Fervidor* en vez de *Thermidor*. Tambien se enseñaba á los curiosos el ángulo en que se sentaban, tocándose con los codos, los siete representantes del Alto Garona, que llamados los primeros á pronunciar su fallo en la causa de Luis XVI, habian respondido sucesivamente: Mailhe, la muerte; Delmas, la muerte; Projean, la muerte; Cales, la muerte; Ayrat, la muerte; Julien, la muerte; Desaby, la muerte: eterna repercusion que llena toda la historia y que desde el origen de la justicia humana, hace resonar las paredes del tribunal con los ecos del sepulcro. Señalábanse con el dedo, en la ruidosa confusion de semblantes, todos aquellos hombres de cuyas filas habia salido el tumulto de los votos trágicos: Paganel, que habia dicho: *la muerte: un rey no es útil sino con su muerte*; Milaud que dijo: *la muerte: hoy si la muerte no existiese, seria preciso inventarla*; el anciano Raffron de Trouillet que dijo: *la muerte, y pronto*, Goupilleau, que habia exclamado: *el cadalso inmediatamente porque la lentitud agrava la muerte*; Sieyes que habia pronunciado estas palabras concisas y fúnebres: *la muerte*; Thuriot, que al desechar la apelacion al pueblo propuesta por Buzot

dijo: ¡cómo! ¡asambleas primarias! ¡cuarenta y cuatro mil tribunales! *Proceso interminable: la cabeza de Luis XVI tendria tiempo de blanquear antes de caer;* Agustin-Bon Robespierre, que despues de haber votado su hermano, gritó: *No entiendo esa humanidad que degüella á los pueblos y perdona á los déspotas. ¡La muerte! Pedir un aplazamiento es sustituir á la apelacion al pueblo, la apelacion á los tiranos;* Foussedoire, que sustituyó á Bernardino de Saint Pierre y que dijo: *detesto la efusion de sangre; pero la sangre de un rey no es sangre humana; voto pues la muerte;* Juan Bon-Saint-André que dijo: *no hay pueblo libre sin tirano muerto;* Lavicomterie, que proclamó esta fórmula: *mientras respira el tirano, la libertad se asfixia. La muerte;* Chateauneuf-Randon, que lanzó este grito: *la muerte de Luis el último;* Guyardin, que emitió este voto: *que se le ejecute en la Barrera Derribada: (era la que se llamaba antes Barrera del Trono);* Teller que exclamó: *que se funda un cañon del calibre de la cabeza de Luis XVI para dispararla contra el enemigo.* Señalábanse tambien los indulgentes como Gentil, que dijo: *voto la reclusion: hacer un Cárlos I es hacer con el tiempo un Cromwell;* Bancal que dijo: *voto el destierro: quiero ver al primer rey del universo condenado á ejercer un*

oficio para ganarse la vida; Albouys, que dijo: el destierro: que ese espectro vivo vaya errante alrededor de los tronos; Zangiacomi que dijo: la detencion; conservemos á Capeto vivo, como espantajo; Chaillon que exclamó: ¡que viva! ¡No quiero hacer un muerto para que Roma haga de él un santo. Mientras tales sentencias caian de aquellos labios severos, y una tras otra se dispersaban por la historia, en las tribunas, mujeres escotadas y adornadas como para una fiesta, contaban los votos, con una lista en la mano, y alfileres que clavaban debajo de los diversos nombres.

Donde ha entrado la tragedia, quedan para siempre el horror y la compasion.

Verá la Convencion, cualquiera que sea la época de su mando que se examine, es revisar el juicio del último Capeto: la leyenda del 21 de Enero parecia mezclada en todos sus actos; la temible asamblea estaba llena de aquellos hálitos fatales que habian pasado por la antigua antorcha monárquica, encendida por espacio de diez y ocho siglos, y la habian apagado; el proceso decisivo de todos los reyes en un rey, era como el punto de partida de la gran guerra que declaraba á lo pasado; cualquiera que fuese la sesion á que se asistiera, veíase

proyectar en ella la sombra del patíbulo de Luis XVI; los espectadores se referían unos á otros la dimisión de Kersaint, la dimisión de Roland, el acto de Duchatel, que enfermo se hizo trasladar en su lecho á la asamblea, y moribundo votó la vida, lo cual hizo sonreír á Marat; y se buscaba con la vista al otro representante, olvidado hoy por la historia, que después de aquella sesión de treinta y siete horas, tendido sobre su banco por efecto del cansancio y del sueño y despertado por el portero cuando le llegó el turno de votar, entreabrió los ojos, dijo ¡*la muerte!* y se volvió á dormir.

Cuando condenaron á muerte á Luis XVI, quedaban á Robespierre diez y ocho meses de vida, á Danton quince meses, á Vergniaud nueve, á Marat cinco y tres semanas, á Lepelletier-Saint-Fargeau un día: ¡corto y terrible aliento de las bocas humanas!

VIII.

El pueblo tenia sobre la Convencion una ventana abierta , que eran las tribunas públicas ; y cuando esta ventana no le bastaba , abria la puerta , y la calle entraba en la asamblea. Estas invasiones de la multitud en aquel senado son una de las visiones mas sorprendentes de la historia. Por lo general eran cordiales ; la plaza pública fraternizaba con la silla curul ; pero es una cordialidad

temible la de un pueblo que un día en tres horas había tomado los cañones de los Inválidos y cuarenta mil fusiles. A cada instante, un desfile interrumpía la sesión, ya de diputaciones admitidas á la barra, ya de comisiones que llevaban peticiones, homenajes y ofrendas. La pica de honor del arrabal de San Antonio entraba llevada por mujeres. Una comisión de ingleses ofrecía veinte mil zapatos para calzar á los soldados descalzos de la república. «El ciudadano Arnoux, decía el *Monitor*, cura de Aubignan, comandante del batallón del Drome, solicita el permiso de marchar á la frontera y que se le conserve su curato.» Los delegados de las secciones llegaban llevando en parihuelas platos, patenas, cálices, relicarios, pedazos de oro, de plata blanca y sobredorada, ofrecidos á la patria por aquella multitud cubierta de harapos, y pedían por recompensa licencia para bailar la carmañola delante de la Convención. Chenard, Narbonne y Valliere venían á cantar motetes en honor de la Montaña. La sección llamada del Monte-Blanco llevaba el busto de Lepeletier, y una mujer ponía un gorro colorado sobre la cabeza del presidente, el cual la abrazaba. «Las ciudadanas de la sección del Mallo» arrojaban

flores «á los legisladores;» los «alumnos de la patria» acudían precedidos de una música para dar gracias á la Convencion por haber «preparado la prosperidad del siglo;» las mujeres de la seccion de los Guardias franceses ofrecían rosas; las de la seccion de los Campos Elíseos una corona de encina; las de la seccion del Temple se presentaban en la barra á jurar *que no se unirían sino á verdaderos republicanos*; la seccion de Moliere presentaba una medalla de Franklin, la cual decretó la Convencion que se colgase de la corona que tenía la estatua de la Libertad; los Espósitos, declarados «hijos de la República,» desfilaban vestidos del uniforme nacional; las jóvenes solteras de la seccion del Noventa y dos llegaban ataviadas de largas faldas blancas, y al día siguiente el *Monitor* insertaba estas líneas: «El presidente recibe un ramillete de las manos inocentes de una joven belleza.» Los oradores saludaban á todas estas procesiones; á veces las adulaban y decían á la multitud: *tú eres infalible; tú eres irrepreensible; tú eres sublime*. El pueblo tiene un lado de niño: le gustan estas golosinas. En ocasiones el motín atravesaba la asamblea, entraba furioso y salía apaciguado como el Ródano, que atraviesa el lago Le-

man, y que es de fango al entrar y trasparente al salir.

A veces no pasaban las cosas tan pacíficamente; y Henriot hacia llevar delante de la puerta de las Tullerías hornillos para preparar balas rojas.

IX.

Esta asamblea , al mismo tiempo que desprendia revolucion , producía civilización. Era horno; pero también fragua: si en aquella caldera bullía el terror , también fermentaba el progreso. De aquel caos de sombra y de aquella tumultuosa exhalación de nubes , salían inmensos rayos de luz , paralelos á las leyes eternas ; rayos que se han quedado sobre el horizonte , para siempre visibles en el cielo de los pueblos , y que son uno la justicia , otro la tolerancia , otro la bondad , otro la razón,

otro la verdad, otro el amor. La Convencion promulgaba este grande axioma; *La libertad de un ciudadano termina donde comienza la libertad de otro ciudadano*; axioma que resume en dos líneas toda la sociabilidad humana. La Convencion declaraba sagrada la indigencia; declaraba sagrada la enfermedad en el ciego y en el sordo-mudo, convertidos en pupilos del Estado; sagrada la maternidad en la soltera y madre, á quien consolaba y levantaba despues de su caida; sagrada la infancia en el huérfano, adoptado por la patria; sagrada la inocencia en el acusado absuelto, á quien indemnizaba. La Convencion anatematizaba el tráfico de negros; abolia la esclavitud; proclamaba la mancomunidad cívica; decretaba la instruccion gratuita; organizaba la educacion nacional con la escuela normal en París, la escuela central en la capital de cada distrito, y la escuela primera en cada pueblo; creaba los conservatorios y los museos; decretaba la unidad de códigos, de pesas y medidas, y de cálculos por el sistema decimal; fundaba la Hacienda de Francia, haciendo suceder el crédito público á la larga bancarrota monárquica; daba á la circulacion el telégrafo, á la vejez hospicios dotados, á la enfermedad hospitales sanificados, á la

enseñanza la escuela politécnica , á la ciencia la seccion de Longitudes , al espíritu humano el Instituto. Al mismo tiempo que nacional era cosmopolita. De los once mil doscientos diez decretos que expidió , la tercera parte tenían un objeto político; las dos terceras partes un objeto humano. Declaró la moral universal base de la sociedad , y la conciencia universal base de la ley. Y todo esto , abolicion de la esclavitud , proclamacion de la fraternidad , proteccion á la humanidad , rectificacion de la conciencia humana , trasformacion de la ley del trabajo en derecho y de onerosa en auxiliar , consolidacion de la riqueza nacional , educacion y asistencia de la infancia , propagacion de las letras y de las ciencias , luz hecha en todas las alturas , auxilio dado á todas las miserias , promulgacion de todos los principios , todo esto la Convencion lo hacia teniendo en sus entrañas la hidra que se llamaba la Vendée , y en sus hombros la manada de tigres llamados reyes.

Lugar inmenso: en él estaban todos los tipos humanos, inhumanos y sobrehumanos; épica amalgama de antagonismos; Guillotin evitando encontrarse con David, Bazire insultando á Chabot, Guadet burlándose de Saint-Just, Vergniaud despreciando á Danton, Louvet atacando á Robespierre, Buzot denunciando á Igualdad, Chambon vituperando á Pache, todos execrando á Marat. ¡Y qué de nombres podrian citarse todavía! Armonville, llamado Gorro Colorado, porque siempre asis-

tia á las sesiones con gorro frigio, amigo de Robespierre, y que queria guillotinarle despues de Luis XVI, por aficion al equilibrio; Massieu, colega y menecmo de aquel buen Lamourette, hecho obispo para que diera nombre á un beso; Lehardy de Morbihan, anatematizador de los clérigos de Bretaña; Barere, el hombre de las mayorías, que presidia cuando Luis XVI se presentó en la barra, y que era á Pamela lo que Louvet á Lodoiska; Daunou, del Oratorio, que decia: *Ganemos tiempo*; Dubois-Crancé, á cuyo oido hablaba Marat; el marqués de Chateauneuf, Laclos, Hérault de Sechelles, que retrocedia delante de Henriot gritando: *¡artilleros, á las piezas!* Julien, que comparaba la Montaña con las Termópilas; Gamon que queria reservar para las mujeres una tribuna pública; Laloy que dió los honores de la sesion al obispo Gobel porque acudió á la Convencion á deponer la mitra y ponerse el gorro frigio; Lecomte que exclamaba: *¡qué prisa por descleriguizarse!* Feraud, cuya cabeza debia ser saludada por Boissy d'Anglas, el cual dejó á la historia que resolviera esta cuestion:—Boissy d'Anglas, ¿hizo el saludo á la cabeza, es decir, á la víctima, ó le hizo á la pica en que iba clavada, es decir, á los

asesinos?—los dos hermanos Duprat , el uno montañés y el otro girondino , que se odiaban como los dos hermanos Chénier.

En aquella tribuna se pronunciaron palabras misteriosas , de esas que , sin saberlo el mismo que las pronuncia , tienen el acento fatídico de las revoluciones , y á consecuencia de las cuales los hechos materiales parece que toman súbitamente cierto carácter de descontento y de pasión; como si hubieran tomado á mal las cosas que se acaban de oír; como si lo que pasa pareciera indignado de lo que se dice; sobreviniendo las catástrofes furiosas y en algún modo exasperadas por las palabras de los hombres. Así una voz en la montaña basta para desprender una avalancha ; y una palabra de mas puede ser seguida de un hundimiento. Si no se hubiese hablado , tal cosa no habria sucedido. Diríase á veces que los acontecimientos son irascibles.

De esta manera , y por la casualidad de haber pronunciado un orador una frase mal comprendida , cayó la cabeza de la princesa Isabel.

En la Convencion la intemperancia de lenguaje era de derecho.

Las amenazas volaban y se cruzaban en la discusion como las chispas en un incendio.—PETION:

Robespierre, venid al caso.—ROBESPIERRE: el caso sois vos, Petion, y ya vereis cómo llego á él.—UNA VOZ: muera Marat.—MARAT: El dia en que muera Marat, no existirá París, y el dia en que París deje de existir no habrá ya República.—Billaud-Varennes se levanta y dice: queremos.....—Barere le interrumpe diciendo: hablas como un rey.—Otro dia PHILIPPEAUX exclama: un individuo de esta asamblea ha sacado la espada contra mí.—AUDOUIN: presidente, llamad al orden al asesino.—El PRESIDENTE: esperad.—PANIS: presidente os llamo al orden.—Habia tambien risas groseras.—LECOINTRE: el cura de Chant-de-Bout se queja de su obispo Fauchet porque le prohíbe casarse.—UNA VOZ: no encuentro por qué razon Fauchet, que tiene queridas, haya de impedir á los demás que tengan esposas.—OTRA VOZ, cura, cástate. Las tribunas se mezclaban en la conversacion y tuteaban á la asamblea. Un dia el representante Ruamps sube á la tribuna. Tenia una «cadera» mucho mas gruesa que la otra, y un espectador le gritó: vuélvete hácia la derecha, porque tienes una «mejilla» á la David. Tales eran las libertades que el pueblo se tomaba con la Convencion. Una vez, sin embargo, en el tumulto del 11 de

abril de 1793 el presidente hizo prender á un interruptor de las tribunas.

Un dia (entre los espectadores de esta sesion se hallaba el anciano Buonarotti) Robespierre toma la palabra y habla por espacio de dos horas, mirando á Danton, unas veces fijamente, lo cual era grave, y otras oblicuamente, lo cual era peor. Su discurso fulminante hiere por decirlo así á boca de jarro, y termina por una esplosion de cólera llena de frases fúnebres:—Conocemos á los intrigantes; conocemos á los corruptores y á los corrompidos; conocemos á los traidores: están en esta asamblea; nos oyen; les vemos y no separamos la vista de ellos. Si miran por cima de sus cabezas, verán suspendida sobre ellas la espada de la ley; si miran al fondo de su conciencia, verán en ella su infamia: ¡ay de ellos!—Cuando termina Robespierre, Danton, con la cara levantada hácia el techo, los ojos medio cerrados, un brazo pendiente del respaldo de su banco, echando el cuerpo hácia atrás, canta á media voz:

Cadet Roussel hace discursos

Que no son largos cuando son cortos (1).

(1) Cadet Roussel fait des discours
Qui ne sont past longs quand ils son courts.

Cruzábanse imprecaciones contra imprecaciones. — ¡Conspirador! — ¡Asesino! — ¡Facineroso! — ¡Faccioso! — ¡Moderado! — Denunciábanse unos á otros ante el busto de Bruto que se veia en el salon. Abundaban los apóstrofes, injurias, desafíos, miradas furiosas de un lado á otro; enseñábanse los puños; se entreveian las pistolas y se medio sacaban los puñales de sus vainas: enorme reverberacion flamígera de la tribuna. Algunos hablaban como si estuviesen recostados sobre la guillotina: las cabezas ondeaban, espantadas y terribles; montañeses, girondinos, fuldenses, moderantistas, terroristas, jacobinos, franciscanos: diez y ocho clérigos regicidas.

¡Qué hombres todos aquellos! Multitud confusa de humaredas, empujadas en todos sentidos.

Espiritus presa del viento.

Pero era aquel un viento de prodigio,

Ser miembro de la Convencion era como ser una ola del Océano, y esta comparacion es exacta aun respecto de los mas eminentes: la fuerza de impulsión venia de arriba: habia en la Convencion una voluntad que era la de todos y no era la de nadie; voluntad constituida por una idea, idea in-

domable, desmesurada, que soplabá en la oscuridad desde lo alto del cielo. A esa idea llamamos Revolución. Cuando pasaba, abatía á los unos, levantaba á los otros, se llevaba á este entre su espuma, y despedazaba al otro sobre los escollos; sabía adonde iba y empujaba al abismo delante de sí. Imputar la Revolución á los hombres es echar la culpa de la marea á las olas.

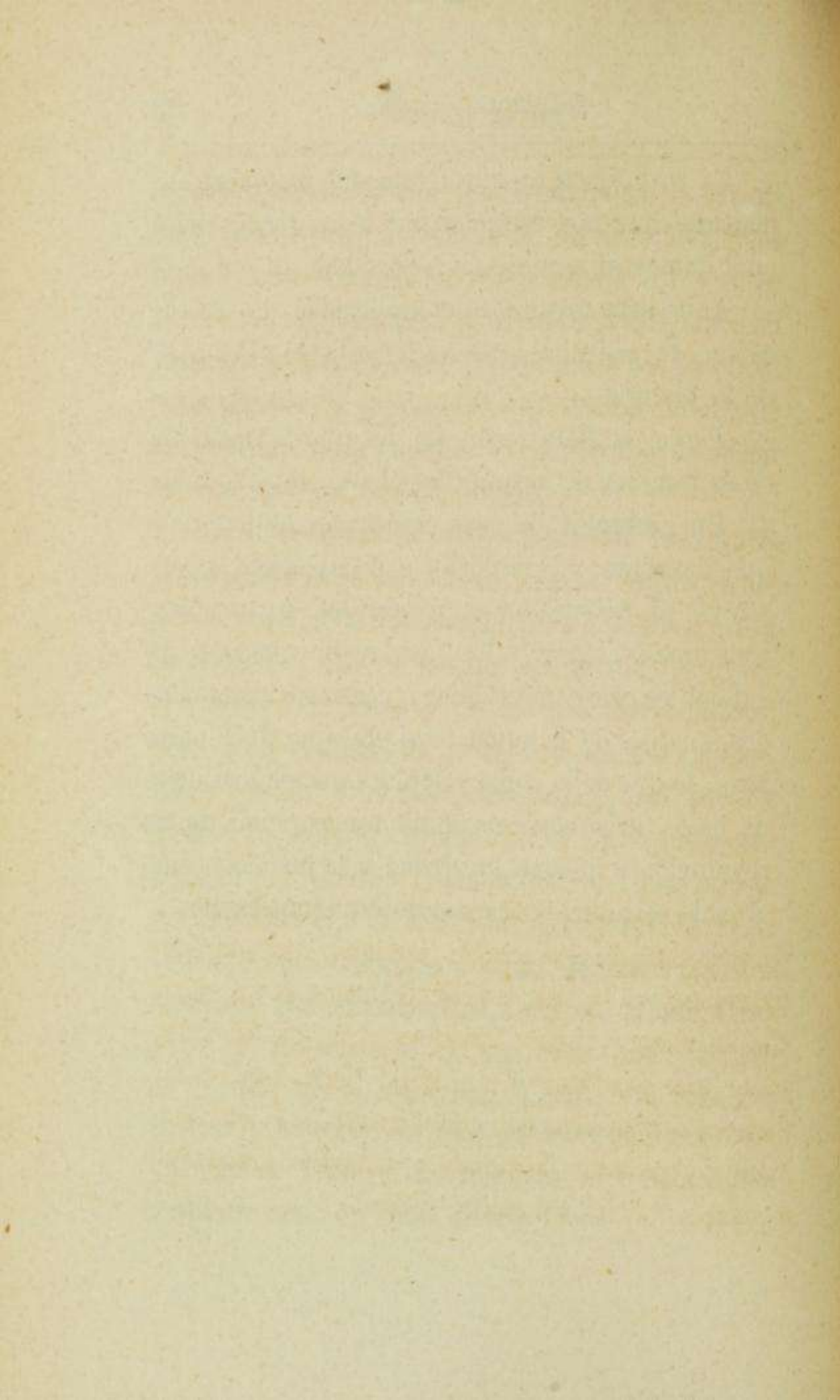
La Revolución es una acción del Inexcrutable; llámesela acción buena ó mala, según se aspire al porvenir ó á lo pasado, pero déjesela á quien la ha hecho. Parece la obra común de los grandes acontecimientos y de los grandes hombres; pero es en realidad la resultante de los sucesos. Estos gastan y los hombres pagan; los sucesos dictan, los hombres firman: así el 14 de julio está firmado por Camilo Desmoulins; el 10 de agosto por Danton, el 2 de setiembre por Marat, el 21 de setiembre por Gregoire y el 21 de enero por Robespierre; pero Desmoulins, Danton, Marat, Gregoire y Robespierre no son más que editores de lo que los sucesos han dictado: el redactor enorme y siniestro de esas grandes páginas tiene un nombre: Dios, y una máscara: el Destino. Robespierre creía en Dios. ¡Hacia bien!

La revolucion es una forma del fenómeno inmanente que nos estrecha por todas partes y al cual damos el nombre de Necesidad.

Ante esta misteriosa complicacion de beneficios y de padecimientos se levanta el ¿Por qué? de la historia.

Porque sí. Esta respuesta del que no sabe nada es tambien la respuesta del que lo sabe todo.

En presencia de esas catástrofes climatéricas que devastan y vivifican la civilizacion, no se atreve el historiador á juzgar los pormenores. Censurar ó elogiar á los hombres á causa del resultado es casi como elogiar ó censurar los sumandos á causa de la suma total. Lo que debe pasar pasa; lo que debe soplar, sopla; la serenidad eterna no se turba con esos aquilones; por cima de las revoluciones quedan la verdad y la justicia, como el cielo estrellado por cima de las tempestades.



Tal era aquella Convencion desmesurada: campo atrincherado del género humano, atacado por todas partes á la vez; fuegos nocturnos de un ejército de ideas sitiadas; inmenso vivac de talentos sobre una pendiente de abismo. Nada hay en la historia comparable con aquel grupo, á la vez senado y populacho, cónclave y plazuela, areópago y plaza pública, tribunal y acusado.

La Convencion se plegó siempre á impulso del viento dominante; pero aquel viento salia de la boca del pueblo y era el soplo de Dios.

Hoy, despues de trascurridos ochenta años, cada vez que al pensamiento de un hombre, cualquiera que sea, historiador ó filósofo, se presenta la Convencion, ese hombre se detiene y medita: imposible no detenerse á contemplar esa gran procesion de sombras.

XIII.

MARAT EN LOS PASILLOS.

Marat, como habia anunciado á Simona Evrard, asistió á la Convencion al dia siguiente de la conferencia de la calle del Pavo-real.

Habia en la Convencion un marqués maratista, Luis Montaut, el que despues ofreció á la Convencion un reloj decimal coronado del busto de Marat.

En el momento de entrar este último, Chabot acababa de acercarse á Montaut.

— ¡Hola ex!.. le dijo.

— ¿Por qué me llamas ex?...

— Porque lo eres.

— ¿Yo?

— ¿No has sido marqués?

— Nunca.

— ¡Bah!

— Te digo que nunca ; mi padre era soldado , y mi abuelo tejedor.

— ¿Qué nos cuentas, Montaut?

— Yo no me llamo Montaut.

— ¿Pues como te llamas?

— Me llamo Maribon.

— En último resultado lo mismo me da, dijo Chabot.

Y añadió entre dientes;

— Hay puja para saber quién será menos marqués.

Marat se habia detenido en el corredor de la izquierda y miraba á Montaut y á Chabot.

Siempre que Marat entraba se levantaban rumores, pero lejos de él. A su alrededor todos guardaban silencio. Marat no hacia caso de esta cir-

cunstancia: desdeñaba segun decia «los graznidos del Pantano.»

En la penumbra de los bancos oscuros mas inferiores, Coupé del Oise, Prunelle, Villars, obispo que despues fue individuo de la academia francesa, Boutroue, Petit, Plaichard, Bonet, Thibeaudeau, Valdruche, se le mostraban con el dedo, diciendo:

—¡Calla! ahí está Marat.

—¿Pues no está enfermo?

—Sí, pues que viene de bata.

—¡De bata!

—¡Pardiez! sí.

—Ese hombre todo se lo permite.

—¡Y se atreve á venir así á la Convencion!

—Habiendo venido un dia cubierta la cabeza de laureles bien puede venir otro dia de bata.

—Cara de cobre y dientes de verde-gris.

—Su bata parece nueva.

—¿De qué es?

—De reps.

—Rayada.

—Mirad los forros.

—Son de piel.

—De tigre.

—No, de armiño.

—Falsificado.

—¡Y trae medias!

—Es extraño.

—Y zapatos con hevillas.

—¡De plata!

—No se lo perdonarán los zuecos de Cam-boulas.

En otros bancos se hacia gala de no reparar en Marat, y se hablaba de otra cosa. Santhonax se acercaba á Dussaulx, diciendo :

—¿Sabeis la noticia, Dussaulx?

—¿Qué hay?

—El ex-conde de Brienne....

—¿El que estaba en la Force con el ex-duque de Villeroy?

—Sí.

—A los dos los he conocido: ¿y qué ha pasado?

—Tenian tanto miedo, que saludaban á los gorros colorados de todos los carceleros, y un dia se negaron á jugar á los cientos porque les ofrecieron una baraja con reyes y reinas.

—¿Y bien?

—Ayer los han guillotinado.

—¿A los dos?

—A los dos.

—En suma ¿como se han portado en la prision?

—Han estado cobardes.

—¿Y en el cadalso?

—Intrépidos.

Y Dussaulx lanzaba esta exclamacion :

—Morir es mas fácil que vivir.

Barere estaba leyendo un informe; tratábase de la Vendée. Novecientos hombres del Morbihan habian salido con artillería para socorrer á Nantes; Redon estaba amenazada por los campesinos; Paimbœuf se hallaba atacada: una escuadra cruzaba á la altura de Maindrin para evitar los desembarcos: toda la orilla izquierda del Loira, desde Ingrande hasta Maure, estaba erizada de baterías realistas; tres mil campesinos se habian apoderado de Pornic al grito de *¡Vivan los ingleses!* Una carta de Santerre á la Convencion, que leyó Barere, terminaba con estas palabras: «siete mil campesinos han atacado á Vannes; les hemos rechazado, y han dejado en nuestro poder cuatro cañones.»

—¿Y cuantos prisioneros? interrumpió una voz. Barere continuó :

—Postdata de la carta: «No hemos hecho prisioneros porque ya no los hacemos (1).»

(1) *Monitor* t. XIX, pág. 81.

Marat continuaba inmóvil, sin escuchar; parecía absorto en serias reflexiones.

Tenia en la mano y arrugaba entre los dedos un papel, en el cual quien le hubiese desdoblado habria podido leer estas líneas, escritas de puño de Momoro, y que eran probablemente la respuesta á una pregunta hecha por Marat.

— «No se puede hacer nada contra la omnipotencia de los comisarios delegados, sobre todo contra los delegados de la comision de salvacion pública. Por mas que Genissieux haya dicho en la sesion del 6 de mayo: *cada comisario es mas que un rey*, sus frases no han producido ningun efecto. Tienen poder de vida ó muerte. Massade en Angers, Trullard en Saint Amand, Nyon cerca del general Marcé, Parrein en el ejército de Sables, Millier en el de Niort, son omnipotentes. El club de los jacobinos ha llegado hasta nombrar á Parrein brigadier; las circunstancias todo lo permiten; y un delegado de la comision de salvacion pública tiene en jaque á un general en jefe.»

Marat acabó de arrugar el papel, le metió en el bolsillo, y se acercó lentamente á Montaut y Chabot, que continuaban hablando y no le habian visto entrar.

Chabot decia :

—Maribon ó Montaut, escucha: vengo de la comision de salvacion pública.

—¿Y qué hacen?

—Han encomendado á un clérigo la vigilancia sobre un noble.

—¡Ah!

—Un noble como tú....

—Yo no soy noble, dijo Montaut.

—Bajo la guarda de un clérigo....

—Como tú.

—Yo no soy clérigo, dijo Chabot.

—Ambos rompieron á reir.

—Concreta el hecho, repuso Montaut.

—El hecho es el siguiente. Un cura, llamado Cimourdain, ha sido nombrado delegado con plenos poderes cerca de un vizconde llamado Gauvain, que manda la columna expedicionaria del ejército de las Costas. Trátase de impedir al noble que nos haga alguna trampa y al cura que nos haga alguna traicion.

—Es muy sencillo, respondió Montaut: no hay sino hacer que la muerte se mezcle en la aventura.

—Para eso vengo yo, dijo Marat.

Ambos levantaron la cabeza.

—¡Hola, Marat! ¡que poco te dejas ver por las sesiones!

—Mi médico me ha recetado los baños, respondió Marat.

—Hay que desconfiar de los baños, repuso Chabot: Séneca murió en un baño.

Marat se sonrió, y dijo:

—Chabot, aquí no hay Neron.

—Estas tú, que es lo mismo, dijo una voz dura.

Era Danton que pasaba por allí para subir á su banco.

Marat no se volvió.

Metió la cabeza entre las de Montaut y Chabot y les dijo:

—Oid: vengo para un asunto grave: es preciso que uno de nosotros tres proponga hoy un proyecto de decreto á la Convencion.

—Yo no, dijo Montaut: no me hacen caso por que soy marqués.

—A mí tampoco, añadió Chabot por que soy capuchino.

—Ni á mí, dijo Marat, por que soy Marat.

Hubo entre ellos un rato de silencio.

Marat cuando estaba pensativo no se dejaba interrogar facilmente. Sin embargo, Montaut aventuró una pregunta.

—Marat, dijo, ¿qué decreto es ese que deseas?

—Un decreto condenando á muerte á todo jefe militar que permita la evasion de un rebelde prisionero.

Chabot intervino.

—Ese decreto existe: se votó en fines de abril.

—Entonces es como si no existiese, dijo Marat. En todas partes, en toda la Vendée, no hay uno que no deje escapar á los prisioneros y los que les dan asilo quedan impunes.

—Marat, eso consiste en que el decreto ha caido en desuso.

—Chabot, es preciso restablecerlo en todo su vigor.

—Sin duda.

—Y para eso excitar á la Convencion.

—No es necesario hablar á la Convencion: basta llevar el caso á la comision de salvacion pública. El fin se conseguirá de todos modos si la comision de salvacion pública manda fijar el decreto en todos los pueblos de la Vendée y hace dos ó tres buenos ejemplares.

—En grandes cabezas, añadió Chabot, en cabezas de generales.

Marat murmuró;

—En efecto, eso bastará.

—Marat, añadió Chabot, tú mismo puedes ir á decirlo á la comision de salvacion pública.

Marat le miró entre ceja y ceja, lo cual no era agradable, ni aun para Chabot.

—Chabot, dijo, ir á la comision de salvacion pública es como ir á casa de Robespierre, y yo no voy á casa de Robespierre.

—Yo iré, dijo Montaut.

—Bien, dijo Marat.

Al dia siguiente se espidió en todas direcciones una órden de la comision de salvacion pública mandando fijar en todas las poblaciones de la Vendée y ejecutar estrictamente el decreto imponiendo pena de muerte á los cómplices de la fuga y evasion de facciosos é insurgentes prisioneros.

Aquel decreto no era mas que el primer paso: la Convencion debia ir todavía mas lejos. Pocos meses despues, el 11 de brumario, año II (noviembre de 1793), con ocasion de haber abierto Laval sus puertas á los vendeanos fugitivos, decretó que

toda ciudad que diera asilo á los rebeldes seria demolida y destruida.

Por su parte los príncipes de Europa, en el manifiesto del duque de Brunswick, inspirado por los emigrados y redactado por el marqués de Linnon, mayordomo del duque de Orleans, habian declarado que todo francés preso con las armas en la mano seria fusilado, y que si se tocaba á un cabello de la cabeza del rey, la ciudad de Paris seria arrasada.

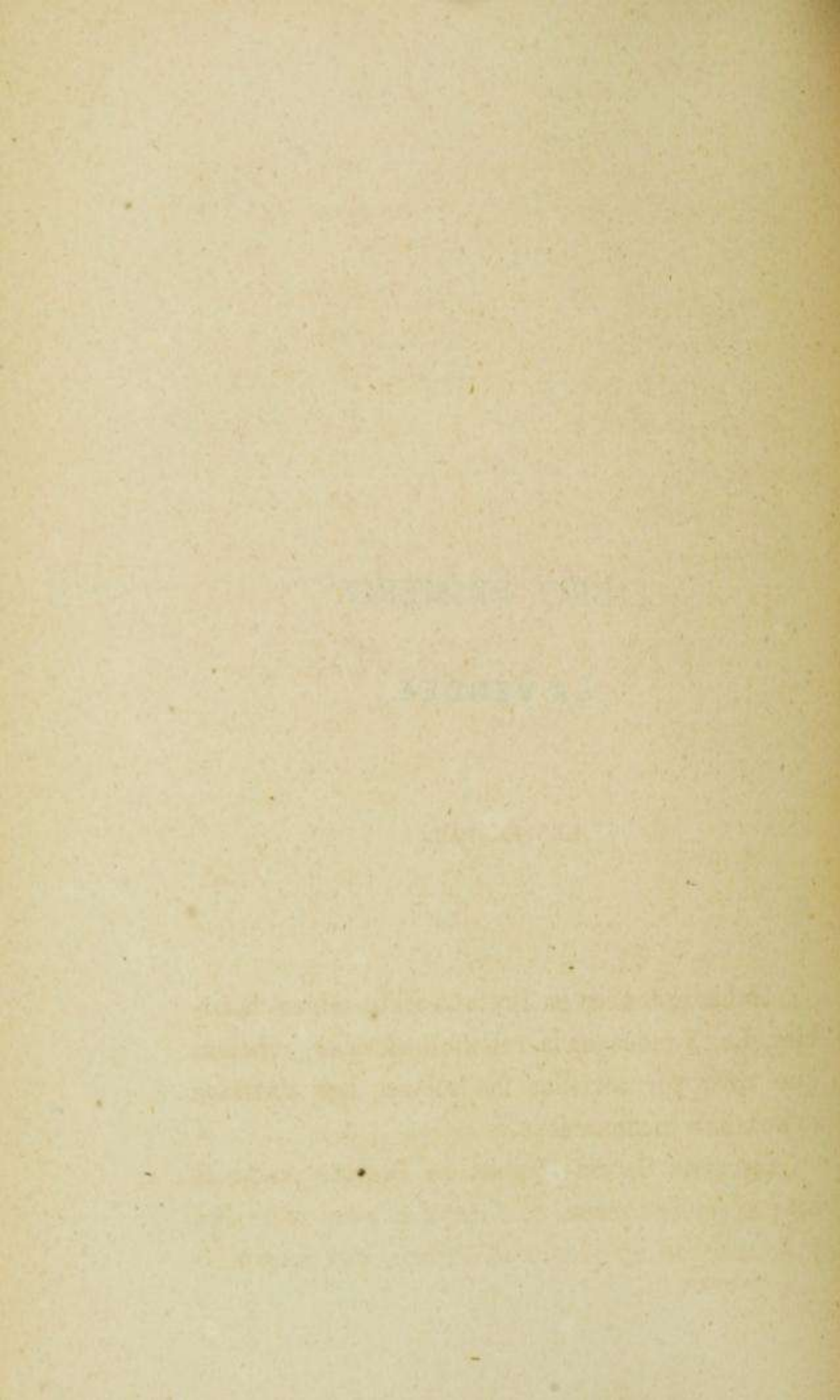
Salvajismo contra barbárie.

TERCERA PARTE.

EN LA VENDÉE.

LIBRO PRIMERO.

LA VENDÉE.



I.

LAS SELVAS.

Habia entonces en Bretaña siete selvas horribles. La Vendée es la rebelion clerical, rebelion que tuvo por auxiliar las selvas. Las tinieblas se auxilian mutuamente.

Las siete Selvas-Negras de Bretaña eran: el bosque de Fougères, que cierra el paso entre Dol y Avranches; el bosque de Princé, que tiene ocho

leguas de circuito; el bosque de Paimpont, lleno de barrancos y de arroyos, casi inaccesible por la parte de Baignon y con una retirada fácil sobre Concornet que era poblacion realista; el bosque de Rennes, desde donde se oia el somaten de las parroquias republicanas, siempre numerosas cerca de las ciudades, y en donde Puysaye perdió á Focard; el bosque de Machecoul cuya bestia feroz era Charette; el bosque de la Garnache, propiedad de los La Trémoille, los Gauvain y los Rohan; y el bosque de Brocéliande que pertenecia á las hadas.

Un noble de Bretaña tenia el título de señor de la Siete Florestas: era el vizconde de Fontenay príncipe breton.

Porque el príncipe breton existia separadamente del príncipe francés. Los Rohan eran príncipes bretones; Garnier de Saintes, en el informe que presentó á la Convencion el 15 nivoso año II, califica de este modo al príncipe de Talmout: «Ese Capeto de los facciosos, soberano del Maine y de la Normandia.»

La historia de las selvas bretonas desde 1792 á 1800 podria escribirse aparte, y con la grande aventura de la Vendée formaria como una leyenda.

La historia tiene su verdad, la leyenda tiene la suya. La verdad legendaria es de otra naturaleza que la verdad histórica: es la invencion que tiene por resultado la realidad. Por lo demás, la historia y la leyenda se proponen el mismo objeto: pintar al hombre eterno bajo el aspecto del hombre momentáneo.

La Vendée no puede ser esplicada completamente si no viene la leyenda á completar la historia: son ambas necesarias, la historia para el conjunto y la leyenda para los pormenores.

Y la Vendée, en efecto, vale la pena de completarse de este modo porque la Vendée es un prodigio.

Esa guerra de los Ignorantes tan estúpida y tan espléndida, abominable y magnífica ha desolado y engrandecido á la Francia.

La Vendée es una herida y esa herida es una gloria.

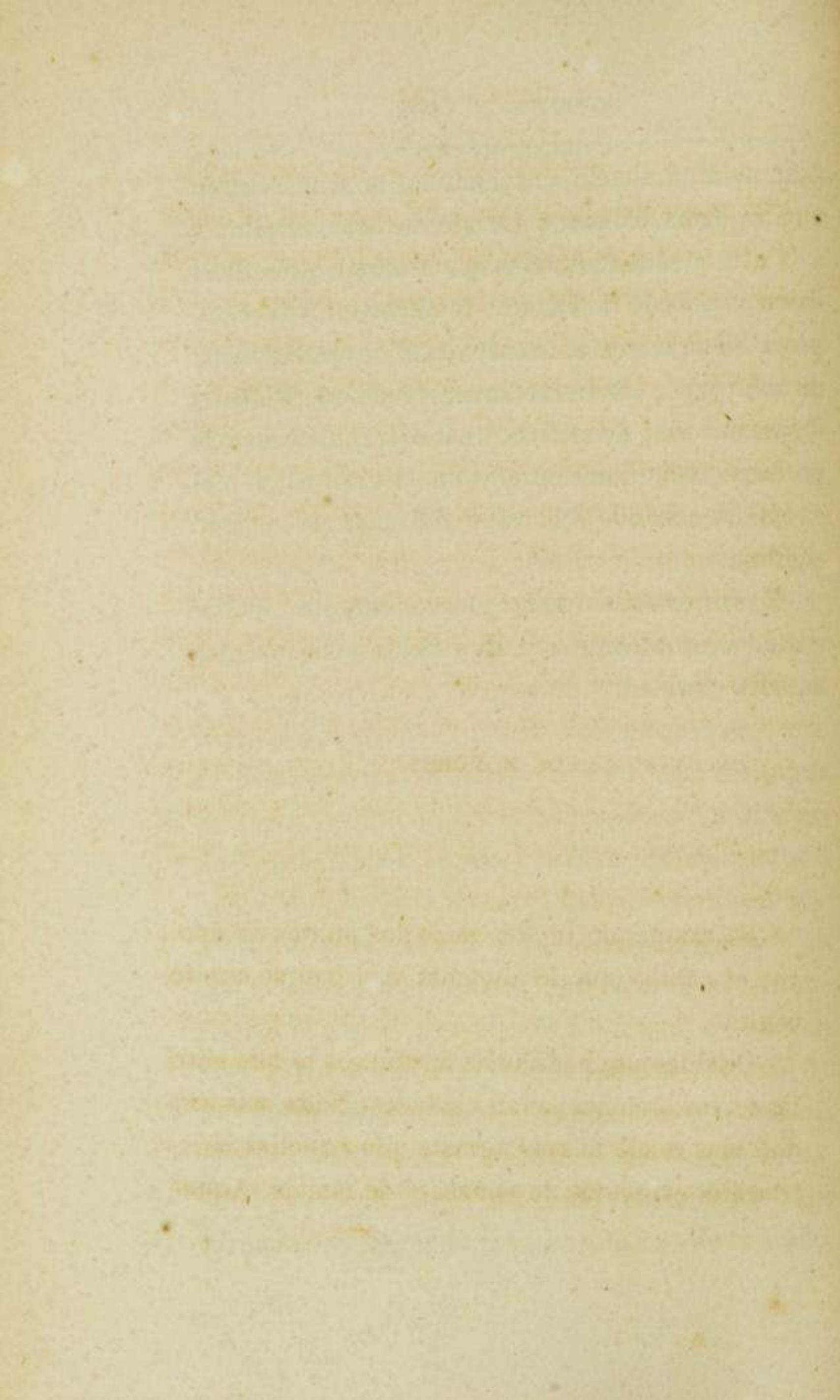
A ciertas horas la sociedad humana tiene sus enigmas, que para los ilustrados se resuelven en luz y para los ignorantes en oscuridad, en violencia y en barbarie. El filósofo no se atreve á acusar: tiene en cuenta la turbacion que producen los

problemas, los cuales no pasan sin arrojar una sombra debajo de sí como las nubes.

Si se quiere comprender á la Vendée, es necesario figurarse el antagonismo que existia entre la revolucion francesa por un lado y por el otro el campesino breton. Enfrente de los acontecimientos incomparables de la revolucion, amenaza inmensa de todos los beneficios á la vez, acceso de cólera de la civilizacion, esceso de progreso furibundo, mejoras desmesuradas é ininteligibles, pongamos aquel salvaje grave y singular, aquel hombre de ojos claros y largos cabellos, que vive de leche y de castañas, que se contenta con su techo de paja, con su vallado y su foso, que distingue cada pueblecillo de las inmediaciones por el sonido de su campana, que no usa del agua mas que para beber, que se viste de un colete de cuero con arabescos de seda, inculto y bordado, pintorreando su trage como los celtas sus antepasados se pintorreaban el rostro, respetando á su amo en su verdugo, hablando una lengua muerta, lo cual es obligar al pensamiento á habitar en una tumba, picando sus bueyes, aguzando sus hoces, escardando su trigo negro, amasando su torta de trigo sarraceno, venerando primero á la reja de su arado,

despues á su abuela, creyendo en la santa vírgen y en la dama blanca, teniendo devocion al altar y á la alta piedra misteriosa que se encuentra erguida en medio de la llanura, labrador en los valles, pescador en la costa, cazador en el bosque, amante de sus reyes, de sus señores, de sus sacerdotes y de su miseria, pensativo, inmóvil con frecuencia por espacio de horas enteras en la gran playa desierta escuchando el ruido del mar en actitud sombría.

Y despues de haber puesto enfrente ambas cosas, preguntémonos si este ciego podia aceptar aquella claridad.



II.

LOS HOMBRES.

El campesino breton tiene dos puntos de apoyo; el campo que le alimenta y el bosque que le oculta.

Difícilmente podríamos figurarnos lo que eran las selvas bretonas; eran ciudades. Nada mas sor-do, mas mudo ni mas agreste que aquellas inextricables espesuras de espinos y de ramaje. Aque-

lla vasta maleza tenia sitios de inmovilidad y de silencio. No habia soledades que pareciesen mas muertas y mas sepulcrales; pero si súbitamente se hubiera podido, de un golpe semejante al del rayo, cortar todos los árboles y arbustos, se hubiera visto en aquella sombra un enjambre de seres humanos.

Pozos redondos y estrechos, disimulados al exterior por tapaderas de piedra y de ramas, primero verticales, despues horizontales, ensanchándose bajo tierra en forma de embudo, y terminando en habitaciones tenebrosas; pozos como los que Cambises encontró en Egipto, fueron los que Westerman halló en Bretaña. Solo que Cambises caminaba por el desierto, y Westermann por el bosque, y así como en las cuevas de Egipto habia muertos, en las cuevas de Bretaña habia vivos.

Uno de los claros del bosque de Misdon mas agrestes, todo perforado de galerías y de celdas por donde iba y venia un pueblo misterioso, se llamaba «la Gran ciudad.» Otro, no menos desierto por encima y no menos habitado por debajo, se llamaba «la Plaza real.»

Esta vida subterránea era inmemorial en Bretaña, donde en todos tiempos el hombre habia hui-

do delante del hombre. De aquí las cuevas como de reptiles abiertas bajo los árboles, cuevas cuya apertura databa del tiempo de los druidas; pues algunas de aquellas criptas eran tan antiguas como los dolmens. Las larvas de la leyenda y los mónstruos de la historia, todo habia pasado por aquel negro país; Teutates, César, Hoel, Neomênes, Godofredo de Inglaterra, Alan Guante de hierro, Pedro Mauclerc, la casa francesa de Blois, la casa inglesa de Montfort, los reyes y los duques, los nueve barones de Bretaña, los jueces de los Grandes Dias, los condes de Nantes disputando con los condes de Rennes, los plebeyos, los malandrinés, las grandes compañías, Renato II vizconde de Rohan, los gobernadores por el rey, el «buen duque de Chaulnes» que colgaba de los árboles á los campesinos, bajo las ventanas de madama de Sevigné, las carnicerías señoriales del siglo XV, las guerras de religion de los siglos XVI y XVII, los treinta mil perros adiestrados para la caza de hombres en el siglo XVIII; y bajo aquel pisoteo espantoso el pueblo habia tomado el partido de desaparecer. Cada cual á su turno, los trogloditas para librarse de los celtas, los celtas para librarse de los romanos, los bretones para huir de los nor-

mandos, los hugonotes para escaparse de las garras de los católicos, los contrabandistas para librarse de los aduaneros, se habian refugiado primero en los bosques y despues bajo tierra: recurso de bestias. A ese recurso obliga la tiranía á las naciones. Desde hacia dos mil años el despotismo bajo todas sus formas, la conquista, el feudalismo, el fanatismo, el fisco, perseguian á toda aquella miserable y azorada Bretaña: especie de batida inexorable que no cesaba bajo una forma sino para comenzar bajo otra. Por eso los hombres se escondian bajo tierra.

El espanto, que es una especie de cólera, estaba dispuesto á mostrarse en las almas, así como las cuevas estaban dispuestas á recibir la gente en los bosques, cuando estalló la república francesa. La Bretaña se sublevó, hallándose oprimida por aquella libertad que se le daba á la fuerza: error habitual de los esclavos.

III.

CONNIVENCIA DE LOS HOMBRES Y DE LAS SELVAS.

Las trágicas selvas bretonas volvieron á representar su antiguo papel ; fueron siervas y cómplices de aquella rebelion , como lo habian sido de todas las demás.

El subsuelo de ciertos bosques era una especie de madrepora perforada y atravesada en todos sentidos por un laberinto desconocido de zapas , de

celdas y de galerías. Cada una de estas celdas sin salida albergaba cinco ó seis hombres. La dificultad no consistía mas que en poder respirar en ellas. Hay ciertos números extraños que hacen comprender la poderosa organizacion de aquella vasta sublevacion campesina. En Ille-et-Vilaine, en el bosque del Pertre, asilo del príncipe de Talmont, no se oía ni el ruido de una respiracion, no se veía la menor señal de seres humanos, y sin embargo había seis mil hombres con Focard. En Morbihan, en la selva de Meulac, no se veía á nadie y había ocho mil hombres; y sin embargo, estas dos selvas el Pertre y Meulac no se cuentan entre las grandes selvas bretonas. Era terrible ía marcha por aquellos lugares; aquellas espesuras hipócritas llenas de combatientes, escondidos en una especie de laberintos subyacentes, eran una especie de enormes esponjas oscuras, de donde, con la presión del pié gigantesco llamado revolucion, brotaba la guerra civil.

Batallones invisibles estaban en acecho; ejércitos ignorados serpenteaban bajo los ejércitos republicanos; salían de tierra súbitamente y volvían á ella del mismo modo; saltaban de improviso en innumerables bandas y desaparecían también en

un momento como dotados del don de ubicuidad y del de dispersion , siendo primero avalancha y despues polvo ; colosos que podian disminuir su estatura á voluntad ; gigantes para combatir , enanos para desaparecer , yaguares con costumbres de topos.

Ademas de las selvas , habia los matorrales. Así como en primer lugar están las ciudades y en segundo las aldeas , venian en Bretaña los matorrales despues de las selvas. Estas selvas se unian entre sí por el dédalo de las matas esparcido por todas partes. Los antiguos castillos que eran fortalezas , los pueblecillos que eran campos , las granjas que eran recintos rodeados de emboscadas y de lazos , las alquerías defendidas por fosos y empalizadas de árboles , eran las mallas de aquella red en que se enredaron los ejércitos republicanos.

Aquel conjunto era lo que se llamaba el Bocache.

Contábanse ademas el bosque de Mison , el cual tenia en el centro un estanque , bosque donde hacia la guerra Juan Chouan ; el bosque de Gennes donde campaba Taillefer ; el bosque de la Huisserie , donde mandaba Gouge-le-Bruant ; el bosque de la Charnie donde mandaba Courtillé el bas-

tardo, llamado el apóstol San Pablo, jefe del campo de la Vache-Noire; el bosque de Burgault, donde dominaba el enigmático señor Santiago, reservado á un fin misterioso en el subterráneo de Juvardail; el bosque de Charreau, donde Pimousse y Petit-Prince, atacados por la guarnicion de Chateaneuf, se arrojaron sobre las filas republicanas, y tomando cuerpo á cuerpo á varios granaderos se los llevaron prisioneros; el bosque de la Heureuse, testigo de la derrota del destacamento de la Longue-Faye; el bosque de la Aulne, desde donde espiaban el camino entre Rennes y Laval; el bosque de la Gravelle, ganado por un príncipe de La Tremoille al juego de bolos; el bosque de Lorges en las costas del Norte donde Cárlos de Boishard reinó despues de Bernardo de Villeneuve; el bosque de Bagnard cerca de Fontenay, donde Les cure presentó combate á Chalbos, que teniendo nada mas que uno contra cinco, le aceptó. El bosque de la Durondais, que en otro tiempo se disputaron Alan-le-Redrú y Hérispoux hijo de Cárlos el Calvo; el bosque de Croqueloup al estremo de aquella landa donde Coquereau esquilaba á los prisioneros; el bosque de la Croix-Bataille que presenció los insultos homéricos de Pierna de Plata á

Morière , y de Morière á Pierna de Plata ; el bosque de la Saudraie , registrado como hemos visto por el batallon de París, y otros muchos.

En muchos de estos bosques y selvas no habia sólomente aldeas subterráneas agrupadas en torno de la cueva del jefe, sino que habia tambien verdaderos caseríos de cabañas bajas, ocultas bajo los árboles, y en tan gran número que á veces llenaban todo el bosque y sólomente se descubrian por el humo de sus hogares. Dos de estos caseríos, ambos del bosque de Misdon, han adquirido celebridad : Lorriere cerca del estanque, y el grupo de cabañas llamado calle de Bau, hácia la parte de Saint-Ouent-les-Toits.

Las mujeres vivian en estas chozas y los hombres en las criptas, utilizando para la guerra las galerías llamadas de las hadas y las antiguas minas célticas. Los de afuera llevaban de comer á los que estaban escondidos, muchos de los cuales, á veces olvidados, se morian de hambre. Estos por lo demás eran gente poco hábil que no habian sabido abrirse paso por los pozos. Habitualmente la tapa de estos hecha de yerba y ramage, estaba tan artísticamente dispuesta, que era imposible distinguirla desde fuera mientras era faci-

lísima de abrir y cerrar por dentro. Aquellos lugares de refugio habían sido abiertos con esmero, echándose en los estanques la tierra que se sacaba de ellos. La pared interior y el suelo se cubrían con musgo y helechos; llamaban á estos reductos el alojamiento, y allí no se estaba mal, salvo que se carecía de luz, fuego, pan y aire.

Volver sin precaucion entre los vivos y desenterrarse inoportunamente, era grave. Se corria el riesgo de hallarse de improviso entre las piernas de una columna en marcha. Selvas temibles, lazos de doble trampa, donde los azules no osaban entrar y de donde los blancos no se atrevian á salir.

IV.

LA VIDA VENDEANA BAJO TIERRA.

Los hombres en aquellas cavernas de animales se aburrían. De noche algunas veces desafiaban el peligro y salían de ellas para bailar en las landas inmediatas, ó bien rezaban para matar el tiempo. Bourdoiseau decía: «todo el día nos tenía Juan Chouan con el rosario en la mano.»

Cuando llegaba la estación en que se celebra-

ba la fiesta llamada de la Gavilla, era casi imposible impedir á los naturales del Bajo Maine que salieran de sus escondrijos para asistir á la romería. Algunos tenían ideas propias: Denys llamado Corta-montes se disfrazaba de mujer para ir á Laval á ver una comedia y luego volvía á esconderse en su agujero.

Otras veces salían de repente para arrostrar la muerte, dejando el calabozo por el sepulcro.

Otras levantaban la tapa del pozo y escuchaban el ruido del combate que resonaba á lo lejos, siguiendo sus alternativas con el oído atento. El fuego de los republicanos era regular, el de los realistas graneado y desparramado, y por estas señales se guiaban. Si el fuego por pelotones cesaba súbitamente era señal de que los realistas habían perdido la acción; si el fuego desordenado continuaba y se alejaba era señal de que la habían ganado. Los blancos perseguían siempre á sus enemigos; los azules nunca, porque el país estaba en contra suya.

Estos beligerantes subterráneos estaban admirablemente informados de los movimientos de sus contrarios. Nada más rápido y misterioso que sus comunicaciones. Rompían todos los puentes, des-

montaban todos los carros y hallaban medio de comunicarse todas las noticias, y darse todos los avisos y órdenes. Tenian estaciones de emisarios establecidas de bosque en bosque, de aldea en aldea, de granja en granja, de cabaña en cabaña, de matorral en matorral.

Tal aldeano, que parecia estúpido, pasaba por entre el enemigo llevando partes y comunicaciones en el palo en que se apoyaba, que estaba hueco.

Un antiguo constituyente, llamado Boetidoux les proporcionaba, para ir y venir de un extremo á otro de la Bretaña, pasaportes republicanos del nuevo modelo con los nombres en blanco, documentos de los cuales aquel traidor tenia muchos legajos. Era imposible sorprenderlos. Puysaye dice (1): *secretos comunicados á más de cuatrocientos mil individuos han sido guardados religiosamente.*

Parecia que el cuadrilátero formado al Sur por la línea que va de las Sables á Thouars, al Este por la línea de Thouars á Saumur, y por el rio de Thoué, al Norte por el Loira, y al Oeste por el Océano tenia un mismo aparato nervioso, y que no podia estremecerse un solo punto de aquel suelo

(1) Tomo II pag. 55.

sin que todo él se estremeciera. En un abrir y cerrar de ojos corrían las noticias de Noirmoutier á Luzon, y el campo de la Loué sabía en un momento lo que pasaba en el campo de la Croix-Morineau, como si las aves fuesen las encargadas de pasar los avisos. Hoche escribía el 7 mesidor año III: *no parece sino que tienen telégrafos.*

Estaban divididos en clanes como en Escocia: cada parroquia tenía su capitán. Mi padre hizo aquella guerra y por eso puedo hablar de ella con conocimiento de causa.

LA VIDA DE LOS VENDEANOS EN GUERRA.

Muchos no tenían mas arma que la pica; pero abundaban las buenas escopetas de caza. Los cazadores furtivos del Bocage y los contrabandistas del Louroux eran diestrísimos tiradores: estraños combatientes, espantosos é intrépidos. El decreto para la leva de trescientos mil hombres habia producido el somaten de seiscientas aldeas, y los chas-

quidos del incendio se oyeron en todos los puntos á la vez. El Poitou y el Anjou hicieron su esplosion en el mismo dia, y ya el primer trueno de esta erupcion habia resonado en 1792, el 8 de Julio, un mes antes de los sucesos del 10 de Agosto, en la landa de Kerbader. Alan Redeler, hoy ignorado, fué el precursor de La Rochejacquelein y de Juan Chouan. Los realistas obligaban á formar en sus filas á todos los hombres útiles para llevar las armas y esto bajo pena de muerte. Hicieron requisas de atalajes, carros y víveres. En breve Sapinaud tuvo á sus órdenes tres mil hombres, Cathelineau diez mil, Stofflet veinte mil, y Charette se apoderó de Noirmoutier. El vizconde de Scepeaux sublevó el Alto Anjou, el caballero de Dieuze levantó el país entre el Vilaine y el Loira, Tristan el ermitaño insurreccionó el bajo Maine, el barbero Gaston tomó á Guemenée, y el cura Bernier todo el resto. Para hacer sublevar á tanta gente se usaba un procedimiento muy sencillo y poco costoso. Detrás del retablo del altar donde decia misa un cura juramentado, un *clérigo jurado* como ellos decian, se metia un gran gato negro y se le hacia saltar afuera durante la misa. — ¡Es el diablo! gritaban los campesinos, y todo un canton se suble-

vaba. Los confesonarios soplaban tambien el fuego de la sublevacion. Para atacar á los azules y atravesar los barrancos, tenian un palo de quince pies de largo que era la *pértiga*, arma á la vez de combate y de retirada. En lo más fuerte de la pelea, cuando atacaban los cuadros republicanos, si encontraban en el campo una cruz ó una capilla, todos se hincaban de rodillas y rezaban sus oraciones bajo la metralla. Una vez concluidas, los que habian quedado vivos se lanzaban con furia sobre el enemigo. ¡Ah! ¡que gigantescos combatientes! Cargaban los fusiles á la carrera; ésta era su peculiar habilidad. Se les hacia creer lo que se queria; los curas les mostraban otros curas á los cuales habian enrojecido el cuello con un cordel apretado y les decian: son sacerdotes guillotina- dos que han resucitado de entre los muertos. Tenian tambien sus accesos de caballerosidad y honraron á Fesque abanderado republicano que resistió cuantos sablazos le dieron sin soltar la bandera. Tenian asimismo sus dichos agudos y sus chanzonetas: á los curas republicanos que se habian casado les llamaban *descoronados que se habian hecho descamisados* (1). Comenzaron por arredrarse

(1) *Sans-calottes devenus sans-culottes.*

ante los cañones y concluyeron por echarse encima de ellos y tomarlos con sus garrotes. Tomaron primero un buen cañon de bronce, al cual bautizaron con el nombre de *El Misionero*; despues se apoderaron de otro que habia servido en las guer-ras católicas, y tenia grabadas las armas de Ri-chelieu y una imágen de la Vírgen, y le llamaron *Maria-Juana*. Cuando perdieron á Fontenay per-dieron tambien á Maria-Juana, en torno de la cual cayeron sin retroceder un paso seiscientos campe-sinos. Despues recobraron á Fontenay para reco-brar á Maria-Juana y la llevaron bajo la bandera flordelisada cubriéndola de flores, y dándola á besar como reliquia á las mujeres que encontraban. Pero dos cañones no eran bastante: Stofflet habia toma-do á Maria-Juana; Cathelineau, celoso, salió de Pin-en-Mange, atacó á Jallais y tomó un tercer cañon; Forest atacó á Saint-Florent y tomó el cuarto; y otros dos capitanes, Chouppes y Saint-Pol hicieron más: figuraron cañones con troncos de árboles cortados, y artilleros con maniquíes, y con esta artillería de que se reian valientemente hi-cieron retroceder á los azules en Maresui. Esta fué su época gloriosa, su grande época. Posteriormente, cuando Chalbos derrotó á la Marsonniere, los

campesinos al huir dejaron, en el campo de batalla deshonorado, treinta y dos cañones con las armas de Inglaterra. Inglaterra entonces pagaba pensiones á los príncipes franceses y enviaba fondos al hermano del rey, porque segun escribia Nantiat el 10 de Mayo de 1794 «se habia dicho á Mr. Pitt que esto era decente.» Mellinet en su informe del 31 de Marzo dice: «El grito de los rebeldes es: *vivan los ingleses.*» Los campesinos se cebaban en el pillaje; aquellos devotos robaban cuanto podian; los salvajes tienen sus vicios, y precisamente por ellos les prende despues la civilizacion. Puysaye dice en el tomo II, página 187: «He salvado varias veces del saqueo la aldea de Plelan.» Más adelante en la página 434 dice que no quiso entrar en Monfort y dió un rodeo «para evitar el saqueo de las casas de los jacobinos.» Saquearon tambien á Cholet y Challans, y aunque no pudieron saquear á Granville, se desquitaron en Ville-Dieu. Llamaban *masa jacobina* á los campesinos que se habian unido á los azules y los esterminaban con más furia que á los demás. Eran aficionados á la carnicería en el combate como soldados, y al asesinato fuera del combate como salteadores. Agradábales fusilar á los «papanatas», es decir á los ciudadanos; y á esto

llamaban *descuarearse*. En Fontenay uno de sus clérigos, el cura Barbotin, dejó tendido á un anciano de un sablazo. En Saint-Germain-sur-Ille uno de sus capitanes, noble por cierto, mató de un tiro al síndico del ayuntamiento y le robó el reloj. En Machecoul decidieron hacer una *corta* en regla de republicanos, á treinta por día y la corta duró cinco semanas. Cada cadena de treinta se llamaba «el rosario»: bajábanlos á un foso que habian abierto; la cadena se adosaba á una de las paredes y allí eran todos fusilados. Los fusilados caian en la zanja, algunos de ellos aún vivos, y á todos los enterraban confundidos. De estas costumbres aún hemos vuelto á ver ejemplos. A Joubert, presidente del distrito, le serraron los puños. Ponian á los prisioneros azules esposas cortantes forjadas espresamente para ellos, y los mataban á golpes en las plazas públicas tocando el halalí de caza. Charette, que se firmaba: *Fraternidad, el caballero Charette* y que llevaba como Marat un pañuelo atado á la cabeza, quemó la poblacion de Pornic con los habitantes dentro de las casas. Entre tanto por la otra parte Carrier cometia atrocidades espantosas: el terror respondia al terror. El insurjente breton tenia casi la traza del insurjente griego; chaqueta

corta, fusil con bandolera, polainas, anchos calzones semejantes á la fustanela; el muchacho parecia un clefta. Enrique de La Rochejacquelein, á los veintiun años partia para la guerra armado de un palo y un par de pistolas. El ejército vendeano contaba ciento cincuenta y cuatro divisiones; ponía sitios en regla, y tres dias tuvo bloqueada á Bressuire. Diez mil campesinos en un dia de Viernes Santo cañonearon con bala roja la ciudad de las Sables. En una ocasion destruyeron en un solo dia catorce acantonamientos republicanos, desde Montigné á Courbeveilles. En Thouars en lo alto de la muralla oyóse este diálogo soberbio entre La Rochejacquelein, y un jóven campesino.—Cárlos—Señor—Pon los hombros, que voy á subir en ellos—Subid—Dame tu fusil—Tomad. Y La Rochejacquelein asaltó la ciudad, y fueron así tomadas aquellas torres que habia tenido sitiadas Duguesclin. Preferian un cartucho á un luis de oro; lloraban cuando perdian de vista el campanario de su pueblo; huir les parecia cosa natural y entonces los jefes les gritaban: *arrojad el calzado y conservad los fusiles*. Cuando les faltaban municiones, rezaban el rosario y se lanzaban á tomarlas en los armones de la artilleria republicana:

posteriormente Elbée las pidió á los ingleses. Cuando se acercaba el enemigo, si tenían heridos, los ocultaban entre los trigos ó los helechos, y terminada la acción, volvían por ellos. No tenían uniformes de ninguna especie: sus vestidos se caían á pedazos, y campesinos y nobles se vestían con los trapos que podían haber á las manos. Roger Mouliniers llevaba un turbante y un dolman que había tomado en el almacén de trajes del teatro de la Fleche; el caballero de Beauvilliers llevaba una toga de fiscal y un sombrero de mujer encima de un gorro de lana: todos sin embargo llevaban banda y cinturón blancos, y los grados se distinguían por los diversos nudos. Stofflet tenía un nudo encarnado; La Rochejacquelein le llevaba negro; Wimpfen, semi-girondino, que por lo demás no salió nunca de Normandía, llevaba el broche de los carabots de Caen. Tenían en sus filas mujeres, como Madama Lescure, que después fué Madama de La Rochejacquelein, Teresa de Mollien, querida de La Rouarie, la cual quemó la lista de los jefes de parroquia, Madama de La Rochefoucauld, hermosa joven que sable en mano reunía á los campesinos alrededor de la gruesa torre del castillo de Puy-Rousseau; y aquella Antonieta Adams, llamada el

caballero Adams, tan valiente, que hecha prisionera, se la fusiló en pie por respeto á su valor. Aquel tiempo épico era cruel; las almas estaban poseidas de furor. Madama de Lescure hacia espresamente pasar su caballo por los cuerpos de los republicanos que habian caido en el combate, muertos segun ella decia, heridos como tal vez estaban. Algunas veces los hombres hicieron traicion á su causa; las mujeres jamás: la Fleury, actriz del teatro Francés, se pasó de la Rouarie á Marat, pero por amor. Los capitanes eran por lo general tan ignorantes como los soldados; M. de Sapinaud no sabia ortografía y para escribir *nous aurions de notre coté* (tendríamos por nuestra parte) escribia: *nous orions de notre cauté*. Los jefes se odiaban mutuamente; los capitanes del Marais gritaban: «¡abajo los del pais alto!» Su caballería era poco numerosa y dificil de allegar. Puysaye escribe: *hay hombre que me da de muy buena gana sus dos hijos, y se enfria su entusiasmo si le pido uno de sus caballos*. Sus armas eran pértigas, horquillas, hoces, guadañas, fusile viejos y nuevos, cuchillos de monte, hachas, mazas herradas y claveteadas. Algunos llevaban dos huesos de muerto puestos en forma de aspa. Atacaban dando grandes gritos; surgian repentina-

mente de todas partes, de los bosques, de las colinas, de las cuevas, de las cañadas, formando círculo alrededor del enemigo, cayendo sobre él como el rayo, matando, esterminando y luego disolviéndose y desapareciendo. Cuando atravesaban una población republicana cortaba el árbol de la Libertad, le quemaban y bailaban en corro alrededor del fuego. Todas sus expediciones eran nocturnas, regla general del vendeano: presentarse siempre donde menos lo esperan, Caminaban quince leguas en silencio sin dejar la menor huella de su paso. Por la noche, después de acordado entre los jefes y en consejo de guerra el sitio donde habían de acometer por sorpresa á los destacamentos republicanos, cargaban sus fusiles, mascullaban sus oraciones, se quitaban los zapatos y desfilaban en largas columnas por medio de los bosques, descalzos sobre los brezos, sobre el musgo, sin ruido, sin pronunciar una palabra, casi sin respirar: marcha de gatos en las tinieblas.

VI.

EL ALMA DE LA TIERRA SE TRASMITTE AL HOMBRE.

La Vendée sublevada no puede calcularse en menos de quinientas mil personas, entre hombres mujeres y niños. Medio millon de combatientes es el número citado por Tuffin de la Rouarie.

Los federalistas eran los auxiliares de aquella sublevacion; la Vendée tuvo por cómplice á la Gironda. La Lozere enviaba al Bocage treinta mil

hombres. Ocho departamentos se coaligaban, cinco en Bretaña y tres en Normandía. Evreux, que fraternizaba con Caen, estaba representado en la rebelion por Chaumont, su alcalde, y Gardembas uno de sus notables. Brissot en Moulins, Chassan en Lyon, Rabaut-Saint-Etienne en Nismes, Meillan y Duchatel en Bretaña, eran otras tantas bocas que soplaban el fuego y atizaban la llama de aquel incendio.

Hubo ademas dos Vendées; la que puede llamarse la grande, que hacia la guerra de las selvas, y la pequeña que hacia la guerra de los matorrales: tal es el matiz que separa á Charette de Juan Chouan. La pequeña Vendée era cándida, la grande corrompida; la pequeña valia mas. Charette sin embargo, fue nombrado marqués, teniente general de los reales ejércitos y gran cruz de San Luis, mientras que Juan Chouan no pasó de ser Juan Chouan. Charette confina con el bandido; Juan Chouan con el paladin.

En cuanto á aquellos jefes magnánimos como Bonchamps, Lescure, Larochejacquelein, todos incurrieron en error. El grande ejército católico fue un esfuerzo insensato, que no podia tener por consecuencia sino el desastre. Figurémonos una

tempestad campesina atacando á París, una coaliccion de aldeas sitiando el Panteon, una trahilla de villancicos y de oremus ladrando en torno de la Marsellesa, un enjambre de zuecos precipitándose sobre la legion de los talentos; ¿qué habia de suceder? Mans y Savenay castigaron aquella locura. Pasar el Loira era imposible para la Vendée: todo lo podia hacer menos dar ese paso. La guerra civil no hace conquistas: pasar el Rhin completa á César y aumenta á Napoleon, pero pasar el Loira mata á Larochejacquelein.

La verdadera Vendée es la que se mantiene dentro de su territorio, allí donde es mas que invulnerable, imprendible. El vendeano en su territorio es contrabandista, labrador, pastor, cazador furtivo, salteador, cabrero, campanero, campesino, espía, asesino, sacristan y animal selvático.

Larochejacquelein no pasa de ser Aquiles; pero Juan Chouan es Proteo.

La rebelion de la Vendée abortó: otras han triunfado, la de Suiza por ejemplo. Hay una diferencia entre el montañés y el campesino insurrectos, entre el suizo y el vendeano, y es que, como necesario resultado de la influencia del medio en que viven, casi siempre pelean el uno por un ideal

el otro por sus preocupaciones. El uno se cierne sobre el suelo, el otro se arrastra por él; el uno combate por la humanidad, el otro por el aislamiento; el uno quiere la libertad, el otro la soledad; el uno defiende la comunidad, el otro la parroquia. ¡Comunidades, comunidades! gritaban los héroes de Morat. El uno tiene que habérselas con los precipicios, el otro con las hondonadas y los barrancos; el uno es el hombre de los torrentes espumosos, el otro el de los estanques y de los charcos, de donde salen las fiebres; el uno tiene sobre su cabeza el azul del cielo, el otro las ramas de los árboles y matas; el uno está elevado sobre una cima, el otro sumergido en una sombra.

La educacion que proporcionan las alturas no es la misma que la que dan los barrancos.

La montaña es una ciudadela; la selva es una emboscada; la una inspira audacia, la otra enseña á tender lazos. La antigüedad ponía los dioses en las cumbres y los sátiros en las espesuras. El sátiro es el salvaje semi-hombre, semi-bestia. Los países libres tienen sus Apeninos, sus Alpes, sus Piríneos, su Olimpo; el Parnaso es un monte; el Monte-Blanco era el auxiliar colosal de Guillermo Tell; en el fondo y por cima de las luchas inmen-

sas de los espíritus contra la noche, de que están llenos los poemas de la India, se ve el Himalaya; la Grecia, la España, la Italia, la Helvecia, tienen por figura la montaña: la Cimeria, la Germania, la Bretaña tienen la selva. Ahora bien, la selva es bárbara.

La configuracion del suelo aconseja al hombre muchos actos, y es mas cómplice en ellos de lo que se cree. En presencia de ciertos paisages feroces, se inclina uno á disculpar al hombre y á culpar á la creacion: el desierto es á veces mal sano para la conciencia, sobre todo si está poco ilustrada. La conciencia puede ser gigante y entonces forma á Sócrates y á Jesus, y puede ser enana, y entonces nacen Atreo y Judas. La conciencia pequeña se hace en breve reptil; es fatal para ella la frecuentacion de los altos árboles que arrojan una sombra crepuscular, de las zarzas, de los espinos, de los pantanos entre las matas, porque allí está sometida á la misteriosa infiltracion de malos consejos. Las ilusiones de óptica, los espejismos no esplicados, el azoramiento causado por la hora ó el lugar sumerjen al hombre en una especie de pavor semi-religioso, semi-bestial, que engendra en tiempos ordinarios la supersticion, y en épocas

de violencia la brutalidad. Las alucinaciones llevan la antorcha que ilumina la senda del asesinato. El faccioso está poseído de una especie de vértigo: la prodigiosa naturaleza tiene un doble sentido, que deslumbra á los grandes talentos y ciega á las almas ignorantes. Cuando el hombre es ignorante y el desierto á propósito para visiones, la oscuridad del aislamiento se agrega á la oscuridad de la inteligencia, y de aquí que se abran abismos en el hombre. Ciertas rocas, ciertos barrancos, ciertos matorrales, ciertos claros de la selva, la noche al través de los árboles, impulsan al hombre á cometer actos de locura y de atrocidad. Casi podría decirse que hay sitios facinerosos.

¡Qué de cosas trágicas ha visto la colina sombría que hay entre Baignon y Plelan!

Los vastos horizontes inspiran al alma ideas generales; los horizontes circunscritos engendran ideas parciales, lo cual condena á veces á grandes corazones á ser pequeños talentos: testigo de esta verdad es Juan Chouan.

El odio de las ideas parciales á las ideas generales es lo que constituye la lucha misma del progreso.

Pais, Patria, son dos palabras que resúmen toda la guerra de la Vendée: contienda de la idea local contra la idea universal, del paisano contra los patriotas.

VII.

LA VENDÉE CONCLUYÓ CON LA BRETAÑA.

La Bretaña es una rebelde antigua. Todas las veces que se ha sublevado en el espacio de dos mil años ha tenido razon, menos la última. Sin embargo, en realidad, contra la revolucion como contra la monarquía, contra los representantes en mision, como contra los gobernadores, duques y pares, contra la lámina de los asignados, como

contra el arriendo de las gabelas, cualesquiera que fuesen los personajes combatientes, Nicolás Rappin, Francisco de la Noue, el capitán Pluviant, y la dama de La Garnache, ó Stofflet, Coquereau y Lechandellier de Pierreville, á las órdenes de M. de Rohan contra el rey, ó á las de M. de Larochejacquelein en favor del rey, siempre la Bretaña hacia la misma guerra, la guerra del espíritu local contra el espíritu central.

Esas antiguas provincias eran un estanque; correr era repugnante para aquella agua dormida; el viento que soplabá no lograba vivificarlas sino irritarlas. En Finisterre concluía la Francia; allí terminaba el campo concedido al hombre; allí se detenía la marcha de las generaciones. ¡Alto! gritaban el Océano á la tierra, y la barbarie á la civilización. Cada vez que el centro, París, daba un impulso, ya viniera del trono, ya de la república, ya en sentido del despotismo, ya en el de la libertad, era una novedad, y ante aquella novedad la Bretaña se erizaba exclamando: dejadme en paz; ¿qué se quiere de mí? El Marais tomaba su pértiga y el Bocage su carabina. Todas las tentativas de la Francia, su iniciativa en legislación y en educación, sus enciclopedias, sus filosofías,

sus genios, sus glorias vienen á estrellarse delante del Houroux; el somaten de Bazouges amenaza á la revolucion francesa; la landa de Faon se subleva contra las tempestuosas plazas públicas, y la campana del Haut-des-Prés declara la guerra á la Torre del Louvre.

Terrible sordera.

La insurreccion vendeana es un lúgubre error.

Escaramuza colosal, triquiñuela de Titanes, rebelion desmesurada, condenada á no dejar en la historia mas que un nombre, la Vendée, nombre ilustre y negro de un país que se suicida por ausentes, que se sacrifica en aras del egoismo, que pasa el tiempo en ofrecer á la cobardía el homenaje de un inmenso valor, sin estrategia, sin táctica, sin plan, sin objeto, sin jefe, sin responsabilidad, demostrando hasta qué punto la voluntad puede ser la impotencia; pais caballeresco y salvaje; lo absurdo agitado del instinto de la procreacion, fabricando contra la luz un parapeto de tinieblas; la ignorancia haciendo á la verdad, á la justicia, al derecho, á la razon, á la emancipacion una larga resistencia bestial y magnífica; el espanto de ocho años; la desolacion de catorce departamentos, la devastacion de los campos y de las

cosechas , el incendio de las aldeas , la ruina de las ciudades , el saqueo de las casas , el asesinato de las mujeres y de los niños , la tea incendiaria penetrando en las cabañas , y la espada en los corazones , el terror de la civilizacion , la esperanza de Pitt : tal fue aquella guerra ; tal fue aquel ensayo inconsciente de parricidio.

En suma , la Vendée ha servido la causa del progreso , demostrando la necesidad de perforar en todos sentidos la vieja oscuridad bretona , y de atravesar aquella maleza con todas las flechas de la luz á un tiempo . Las catástrofes tienen una manera sombría de arreglar las cosas .

LIBRO SEGUNDO.

LOS TRES NIÑOS.

I.

PLUS QUAM CIVILIA BELLA.

El verano de 1792 habia sido muy lluvioso, pero el de 1793 fué muy cálido. La guerra civil habia concluido por decirlo asi con los camines de Bretaña. Viajábase, sin embargo, por el pais, merced al buen tiempo, porque el mejor camino es una tierra seca.

Al anochecer de un dia sereno de julio, como

una hora despues de puesto el sol, un hombre á caballo, que venia por el camino de Avranches, se detuvo á la puerta de la pequeña posada llamada la Cruz Branchard, situada á la entrada de Pontorson, y cuya muestra tenia esta inscripcion que aun se leia en ella hace pocos años: *buena sidra para desembotellar*. Habia hecho calor todo el dia; pero comenzaba á soplar la brisa.

El viajero iba envuelto en una ancha capa que cubria la grupa del caballo; llevaba un sombrero de grandes dimensiones con escarapela tricolor, lo que era bastante osadía en aquel pais de vallados y de emboscadas, donde una escarapela era un blanco para un fusil. La capa, atada al cuello, dejaba los brazos libres, y al entreabrirse permitia ver una faja tricolor y los pomos de dos pistolas que salian entre ella. Por debajo de la capa se mostraba tambien el extremo de un gran sable.

Al ruido del caballo que se detenia, abrióse la puerta de la posada y se presentó el posadero con un farol en la mano. Era, como se ha dicho, la hora del crepúsculo; habia claridad en el camino, pero era de noche en la casa.

El posadero miró en primer lugar la escarapela.

—Ciudadano, dijo, ¿os deteneis aquí?

—No.

—¿A dónde vais entonces?

—A Dol.

—En ese caso volveos á Avranches, ó quedaos en Pontorson.

—¿Por qué?

—Porque hay combate en Dol.

—¡Ah! exclamó el ginete.

Despues añadió:

—Dad un pienso á mi caballo.

El posadero acercó una gamella, echó en ella un saco de avena y quitó la brida al caballo, que se puso á resoplar y á comer.

El diálogo entre tanto continuó:

—Ciudadano, este caballo ¿es de la requisa?

—No.

—¿Es vuestro?

—Sí; le he comprado y pagado.

—¿De dónde venís?

—De París.

—No será directamente.

—No.

—Ya lo creo; los caminos están interceptados. Sin embargo la posta corre todavía.

—Hasta Alenzon; allí la he dejado yo.

—¡Ah! al paso que vamos dentro de poco se habrá acabado de correr la posta en Francia. ¿Qué ha de suceder, si no hay caballos? Un caballo que vale trescientos francos cuesta hoy seiscientos, y los forrajes estan por las nubes. Yo he sido maestro de postas y hoy me veo reducido á la condicion de bodegonero. De mil trescientos maestros de postas que eramos, doscientos hemos tenido que hacer dimision. Ciudadano, ¿habeis viajado con arreglo á la nueva tarifa?

—Desde el 1.º de mayo. Sí.

—Veinte sueldos por posta en el coche, doce en el cabriolé y cinco en el furgon. ¿Será en Alenzon donde habeis comprado ese caballo?

—Sí.

—¿Y habeis caminado hoy todo el dia?

—Desde el alba.

—¿Y ayer?

—Y anteayer.

—Se conoce. Habeis venido por Domfront y Mortain.

—Y Avranches.

—Creedme, ciudadano, descansad aquí : debeis estar fatigado. Vuestro caballo lo está mucho.

—Los caballos tienen derecho al cansancio; los hombres no.

La mirada del posadero se fijó de nuevo sobre el caminante, y observó que tenía un rostro grave, tranquilo, severo, coronado de cabellos grises.

Miró despues al camino, que estaba desierto en todo lo que alcanzaba la vista, y añadió :

—¿Y viajais así, solo?

—Llevo una escolta.

—¿Dónde está?

—Aquí: la forman mi sable y mis pistolas.

El posadero fué á buscar un cubo de agua para dar de beber al caballo; y mientras éste bebia, el otro contemplaba al viajero y decia para sí: es igual, pero tiene traza de cura.

El ginete repuso:

—Deciais que andan á tiros en Dol.

—Sí; debe de haber comenzado el fuego en este momento.

—¿Entre quienes?

—Entre un ex... y otro ex...

—¿Cómo?

—Quiero decir que un ex.... que está por la república pelea contra otro ex... que está por el rey.

—Pero ya no hay rey.

—Queda el chico. Pero lo curioso es que los dos *ex* son parientes.

El ginete escuchaba atentamente: el posadero prosiguió:

—El uno es jóven, el otro viejo; el hijo de un sobrino pelea contra el padre de su tío. El tío es realista; el sobrino patriota; el tío manda los blancos; el sobrino los azules. ¡Ah! no se darán cuartel, tenedlo por cierto; es una guerra á muerte.

—¿A muerte?

—Sí, ciudadano. Mirad, ¿quereis ver los cumplimientos que se dirigen mutuamente? Este es un cartel que el viejo ha hecho fijar por todas partes, en todas las casas, en todos los árboles y hasta en mi misma puerta.

—El posadero acercó su farol á un cartel fijado en una de las hojas de la puerta; y como estaba en gruesos caracteres, el ginete desde el caballo pudo leer lo siguiente:

—«El marqués de Lantenac tiene el honor de informar á su sobrino el señor vizconde Gauvain, que si el señor marqués tiene la buena suerte de hacerle prisionero, mandará bonitamente arcabucear al señor vizconde.»

—La respuesta, prosiguió el posadero la teneis aquí.

Y volviéndose, alumbró con el farol otro cartel fijado al lado del primero en la otra hoja de la puerta. El viajero leyó :

—«Gauvain advierte á Lantenac que si le coje prisionero, le hará fusilar.»

—Ayer, continuó el posadero, pegaron el primer cartel en mi puerta, y hoy han pegado el segundo. La respuesta, por consiguiente, no se ha hecho esperar.

El viajero, á media voz, y como hablando consigo mismo, pronunció estas palabras, que el posadero oyó, sin comprender bien su significado:

—Sí, esto es mas que la guerra dentro de la patria; es la guerra dentro de la familia. Es necesario y por lo mismo conveniente; solo á este precio se obtiene la gran regeneracion de los pueblos.

Y llevando la mano al sombrero, con la vista fija en el segundo cartel, lo saludó.

El posadero continuó :

—Ya lo veis ciudadano : el caso es el siguiente. En las ciudades y en las grandes poblaciones

estamos por la revolucion; en los campos están contra ella; lo cual equivale á decir que en las ciudades somos franceses y en los campos son bretones. Es la guerra actual guerra de ciudadanos contra campesinos. Ellos nos llaman papanatas; nosotros les llamamos palurdos: los nobles y los clérigos están con ellos.

—No todos, interrumpió el ginete.

—Sin duda, ciudadano, porque tenemos aquí un vizconde que pelea contra un marqués.

Y añadió para sí:

—Y además porque segun creo, estoy hablando con un cura.

El ginete continuó:

—¿Y cuál de los dos lleva la ventaja en la lucha?

—Hasta ahora el vizconde; pero le cuesta trabajo: el viejo es duro de pelar. Ambos son de la familia Gauvain, nobles de por acá; familia que se divide en dos ramas, la mayor, cuyo jefe se llama el marqués de Lantenac, y la menor cuyo jefe se llama el vizconde Gauvain. Hoy las dos ramas se hacen mutuamente la guerra: eso no se ve entre los árboles, pero no es raro entre las personas. El marqués de Lantenac es omnipotente

en Bretaña; para los campesinos es un príncipe: el día de su desembarco, se le unieron en el acto siete mil hombres, y en una semana se han sublevado despues trescientas parroquias. Si hubiera podido tomar un punto cualquiera de la costa, habrian desembarcado ya los ingleses. Por fortuna ese Gauvain se ha encontrado ahí para impedirlo, y lo extraño de la aventura es que son tío y sobrino. El comandante republicano tiene siempre en jaque á su tío. La suerte ha querido además que ese Lantenac al llegar, mandando matar una gran masa de prisioneros, haya hecho fusilar á dos mujeres, una de las cuales tenia tres niños, que habian sido adoptados por un batallon de París. Esto ha indignado de tal suerte al batallon, que se llama del gorro colorado, que los que de él quedan, que entre paréntesis son pocos, están furiosos. Se han incorporado á la columna del comandante Gauvain y nada les resiste, decididos como están á vengar á las mujeres y recobrar los niños. No se sabe lo que ha hecho de ellos el viejo y esto hace rabiar á los granaderos de París. Si en efecto no estuvieran de por medio estas circunstancias, la guerra actual no habria tomado el carácter que tiene. El vizconde es un

jóven bueno y valiente; pero el viejo es un marqués espantoso. Los campesinos llaman á esto la guerra de San Miguel contra Belzebuth; ya sabreis que San Miguel es un ángel del país y que tiene aquí un monte que lleva su nombre y está situado en medio del mar en la bahía. Dicen que derribó al demonio y lo enterró bajo otro monte que está cerca de aquí, llamado Tombelaine.

—Sí, murmuró el ginete. Tumba Beleni, la tumba de Beleno, de Belo, Belial ó Belzebuth.

—Veo que estais enterado.

Y el posadero añadió para sí:

—Sabe latin; no hay remedio; es cura.

Despues dijo en alta voz:

—Pues bien, ciudadano, para los campesinos esa es la guerra que ahora vuelve á empezar; por supuesto que San Miguel milita en su favor y es el general realista, mientras que Belzebuth es el comandante patriota. Pero si en esto hay un diablo, es sin duda Lantenac, y si hay un angel, es Gauvain. ¿No tomareis nada, ciudadano?

—Tengo aquí mi calabaza y mi pan. Pero continuad diciéndome lo que ocurre en Dol.

—Voy allá. Gauvain manda la columna expedicionaria de la costa. El objeto de Lantenac era

sublevar todo el país; apoyar el movimiento de la Baja Bretaña con el de la Baja Normandía; abrir la puerta á Pitt, y cubrir las espaldas del gran ejército vendeano con veintemil ingleses y doscientos mil campesinos. Gauvain ha desbaratado este plan, dominando la costa, rechazando á Lantenac hácia el interior é impidiendo á los ingleses desembarcar. Lantenac estaba aquí, y de aquí le ha desalojado Gauvain; le ha tomado el Pont-au-Beau; le ha echado de Avranches y de Villedieu y le ha impedido llegar á Granville. Ahora manobra para rechazarle hasta el interior de la selva de Fougères para cercarle en ella. Todo iba bien ayer; Gauvain estaba aquí con su columna, cuando de repente se supo que el viejo, que es astuto, había hecho punta y marchado sobre Dol. Si toma á Dol y establece en el monte una batería, porque lleva cañones, tendrá un punto de la costa que ofrecer á los ingleses para su desembarco, y todo se ha perdido. Por eso, no habiendo un minuto que perder, Gauvain, que es buena cabeza, sin aconsejarse de nadie, sin pedir ni esperar órdenes de nadie, mandó tocar botasillas y enganchar la artillería, formó su tropa, tiró del sable; y ved ahí como mientras Lante-

nac se arrojaba sobre Dol, Gauvain se ha lanzado sobre Lantenac. En Dol van pues á chocar una con otra estas dos duras cabezas bretonas: fiero será el topetazo y en este momento se le estarán dando.

—¿Cuánto tiempo se tarda en llegar á Dol?

—Para tropa que lleva bagajes, lo menos tres horas; pero ya están allí.

—En efecto, me parece que oigo fuego de cañon.

El posadero se puso á escuchar.

—Sí, ciudadano, dijo, y tambien de fusil. Se bate bien el cobre. Creo que deberíais pasar la noche aquí; porque por allá no hay nada bueno que recoger.

—No puedo detenerme; debo continuar mi camino.

—Haceis mal: no conozco vuestros negocios; pero el peligro es grande; y á no ser que se trate de lo que os sea mas querido en el mundo.....

—En efecto, de eso se trata, dijo el ginete.

—Cosa así como de un hijo.....

—Casi, casi, añadió el viajero.

El posadero levantó la cabeza y dijo otra vez para sí:

—Sin embargo, este ciudadano me sigue pareciendo un cura.

Luego reflexionó y añadió :

—Al cabo, bien puede un cura tener hijos.

—Volved á poner la brida á mi caballo, dijo el viajero. ¿Cuánto debo?

Y pagó.

El posadero puso la gamella y el cubo en su sitio á lo largo de la pared, y volvió hácia el viajero.

—Ya que estais decidido á seguir adelante, le dijo, voy á daros un consejo. Es claro que vais á Saint-Maló ; pues bien, no vayais por Dol. De aquí á Saint-Maló hay dos caminos, el que pasa por Dol, y el de la costa, tan largo uno como otro. El de la costa va por Saint-Georges de Brehaigne, Cherrueix é Hirel-le-Vivier, dejando á Dol al Mediodia y Cáncale al Norte. Al fin de esta calle encontrareis el empalme de los dos caminos : el de Dol es el de la izquierda ; el de Saint-Georges de Brehaigne, es el de la derecha. Mucho cuidado, no os equivoqueis, ciudadano : si vais por Dol, os encontrais enmedio del fuego ; por consiguiente, no tomeis el camino de la izquierda, sino el de la derecha.

—Gracias, dijo al viajero, picando espuela.

La oscuridad era ya completa, y á poco que hubo andado, el posadero le perdió de vista.

Cuando llegó al extremo de la calle donde se dividia el camino, oyó la voz del posadero que le gritaba :

—¡No lo olvideis, tomad por la derecha!

Tomó por la izquierda.

II.

DOL.

Dol, ciudad española de Francia en Bretaña, como la califican los cartularios, no es realmente una ciudad, es una calle: calle larga vieja, y gótica, limitada á derecha é izquierda por casas con soportales, no alineadas, sino formando cabos y recodos en ella; calle, por lo demás, bastante ancha. El resto de la población no es sino una red de

callejuelas relacionadas con la principal y que desembocan en ella como los arroyos en un río. La ciudad, sin puertas ni muralla, abierta y dominada por el Monte-Dol, no podría sostener un sitio; pero la calle puede sostenerlo. Los promontorios de casas que aun se veían hace cincuenta años y los soportales con sus pilares á un lado y á otro constituían una defensa bastante sólida y resistente. Cada casa podía convertirse en una fortaleza, y en ciertos casos había necesidad de tomarlas una á una. La antigua plaza del mercado estaba como á mitad de la calle.

El posadero de la Croix-Branchard había dicho la verdad. Dol era teatro de una lucha furiosa en el momento en que hablaba, habiendo estallado bruscamente un combate nocturno entre los blancos, que habían entrado por la mañana, y los azules que habían llegado por la tarde. Las fuerzas eran desiguales: los blancos contaban seis mil hombres; los azules solo mil quinientos, pero el encarnizamiento era igual por ambas partes: ¡y cosa notable! los mil quinientos eran los que habían atacado á los seis mil.

De un lado una gran muchedumbre confusa: de otro una falange. De un lado seis mil campe-

sinos con escapularios del corazon de Jesus sobre sus chaquetas de cuero, cintas blancas en sus sombreros redondos, divisas cristianas en los hombros, rosarios á la cintura, llevando mas número de horquillas que de sables, y carabinas sin bayonetas, arrastrando cañones atados con cuerdas, mal equipados, mal disciplinados, mal armados, pero frenéticos. Del otro lado mil quinientos soldados con sus tricornios de escarapela tricolor, sus uniformes de grandes faldones y grandes vivos, el tahalí cruzado, el sable con puño de cobre el fusil con larga bayoneta, formados, alineados, dóciles y feroces, sabiendo obedecer, como hombres que en su caso sabrian mandar, voluntarios tambien, pero voluntarios de la patria, rotos, por lo demás, y sin zapatos. Por la monarquía combatian campesinos-paladines; por la revolucion héroes descalzos; cada una de estas dos tropas teniendo por alma su jefe, los realistas un viejo, los republicanos un jóven; de una parte Lantenac, de la otra Gauvain.

La revolucion, al lado de las jóvenes figuras gigantescas como Danton, Saint-Just y Robespierre, presenta jóvenes figuras ideales, como Huche y Marceau. Gauvain era una de ellas.

Gauvain tenia treinta años, cuello de Hércules, la mirada grave de un profeta y la risa de un niño. No fumaba, ni bebia, ni juraba; llevaba á la guerra su tocador de viaje; cuidaba mucho las uñas, los dientes y los cabellos castaños que eran soberbios; y en los altos sacudia por sí mismo al aire su casaca de comandante agujereada por las balas y cubierta de polvo. Aunque se lanzaba sin reparar á lo mas empeñado de la lucha, jamás habia sido herido. Su voz muy suave tomaba cuando era conveniente el tono brusco del mando. Daba ejemplo á sus soldados acostándose en el suelo espuesto al viento, á la lluvia, á la nieve, envuelto en la capa y apoyando su hermosa cabeza en una piedra. Era un alma heróica é inocente; y sable en mano se transfiguraba. Tenia aquel aire afeminado que en las batallas es formidable.

Ademas era pensador, filósofo, estudioso, Alcibiades para quien le veia, Sócrates para quien le oia.

En aquella inmensa improvisacion que constituye la revolucion francesa, el jóven Gauvain habia sido desde luego jefe de guerra.

Su columna, formada por él, era como la legion romana, una especie de ejército completo,

aunque pequeño. Componíase de infantería, caballería y artillería; tenia exploradores, gastadores, zapadores, pontoneros y llevaba cañones como la legion romana catapultas. Tres piezas bien servidas daban fortaleza á la columna sin quitarle nada de su movilidad.

Lantenac era tambien un jefe de guerra, pero de peor especie; á la vez mas reflexivo y mas osado. Los héroes viejos tienen mas frialdad que los jóvenes porque están lejos de la aurora, y mas audacia porque están cerca de la muerte. ¡Es tan poco lo que pueden perder con la vida! De aquí las maniobras temerarias al mismo tiempo que inteligentes de Lantenac. Pero en suma, casi siempre en aquel duelo entre el viejo y el joven, llevaba este la ventaja. Esto era efecto de la fortuna mas que de otra cosa. Todas las dichas, aun la mas terrible, son patrimonio de la juventud. La victoria es algo muchacha.

Lantenac estaba exasperado contra Gauvain, en primer lugar porque Gauvain le derrotaba, en segundo lugar porque era pariente suyo. ¡Qué idea le habia dado de hacerse jacobino á ese Gauvain, á ese galopin, su heredero, porque el marqués no tenia hijos y Gauvain lo era de su sobrino, es de-

cir que era casi su nieto? ¡Ah! decia aquel casi-abuelo, *si le llevo á poner la mano encima, le mato como á un perro.*

Por lo demás, la República tenia razon en temer á aquel marqués de Lantenac. Apenas desembarcado, habia infundido el terror por todas partes: su nombre en la insurreccion vendeana habia producido el efecto de un reguero de pólvora, y su persona habia sido el centro y el alma de la insurreccion. En un levantamiento de esta naturaleza en que cada jefe tiene celos de sus colegas y escoge para sí el teatro especial de sus operaciones, su bosque, sus barrancos, si llega alguno cuya superioridad sobre todos es incontestable, pronto consigue reunirlos á todos en torno suyo. Casi todos los capitanes de las partidas se habian unido á Lantenac, y de cerca ó de lejos le obedecian. Uno no mas se le habia separado, y era el primero que le habia prestado obediencia, Gavard. ¿Porqué? Porque Gavard era un hombre de confianza. Poseia todos los secretos y habia adoptado todos los planes del antiguo sistema de guerra civil que Lantenac iba á suplantar y reemplazar. No se heredan los proyectos de un hombre de confianza; el zapato de la Rouarie no venia bien al pie de Lantenac;

por eso Gavard habia marchado á reunirse con Bonchamp.

Lantenac, como hombre de guerra, era de la escuela de Federico II; queria combinar la guerra en grande con la pequeña. No queria ni una «masa confusa» como el numeroso ejército católico y real, multitud destinada á sucumbir aplastada, ni una dispersion entre bosques, barrancos y vallados, buena para hostigar al enemigo, pero impotente para vencerlo. La guerra de partidas no concluye con el adversario ó concluye mal; comienza por atacar á una república y acaba por desbalijar una diligencia. Lantenac no comprendia esa guerra bretona; no la queria toda en campo raso, como La Rochejacquelein, ni toda en los bosques, como Juan Chouan; ni Vendée ni Chuaneria. Queria la verdadera guerra; servirse del campesino, si, mas para apoyarle en el soldado; queria partidas para la estrategia, y regimientos para la táctica. Consideraba escelentes para el ataque, la emboscada y la sorpresa, aquellos ejércitos de paisanos que en un momento podian reunirse y en otro momento dispersarse; pero les consideraba tambien demasiado fluidos, demasiado fáciles de escapársele, como el agua, de entre las manos, y deseaba

crear un punto sólido en aquella guerra flotante y difusa, añadiendo al ejército salvaje de los bosques una tropa regular que fuera el eje de manobras de los campesinos. Pensamiento profundo y terrible, que habria hecho á la Vendée inexpugnable si hubiese tenido éxito.

¿Pero dónde hallar una tropa regular? ¿dónde soldados? ¿dónde regimientos? ¿dónde un ejército ya organizado? En Inglaterra. De aquí la idea fija de Lantenac de proporcionar á los ingleses los medios de hacer un desembarco. Asi capitula la conciencia de los partidos; asi la escarapela blanca servia en Lantenac de máscara al uniforme colorado. Lantenac no tenia mas que un pensamiento: apoderarse de un punto del litoral y entregarlo á Pitt. Por eso, viendo á Dol sin defensa, se habia arrojado sobre aquella poblacion, á fin de tener por medio de Dol el Monte-Dol y por medio de Monte-Dol, la costa.

El sitio estaba bien elegido: el cañon del Monte-Dol barreria por un lado el Fresnois, por otro á Saint-Brelade, mantendria á distancia al crucero de Cancale y dejaria libre para el desembarco toda la playa desde Raz-sur-Couesnon á Saint-Meloir-des-Ondes.

Para el mejor éxito de esta operacion decisiva, habia llevado consigo algo mas de seis mil hombres, los mas robustos de las partidas de que disponia, con toda su artillería, compuesta de diez culbrinas de á diez y seis, una bastarda de á ocho y un pedrero de á cuatro. Pensaba con estas piezas establecer una fuerte batería en el Monte-Dol, siguiendo el principio de que mil tiros disparados que con diez cañones producen mas efecto que quinientos tiros disparados con cinco.

El éxito parecia seguro. Eran, como se ha dicho, seis mil hombres. No habia que temer mas que á Gauvain y sus mil quinientos soldados por la parte de Avranches, y á Lechelle por la parte de Dinan. Es verdad que Lechelle tenia veinticinco mil hombres, pero en cambio se hallaba á veinte leguas de allí. Lantenac estaba, pues, tranquilo respecto de Lechelle, á causa de la gran distancia que neutralizaba el efecto del gran número, y respecto de Gauvain á causa del corto número que neutralizaba el efecto de la corta distancia. Añadiremos que Lechelle era inepto, y que posteriormente dejó derrotar sus veinticinco mil hombres en las Landas de la Croix-Bataille, derrota que pagó con el suicidio.

Lantenac tenia, pues, una seguridad completa en el resultado de sus planes. Su entrada en Dol fue brusca y dura: tenia una fama terrible; sabiendo que era inexorable, no se le ofreció la menor resistencia, y los habitantes asustados se encerraron en sus casas. Los seis mil vendeanos se instalaron en la ciudad en confusion campesina, casi como en campo de feria, sin furrieles, sin alojamientos señalados, vivaqueando acá y allá, cociendo el rancho al aire libre, desparramándose por las iglesias y dejando los fusiles por los rosarios. Lantenac se dirigió apresuradamente con algunos oficiales de artillería á reconocer el Monte-Dol, dejando el mando interinamente á Gouge-le-Bruant, á quien habia nombrado jefe de Estado Maryor.

Este Gouge-le-Bruant ha dejado de sí una huella, aunque vaga, en la historia. Tenia dos *alias*; *Mata-azules*, á causa de sus carnicerías de patriotas y el *Imano* porque tenia un no se qué de inefablemente horrible. *Imano* se deriva de *immanis* y es una antigua palabra del bajo-normando que significa la fealdad sobrehumana, y casi divina por lo espantosa, el demonio, el satiro, el ogro. Un antiguo manuscrito dice: *d' mes daeux iers j'vis l'imanus*. Los ancianos del Bocage no saben ya

hoy quién era Gouge-le Bruant ni lo que significa Mata-azules; pero tienen una idea, aunque confusa del Imano, que figura en todas las supersticiones locales. Todavía se habla del Imano en Tremorel y en Plumaugat, dos poblaciones en que Gouge-le-Bruant ha dejado huella de su pie fatídico. En la Vendée los otros jefes eran salvajes, pero Gouge-le-Bruant era bárbaro. Era una especie de cacique con la piel pintada de cruces y flores de lis y en cuyo rostro brillaba el fulgor repugnante y casi sobrenatural de un alma que no se parecía á ninguna otra alma humana. Era infernalmente audaz en el combate, y atroz despues; corazon lleno de tortuosidades, capaz de todos los sacrificios, é inclinado á todos los furores. ¿Razonaba? Sí; pero en espiral, como se levantan las serpientes. Hablaba de heroismo para venir á parar al asesinato; era imposible adivinar lo que le inspiraba sus resoluciones, á veces grandiosas por el mismo exceso de su monstruosidad: capaz de todo lo horriblemente inesperado, tenia la ferocidad épica.

De aquí el mote deforme de el *Imano*.

El marqués de Lantenac tenia confianza en su carácter cruel.

En efecto, el Imano excedia á todos en cruel-

dad; pero en estrategia y en táctica era menos superior, y tal vez el marqués habia cometido un yerro nombrándole su jefe de Estado Mayor. De todos modos, el Imano fué el que quedó con autoridad para reemplazarle y vigilarlo todo.

Gouge-le-Bruant, mas guerrero que militar, era hombre mas á propósito para degollar una tribu, que para defender una ciudad. Sin embargo, estableció sus grandes guardias.

Al anochecer, cuando el marqués de Lantenac volvia de reconocer el sitio donde pensaba establecer la batería proyectada, le sorprendió el estampido del cañon. Miró hácia Dol: una humareda roja se levantaba de la calle principal. Indudablemente habia sorpresa, irrupcion, ataque, combate en la ciudad.

Aunque difícil de espantar, se quedó por el pronto estupefacto. No esperaba nada semejante. ¿Qué podia ser aquello? Evidentemente no era Gauvain quien atacaba: uno no ataca fácilmente á cuatro. ¿Sería Lechelle? Pero entonces ¡qué marcha tan forzada! Lechelle era improbable; Gauvain imposible.

Lantenac aceleró el paso de su caballo. En el camino tropezó con multitud de habitantes que

huían ; preguntóles ; iban locos de temor y gritaban : ¡ los azules , los azules ! En efecto , cuando llegó á Dol la situación era mala .

Explicaremos lo que había ocurrido .

III.

PEQUEÑOS EJÉRCITOS Y GRANDES BATALLAS.

Al llegar á Dol, los campesinos se habian desparramado como hemos dicho, por la ciudad, haciendo cada uno lo que le acomodaba, como sucede cuando *se obedece por amistad* segun la frase de los vendeanos: género de obediencia que puede formar héroes, pero no soldados. Habian resguardado su artillería con los bagajes bajo los portales del antiguo mercado, y cansados, co-

miendo, bebiendo y rezando el rosario, se habian tendido sin órden por la calle, mas bien obstruida que guardada. Al caer la noche, la mayor parte se durmieron, teniendo por almohadas los morrales, y algunos con sus mujeres al lado, porque con frecuencia las campesinas seguian á sus maridos; y en la Vendée las mujeres embarazadas servian de espías. Era una noche apacible de julio: las constelaciones resplandecian en el oscuro azul del cielo; y todo aquel vivac, que mas que el campamento de un ejército, parecia el rancho de una caravana, se abandonó pacíficamente al sueño. De repente, á la débil claridad del crepúsculo, los que aun no habian cerrado los ojos vieron tres piezas de artillería enfilando la calle principal desde su entrada.

Eran las de Gauvain, el cual habia sorprendido las grandes guardias, entrado en la ciudad y apoderándose con su columna de la cabeza de la calle.

Un campesino se levantó, gritó: ¡quién vive! y disparó su fusil. El cañon respondió á este disparo; y despues, se rompió un fuego furioso de fusilería. Toda aquella multitud adormecida, se levantó sobresaltada: dura sacudida en efecto,

dormirse bajo las estrellas y despertar bajo la metralla.

El primer momento fué terrible: nada más trágico que al azoramiento de una multitud bajo una lluvia de balas. Todos acudieron á las armas; unos corrian, otros gritaban, muchos caian; los que estaban de faccion no sabian lo que hacian y se fusilaban unos á otros. Algunos, aturcidos, salian de las casas, volvian á entrar, y luego á salir y vagaban enmedio del tumulto sin saber dónde situarse: los miembros de cada familia se llamaban y buscaban mutuamente; combate lúgubre en que se mezclaban mujeres y niños. Las balas silbaban rasgando el viento en la oscuridad; el fuego de fusil partia de todos los rincones oscuros; todo era humo y confusion, que se aumentaba por el entrelazamiento de los furgones y de las carretas y el asombro é inquietud de los caballos. Los heridos eran pisados por los que iban y venian en aquella confusion; oíanse ahullidos de dolor, horror de unos, estupor de otros; los soldados y los oficiales se buscaban, y en medio de todo se ejecutaban actos de sombría indiferencia. Una mujer daba el pecho á un recién nacido sentada junto á una pared contra la

cual se habia recostado su marido, que tenia la pierna rota y que chorreando sangre de la herida, cargaba tranquilamente su carabina y disparaba al acaso en la oscuridad. Hombres echados boca abajo hacian fuego entre las ruedas de las carretas; de cuando en cuando se levantaba una gran confusion de clamores; pero la voz del cañon dominaba al fin todos los ruidos. Espectáculo espantoso.

Como árboles cortados en un bosque, iban cayendo unos tras otros; Gauvain parapetado al principio de la calle, ametrallaba á sus enemigos sobre seguro y perdia poca gente.

Sin embargo, el intrépido desorden de los campesinos acabó por ponerse á la defensiva; replegaronse bajo las bóvedas del mercado, vasto reducto oscuro, bosque de pilares de piedra, y allí se hicieron firmes porque todo lo que parecia bosque les daba confianza, y el Imano suplía como mejor podia la ausencia de Lantenac. Tenian cañones, pero no se servian de ellos, lo cual admiraba no poco á Gauvain. Era que habiendo los oficiales de artillería acompañado al marqués al reconocimiento de Dol, los destinados al servicio de las piezas no sabian qué hacer de las cule-

brinas y bastardas, contentándose con responder enviando una lluvia de balas de fusil á los azules que les cañoneaban. Los campesinos respondían con la fusilería á la metralla : ellos eran ya los que estaban mejor parapetados, porque habian amontonado los carros, las carretas, los equipajes, todas las barricadas viejas del antiguo mercado y habian improvisado una alta barricada con aspilleras por donde pasaban las carabinas. Desde ellas el fuego de fusilería era mortífero; y todo se ejecutó prontamente, de modo que al cabo de un cuarto de hora el mercado presentó un frente inexpugnable.

El caso iba siendo grave para Gauvain : no esperaba ver tan súbitamente transformada la plaza del mercado en ciudadela sirviendo de refugio á las masas sólidas y compactas de los campesinos. La sorpresa que habia intentado, habia tenido buen éxito; pero la derrota del enemigo estaba á punto de serle imposible. Echó pié á tierra, y atento á lo que pasaba con la espada pendiente del puño y cruzado de brazos al resplandor de una antorcha que alumbraba la batería, contemplaba aquella oscura é improvisada fortificación.

Su elevada estatura rodeada de luz le hacía visible á los defensores de la barricada y les servía de blanco para sus tiros; pero no hacía caso de esta circunstancia.

Las granizadas de balas que enviaba la barricada, caían alrededor de Gauvain, que continuaba pensativo.

Contra aquellas carabinas tenía él cañones; la bala de cañon concluye siempre por tener razón y el que dispone de la artillería tiene segura la victoria. Su batería, bien servida, le aseguraba, pues, la superioridad.

Pero de repente, del mercado sumido en las tinieblas salió un resplandor; oyóse una detonación como la de un rayo, y una bala de cañon fué á perforar la pared de una casa sobre la cabeza de Gauvain.

La barricada respondía al cañon con el cañon.

¿Qué pasaba? Aquello era nuevo: la artillería ya no funcionaba para uno solo de los combatientes.

Una segunda bala siguió á la primera y fué á estrellarse en la pared cerca también de Gauvain. La tercera le derribó el sombrero.

Aquellas balas eran de grueso calibre; sin duda procedían de una pieza de á diez y seis.

—Estais sirviendo de blanco al cañon, mi comandante, le gritaron los artilleros.

Apagaron la tea, y Gauvain pensativo, recogió su sombrero.

Habia en efecto quien apuntaba á Gauvain, era Lantenac.

El marqués acababa de llegar á la barricada por el lado opuesto.

El Imano corrió hácia él.

—Señor, nos han sorprendido.

—¿Quiénes?

—No lo sé.

—¿Está libre el camino de Dinan?

—Así lo creo.

—Es preciso comenzar la retirada.

—Ha principiado: muchos están ya lejos de aquí y en salvo.

—No se trata de huir, sino de retirarse. ¿Por qué no poneis en juego la artillería?

—Todos han perdido la serenidad y además no teníamos oficiales.

—Ahora voy yo.

—He enviado á Fougères todo lo que he podido

de impedimenta : bagages, mujeres, en fin, todo lo inútil. ¿Qué hacemos de los tres prisioneros?

— ¡Ah! ¿los niños?

— Sí.

— Son nuestros rehenes : enviadlos á la Tourgue.

Dicho esto, el marqués se dirigió á la barricada, y una vez allí, todo cambió de faz. La barricada estaba mal construida para artillería; no habia sitio mas que para dos cañones : el marqués mandó ensanchar las aspilleras y puso en batería dos piezas de á diez y seis. Al inclinarse sobre una de ellas, observando por la tronera la batería enemiga, divisó á Gauvain.

— ¡Es él! gritó.

Entonces tomó por sí mismo el escobillon y el atacador, cargó la pieza, fijó el fronton de mira, apuntó y disparó.

Tres veces fijó en él la puntería y tres veces erró el blanco. La última no consiguió sino derribar el sombrero á Gauvain.

— ¡Torpe! murmuró Lantenac; si hubiera apuntado un poco mas bajo, le llevo la cabeza.

Entonces se apagó la antorcha y ya no pudo apuntar sino á las tinieblas.

—¡Cómo ha de ser! exclamó :

Y volviéndose á los que servian las piezas gritó :

—Fuego de metralla.

Gauvain por su parte no andaba menos solícito. La situacion se agravaba presentando el combate una nueva faz. La barricada le cañoneaba: ¿quién sabe si no estaba á punto de pasar de la defensiva á la ofensiva? Tenia delante de sí, aun descontando los muertos y los fugitivos, lo menos cinco mil combatientes y su tropa se hallaba reducida á mil doscientos hombres útiles. ¿Qué sería de los republicanos si el enemigo echaba de ver su corto número? Los papeles podian en breve invertirse : los acometedores iban tal vez á ser acometidos; y si los defensores hacian una salida todo se habia perdido.

¿Qué hacer? No habia que pensar en atacar la barricada de frente : un ataque á viva fuerza era quimérico; mil doscientos hombres no arrojan de sus posiciones á cinco mil. Por otra parte si una brusca acometida era imposible, esperar era funesto. Era preciso decidirse y acabar de una vez la partida. ¿Pero cómo?

Gauvain era del país : conocia la ciudad y sa-

bia que el antiguo mercado donde se habian fortificado los vendeanos, tenia á sus espaldas un dédalo de callejuelas estrechas y tortuosas.

Volvióse hácia su segundo, que era el valiente capitan Guechamp, famoso despues por haber limpiado de insurrectos la selva de Concise, pátria de Juan Chouan, y por haber impedido la toma de Bourgneuf, cerrando á los rebeldes la calzada del estanque de la Chainé.

—Guechamp, le dijo, os entrego el mando; haced todo el fuego que podais: abrid brecha en la barricada á cañonazos; y llamadme hácia vos toda la atencion de esa gente.

—Comprendo, dijo Guechamp.

—Formad despues en columna cerrada, armas cargadas, bayoneta armada y estad preparado para el ataque.

Despues añadió algunas palabras al oido de uechamp.

—Entendido, dijo este.

Gauvain repuso:

—¿Están todos nuestros tambores?

—Sí.

—Tenemos nueve; quedaos con dos; y yo me llevo siete.

Los siete tambores vinieron en silencio á formar delante de Gauvain.

Entonces Gauvain gritó:

—Adelante el batallon del gorro colorado.

Doce hombres, uno de ellos sargento, salieron de las filas.

—He dicho el batallon, exclamó Gauvain.

—Aquí está todo, dijo el sargento.

—¡No sois mas que doce!

—No quedamos mas que doce.

—Está bien, dijo Gauvain.

Aquel sargento era el brusco y honrado Radoub que habia adoptado á nombre del batallon los tres niños encontrados en el bosque de la Saudraie.

Se recordará que solamente medio batallon habia sido esterminado en Herbe-en-Pail, y Radoub habia tenido la suerte de no hallarse en aquel sitio.

Estaba inmediato un furgon de forrage: Gauvain le mostró al sargento y dijo:

—Que se hagan cuerdas de paja para envolver los cañones de los fusiles á fin de que no produzcan ruido si chocan unos con otros.

Un minuto despues estaba ejecutada la órden en la oscuridad y en silencio.

—Ya está, dijo el sargento.

—Soldados, añadió Gauvain, quitaos los zapatos.

—No los tenemos, mi comandante, dijo el sargento.

Componíase aquella tropa, incluyendo en la cuenta los siete tambores, de diez y nueve hombres. Gauvain era el vigésimo.

Luego que todo estuvo dispuesto gritó:

—Seguidme á la deshilada, primero los tambores, despues el batallon. Sargento, vos mandareis el batallon.

Se puso á la cabeza de la débil columna; y mientras el cañoneo continuaba por ambas partes, aquellos veinte hombres, pasando sin hacer ruido, como sombras, se introdujeron por las callejuelas casi desiertas.

Asi marcharon algun tiempo serpenteando á lo largo de las paredes de las casas. Todo parecia muerto en la poblacion: sus habitantes se habian escondido en las cuevas; todas las puertas estaban atrancadas; no habia ni una sola ventana abierta ni una luz en ninguna parte.

En medio de este silencio, en la calle principal se oia un ruido espantoso: el combate de artilleria

continuaba, y la batería republicana y la barricada realista se escupían mutuamente con rabia toda su metralla.

Después de veinte minutos de marcha tortuosa, Gauvain, que en aquella ocasión caminaba con pie seguro, llegó al extremo de una callejuela que desembocaba en la calle mayor á espaldas del mercado.

Había envuelto la posición. Por aquel lado no se había levantado ningún atrincheramiento; tal es la eterna imprudencia de los constructores de barricadas. El mercado estaba abierto y se podía entrar bajo los pórticos donde estaban enganchados varios carros de equipages prontos á marchar. Gauvain y sus diez y nueve hombres tenían delante de sí á los cinco mil vendeanos, pero de espaldas y no de frente.

Gauvain habló en voz baja al sargento: desataron las cuerdas de paja de los fusiles; los doce granaderos se apostaron formados en batalla detrás del ángulo de la calle, y los siete tambores esperaron la señal con las baquetas suspendidas sobre el parche.

Las descargas de artillería eran intermitentes. De repente, aprovechando un intervalo entre dos

detonaciones, Gauvain levantó la espada, y con voz que en aquel silencio resonó como el toque de un clarín, gritó:

—Doscientos hombres por la derecha; otros doscientos por la izquierda; los demás por el centro: ¡paso de ataque!

Los doce tiros partieron de los fusiles y los siete tambores tocaron paso de ataque.

Gauvain en seguida lanzó el grito formidable de los azules:

—¡A la bayoneta! ¡carguen!

El efecto fue inaudito.

Toda aquella masa campesina se creyó cortada por la espalda y se imaginó perseguida por un ejército. Al mismo tiempo, al redoble de los tambores, la columna que ocupaba la entrada de la calle Mayor mandada por Guechamp, respondió tocando el paso de ataque, y arrojándose á la carrera sobre la barricada. Viéronse los campesinos entre dos fuegos. El pánico aumenta desmesuradamente las proporciones de las cosas: en él un pistoletazo produce mas ruido que un cañon; todo clamor es fantasma, y se toma por rugido de un leon el ladrido de un perro. Añádase á esto que en el paisano prende el temor tan fácilmente como se prende el fuego

en una choza; y así como es fácil que el fuego de unas pajas se convierta en incendio, lo es que el pánico en los paisanos se convierta en derrota. La fuga, pues, fue espantosa.

En pocos momentos quedó el mercado desierto; los combatientes aterrorizados perdieron la formación; los oficiales no podían contener la gente que se desbandaba; el Imano mató inútilmente dos ó tres fugitivos; no se oía por todas partes mas que el grito *¡que nos cortan!* y aquel ejército se dispersó por los campos al través de las calles de la ciudad, como al través de los agujeros de una criba, con la rapidez de una nube impulsada por el huracan.

Unos huyeron hácia Chateauneuf, otros hácia Plerguer, otros en fin hácia Antrain.

El marqués de Lantenac, al ver aquella derrota, clavó por su mano los cañones, y se retiró el último, lenta y friamente, diciendo: está visto, los campesinos no resisten; es preciso que vengan los ingleses.

IV.

POR SEGUNDA VEZ.

La victoria era completa.

Gauvain se volvió hácia los hombres del batallón del Gorro Colorado y les dijo:

—Sois doce, pero valeis por mil.

Una palabra como esta del gefe era la cruz de honor de aquel tiempo.

Guéchamp, enviado por Gauvain, se lanzó fue-

ra de la ciudad en persecucion de los fugitivos, é hizo muchos prisioneros.

Encendiéronse antorchas y se registró la ciudad.

Todos los que no pudieron evadirse se rindieron. Se iluminó la calle Mayor por medio de cazuelas de sebo con mechas: toda ella estaba llena de muertos y heridos. El fin de un combate se prolonga siempre un poco, y hay que hacer esfuerzos para acabar definitivamente; algunos grupos desesperados resistian aun acá y allá; se les cercó y depusieron las armas.

Gauvain habia observado en la confusion desenfrenada de la derrota un hombre intrépido, especie de fauno ágil y robusto, que habia protegido la fuga de los demás sin querer huir por su parte. Servíase magistralmente de su carabina, fusilando con el cañon y aplastando con la culata, de tal suerte que al cabo la habia roto. A la sazón tenia una pistola en una mano y un sable en la otra, y nadie se atrevia á ponerse á su alcance. De repente Gauvain le vió vacilar y recostarse contra un poste de la calle Mayor; era que acababa de recibir una herida, pero continuaba empuñando el sable y amenazando con la pistola. Gauvain

con la espada debajo del brazo se dirigió á él.

—Ríndete, le dijo.

El hombre le miró fijamente: su sangre, que corria por el cuerpo abajo, formaba ya un charco á sus piés.

—Eres mi prisionero, repuso Gauvain.

El hombre permaneció mudo.

—¿Cómo te llamas?

El hombre dijo:

—Me llamo Danza-á-la-sombra.

--Eres un valiente, dijo Gauvain, y le tendió la mano.

El hombre respondió:

—¡Viva el rey!

Y reuniendo las fuerzas que le quedaban, levantó los brazos á un tiempo, apuntó al corazón de Gauvain con la pistola y disparó, dirigiéndole al mismo tiempo una cuchillada á la cabeza.

Todo esto lo hizo con una prontitud de tigre; pero hubo uno que anduvo mas ligero todavía, y fue un hombre á caballo que acababa de llegar hacia pocos momentos sin que nadie reparase en él. Aquel hombre, viendo al vendeano levantar el sable y la pistola, se arrojó entre él y Gauvain y evitó á este una muerte segura. El caballo recibió

el tiro de la pistola, el hombre recibió la cuchillada y ambos cayeron.

El vendeano cayó también á tierra junto al poste.

El sablazo había dado al hombre en el rostro, y le había hecho caer desmayado. El caballo estaba muerto.

Gauvain se acercó:

—¿Quién es este hombre? preguntó.

Miróle; la sangre de la herida inundaba su rostro, cubriéndole de una máscara roja: era pues imposible distinguirlo. No se veían más que sus cabellos grises.

—Este hombre me ha salvado la vida, exclamó Gauvain: ¿hay alguno aquí que le conozca?

—Mi comandante, dijo un soldado, este hombre acababa de entrar en la ciudad; yo le he visto llegar; venía por el camino de Pontorson.

El cirujano mayor de la columna llegó con su bolsa de operaciones. El herido continuaba desmayado: el cirujano le examinó y dijo:

—Esto no es nada; una cortadura sencilla; se coserá la herida y dentro de ocho días estará en convalecencia. Ha sido un buen sablazo.

El herido llevaba capa, faja tricolor, pistolas

y sable. Le tendieron sobre unas parihuelas; le desnudaron; llevaron un cubo de agua fresca; el cirujano lavó la herida, y comenzando á distinguirse las facciones, Gauvain las contempló con una atencion profunda.

—¿Trae papeles consigo? preguntó.

El cirujano tentó el bolsillo del pecho y sacó de él una cartera que tendió á Gauvain.

Entre tanto el herido, reanimado por el agua fria, volvía en sí y comenzaba á mover los párpados.

Gauvain registraba la cartera; y hallando una hoja de papel en cuatro dobleces, la desdobló y leyó:

«Comision de salvacion pública. El ciudadano Cimourdain....»

Al leer este nombre arrojó un grito:

—¡Cimourdain!

Aquel grito hizo abrir los ojos al herido.

Gauvain estaba profundamente conmovido.

—¡Cimourdain! ¡sois vos! por segunda vez me salvais la vida.

Cimourdain miraba á Gauvain. Un inefable resplandor de júbilo iluminaba su rostro ensangrentado.

Gauvain cayó de rodillas ante el herido
esclamando;

—¡Mi querido maestro!

—Tu padre, dijo Cimourdain.

V.

LA GOTA DE AGUA FRIA.

No se habian visto durante muchos años; pero sus corazones no se habian separado, y se conocieron como si se hubieran dejado de ver el dia antes.

Habiáse improvisado un hospital de sangre en la posada de la poblacion. Llevaron á él á Cimourdain y le instalaron en una cama de un gabinete

contiguo á la gran sala general. El cirujano que habia reconocido la herida puso fin á las expansiones de aquellos dos hombres, indicando que era necesario dejar dormir á Cimourdain. Por otra parte, mil quehaceres, que constituyen los deberes y los cuidados de la victoria, reclamaban la presencia de Gauvain. Quedó, pues, solo Cimourdain, pero no podia dormir, porque tenia dos clases de fiebre: la fiebre de la herida y la fiebre de su alegría.

No durmió y sin embargo no creia estar despierto. ¿Era posible? Su sueño se habia realizado. El, que era de los que no creian en la realizacion de las ilusiones, tenia la suya convertida en hecho. Habia encontrado á Gauvain; le habia dejado niño y le hallaba hombre, y hombre grande, temible, intrépido triunfador, y triunfador por la causa del pueblo. Gauvain era en la Vendée el punto de apoyo de la revolucion, y era él, Cimourdain quien habia formado aquella columna para la república. Aquel vencedor era su discípulo: Cimourdain veia irradiar su pensamiento propio al través de aquel busto jóven destinado quizá al panteon republicano; su discípulo, el hijo de su espíritu era ya un héroe y seria dentro de poco

una gloria. Parecíale á Cimourdain que veia su propia alma hecha genio. Acababa de ver por sí propio como hacia Gauvain la guerra: era como Quiron viendo pelear á Aquiles: relacion misteriosa entre el sacerdote y el centauro porque el sacerdote no tiene mas que medio cuerpo de hombre.

Todas las circunstancias extraordinarias de esta aventura unidas al insomnio que la herida ocasionaba llenaban la mente de Cimourdain de una especie de embriaguez misteriosa. Levantábase magnífico un jóven destino y lo que aumentaba su profundo júbilo era que tenia plenos poderes sobre aquel destino. Un triunfo mas, como el que acababa de presenciar, y Cimourdain con una sola palabra podia hacer que la república confiase á Gauvain el mando de un ejército. Nada deslumbraba tanto como la admiracion de ver que todo sale bien. Era aquella la época en que todos tenian su sueño militar, y cada cual queria hacer un general; Danton queria hacer general á Westermann, Marat á Rossignol, Hebert á Ronsin; Robespierre deshacerlos á todos. ¿Por qué no he de hacer yo general á Gauvain? se decia Cimourdain: y seguia pensando. Tenia delante de sí un campo ilimitado;

pasaba de una hipótesis á otra y todos los obstáculos se desvanecían ante su pensamiento. Una vez en esta senda y puesta la imaginación en este tono, no es posible detenerla; la subida es infinita; se parte del hombre y se llega al astro. Un gran general no es más que un jefe de ejércitos; pero un gran capitán es al mismo tiempo un jefe de ideas. Pues bien, Cimourdain veía en Gauvain un gran capitán: parecíale ya, porque la imaginación camina deprisa, verle en el Océano, dando caza á los ingleses, en el Rhin castigando á los reyes del Norte, en los Pirineos rechazando á los españoles, en los Alpes dando á Roma la señal para sublevarse. Había en Cimourdain, dos diversos sujetos, uno tierno, otro insensible; y ambos estaban gozosos, porque siendo lo inexorable su ideal, al mismo tiempo que veía á Gauvain magnífico, lo veía terrible. Pensaba en todo lo que debía destruirse antes de construir, y ciertamente, decía, no ha llegado aun la hora del enternecimiento ni de la sensibilidad. Gauvain estará «á la altura que corresponde,» frase de la época. Figurábase á Gauvain aplastando con el pie las tinieblas, cubierto de una coraza de luz, con resplandor de meteoro en la frente, abriendo las grandes alas

ideales de la justicia, de la razon y del progreso, y con la espada en la mano: ángel, pero esterminador.

En lo mas fuerte de su ilusion, que era casi un éxtasis, oyó por la puerta entreabierta que hablaban en el salon contiguo, y conoció la voz de Gauvain. Aquella voz, á pesar de los años de ausencia habia resonado siempre en su oido; y la voz del niño conserva su timbre especial, aun despues de su trasformacion en voz de hombre. Escuchó; primero sonó un ruido de pasos: luego se oyó la voz de un soldado que decia:

—Mi comandante, este hombre es el que disparó contra vos. En la confusion se habia arrastrado por el suelo y escondido en una cueva, donde le hemos hallado.

Cimourdain oyó entonces este diálogo entre Gauvain y aquel hombre:

—¿Estas herido?

—Estoy bastante bien para ser fusilado.

—Metedle en una cama; que le cuiden con esmero y le curen.

—Quiero morir.

—Vivirás. Has querido matarme en nombre del rey; yo te perdono en nombre de la república.

Una sombra pasó por la frente de Cimourdain,

el cual experimentó la misma sensación que si despertase sobresaltado, y murmuró con una especie de tristeza siniestra:

—En efecto, es un hombre compasivo.

VI.

PECHO CURADO, CORAZON HERIDO.

Una cortadura se cura pronto; pero habia en otro sitio una persona mas gravemente herida que Cimourdain, y era la mujer fusilada y recogida por el mendigo Tellmarch en el gran charco de sangre de la granja de Herbe-en-Pail.

La herida de Micaela Flechard era mas peligrosa de lo que Tellmarch habia creido al princi-

pio : al agujero de bala que tenia por cima del seno, correspondia otro agujero en el omoplato; al mismo tiempo que una bala le habia roto la clavícula, otra le habia atravesado el hombro; pero como la herida no habia interesado el pulmon, pudo curarse. Tellmarch era un «filósofo» palabra de los campesinos que significa un poco médico, un tanto cirujano y algo brujo. Cuidó á Micaela en su caverna de fiera y en su cama de yerba con esas cosas misteriosas que se llaman «simples», y gracias á sus cuidados, vivió.

La clavícula se soldó; las heridas del pecho y del hombro se cerraron, y al cabo de algunas semanas, la enferma entró en convalecencia.

Una mañana pudo salir de la cueva ayudada por Tellmarch y fué á sentarse al sol al pié de un arbol. Tellmarch sabia muy poco acerca de ella: las heridas del pecho exigen silencio, y durante la semi-agonía que habia precedido á la curacion, apenas habia pronunciado la enferma algunas palabras. Cuando queria hablar, Tellmarch la obligaba á guardar silencio; pero tenia un pensamiento fijo y tenaz y Tellmarch observaba en ella un sembrío vaiven de ideas dolorosas. Aquella mañana Micaela se sentia fuerte y casi podia andar

sola. Una curacion es una especie de paternidad, y Tellmarch la miraba con la satisfaccion con que un padre mira á su hija. Aquel buen viejo se puso á sonreir y dijo:

—Muy bien, ya estamos levantados, ya no tenemos heridas.

—Mas que en el corazon, respondió Micaela.

Y añadió:

—¿De modo que no sabeis absolutamente dónde están?

—¿Quiénes? preguntó Tellmarch.

—Mis hijos.

Aquel *de modo* expresaba todo un mundo de pensamientos; significaba: «pues que no me hablais de ellos; pues que desde hace tantos dias estais á mi lado sin decirme nada de mis hijos; pues que me obligais á callar cada vez que quiero romper el silencio; pues que parece que temeis que yo os hable, es que nada teneis que decirme.» Con frecuencia, durante la fiebre, el extravío, el delirio, habia llamado á sus hijos, y habia visto claramente, porque aun en el delirio no dejan de hacerse ciertas observaciones, que el anciano no la respondia.

Es que en efecto Tellmarch no sabia qué de-

cirle. No es tan fácil hablar á una madre de sus hijos perdidos; y además ¿qué sabia de ellos? Nada. Sabia que una madre habia sido fusilada; que la habia encontrado tendida en tierra; que al recogerla era casi un cadáver; que aquel cadáver tenia tres hijos, y que el marqués de Lantenac, despues de haber hecho fusilar á la madre, se habia llevado los niños. Aquí terminaban todos sus informes. ¿Qué habia sido de aquellos niños? ¿Vivian todavía? Sabia porque se lo habian dicho que eran dos niños y una niña, apenas destetada: nada mas. Hacíase mil preguntas acerca de este grupo desgraciado, pero á ninguna podia responder. Los habitantes del país á quienes habia interrogado se contentaban con mover la cabeza con aire compasivo. El marqués de Lantenac era hombre de quien no gustaba hablar.

No se hablaba de buen grado del marqués de Lantenac y no agradaba tampoco á nadie hablar con Tellmarch. Los campesinos tienen un género de sospecha que les es peculiar. No querian á Tellmarch; para ellos aquel mendigo era sospechoso. ¿Por qué estaba siempre mirando al cielo? ¿Qué hacía y en qué pensaba durante sus largas horas de inmovilidad? Ciertamente, aquel género

de vida era extraño. En aquel país donde ardía la guerra; que estaba en plena conflagración, en plena combustión; donde no había quien pensara en otro negocio más que el de la devastación ni en otro trabajo más que el de la matanza; donde todos parecía que habían apostado á quien quemaría más casas, degollaría más familias, mataría más centinelas, saquearía más pueblos; donde no se pensaba sino en tenderse lazos, atraerse á emboscadas y matarse los unos á los otros, aquel solitario absorto en la contemplación de la naturaleza, como sumergido en la paz inmensa de las cosas, recogiendo yerbas y plantas, cuidándose tan solo de las flores, de los pájaros y de las estrellas, no podía menos de ser peligroso. Era visible que no tenía razón, porque ni se ocultaba detrás de las matas, ni disparaba un fusil contra nadie. De aquí cierto temor esparcido en torno suyo.

—Ese hombre está loco, decían los que pasaban á su lado.

Tellmarch era más que un hombre aislado: era un hombre cuya compañía se evitaba.

No se le hacían preguntas, ni tampoco se le daban respuestas. No había podido, por consiguien-

te, tomar todos los informes que hubiera querido. La guerra se habia estendido por otros parajes; los combatientes se habian ido á pelear á otra parte; el marqués de Lantenac habia desaparecido del horizonte, y en la disposicion de ánimo en que se hallaba Tellmarch, para que advirtiese que habia guerra era necesario que esta pesase sobre él.

Al oír estas palabras *mis hijos*, Tellmarch habia cesado de sonreír. La madre se habia quedado pensativa: ¿qué pasaba en aquella alma? Estaba como en el fondo de un abismo. De repente miró á Tellmarch y gritó de nuevo, casi con acento de cólera:

—¡Mis hijos!

Tellmarch bajó la cabeza como un criminal.

Pensaba en aquel marqués de Lantenac, que ciertamente no se acordaba de él y que probablemente no sabia siquiera que existiese. Tellmarch se explicaba esta probabilidad diciendo: «Un señor, cuando está en peligro, conoce al pobre, pero cuando ha salido de él, ya no le conoce.

Despues se preguntaba: ¿pero entonces por qué he salvado yo á ese señor?

Y se respondia:—Porque es un hombre.

Sobre esto reflexionó un corto rato y repuso: ¿estoy bien seguro de que es un hombre?

Y repitió su amarga frase:— ¡Si yo hubiese sabido.....!

Todas aquellas aventuras le abrumaban, pues en lo que habia hecho veia una especie de enigma que le hacia meditar dolorosamente. Una buena accion puede, pues, resultar una accion mala; quien salva al lobo causa la muerte de las ovejas; el que cura las alas del buitre es responsable del mal que causen sus garras.

Sentíase culpado y creia que la cólera inconsciente de la madre era justa.

Sin embargo, el haber salvado tambien á aquella madre le consolaba de haber salvado al marqués.

¿Pero y los niños?

La madre tambien pensaba entonces en ellos. Aquellas dos imaginaciones marchaban á la par y á veces se reunian sin decírselo en las tinieblas de la meditacion.

La mirada de la madre, mirada tenebrosa, se fijó de nuevo sobre Tellmarch.

—Esto, sin embargo, dijo, no puede quedar asi.

—¡Chist! dijo Tellmarch y puso el dedo en la boca.

—Habeis hecho mal en salvarme y no os lo agradezco. Prefiriria estar muerta porque entonces les veria; sabria donde están; ellos no me verian pero yo estaria á su lado. Una muerta debe tener poder para protegerlos.

Tellmarch le tomó el pulso.

—Calmaos, dijo, os va á volver la calentura.

Ella le preguntó casi con dureza:

—¿Cuándo podré marcharme?

—¿Marcharos?

—Sí, marcharme.

—Nunca, si os exaltais de ese modo: mañana, si teneis juicio.

—¿A qué llamais tener juicio?

—A tener confianza en Dios.

—¡Dios! ¿á dónde me ha enviado mis hijos?

Estaba como estraviada. Suavizando despues la voz, dijo:

—Ya comprendeis que no puedo permanecer aquí de esta manera. Vos no habeis tenido hijos; yo sí. Hay una gran diferencia entre vuestra posicion y la mia. No se puede juzgar de una cosa

cuando no se sabe lo que es. Vos no habeis tenido hijos ¿eh?

—No, respondió Tellmarch.

—Yo no he tenido otra cosa. Sin mis hijos ¿qué soy? Quisiera que me esplicasen por qué no tengo aquí mis hijos. Algo pasa, estoy segura, que yo no comprendo. Han muerto á mi marido, me han fusilado á mí, ¿por qué? No lo entiendo.

—Vamos, dijo Tellmarch, ya vuelveis á tener fiebre. No habéis.

Ella le miró y guardó silencio.

Desde aquel dia no quiso hablar mas.

Tellmarch fue mas obedecido de lo que habria deseado. Micaela pasaba horas enteras como estupefacta, acurrucada debajo del árbol. Pensaba y se callaba: el silencio ofrece una especie de abrigo á las almas sencillas que han sido sumergidas en la profundidad siniestra del dolor. Parecia que habia renunciado á comprender lo que le pasaba: cuando la desesperacion llega á cierto grado, es ininteligible para el desesperado.

Tellmarch la examinaba conmovido; á la vista de aquel padecimiento, el anciano tenia pensamientos de mujer.—¡Oh, sí, decia entre sí mismo, sus labios no hablan, pero hablan sus ojos, y en

ellos veo que tiene una idea fija: haber sido madre y ya no serlo; haber sido nodriza y no serlo! No puede resignarse á ese dolor. Piensa en la niña á quien daba el pecho poco tiempo há; piensa y piensa y no acaba de pensar en ella. En verdad que debe de ser delicioso sentir una boquita sonrosada que os va sacando el alma del interior del cuerpo y se forma una vida suya con vuestra vida.

Y por su parte guardaba tambien silencio, comprendiendo la impotencia de la palabra para aliviar aquel dolor profundo. El silencio de una idea fija es terrible; ¿pero cómo hacer oír la razon á la idea fija de una madre? La maternidad no admite excusas: no se discute con ella. Lo que hace que una madre sea sublime es el tener algo de irracional; el instinto materno es divinamente animal; la madre no es mujer: es hembra.

Los hijos son sus cachorros.

De aquí que haya en la madre algo de inferior y tambien algo de superior á la razon. La madre tiene un delicado instinto; la inmensa y tenebrosa voluntad de la creacion reside en ella é impulsa sus acciones: ceguedad llena de perspicacia.

Tellmarch queria ya hacer hablar á la desdi-

chada, y no podia conseguirlo. Una vez le dijo:

—Por desgracia soy viejo y no puedo apenas andar. Al cabo de un cuarto de hora de marcha, se me agotan las fuerzas y necesito detenerme á descansar. Si no fuera por eso, podria acompañaros. Ademas, quizá es un bien que no me sea posible hacerlo; seria para vos mas peligrosa que útil mi compañía, porque si bien aquí me toleran, soy sospechoso para los azules como campesino y para los campesinos como hechicero.

Esperó á ver qué respondia, pero ella ni levantó siquiera los ojos.

Una idea fija termina en locura ó en heroismo; ¿pero de qué heroismo puede ser capaz una pobre campesina? De ninguno: puede ser madre, pero nada mas: sumergiase cada dia mas en sus pensamientos. Tellmarch la observaba sin cesar.

Trató de proporcionarle ocupacion y con este objeto le llevó hilo, agujas y un dedal, y en efecto con gran alegría notó que se puso á coser. Meditaba, pero trabajaba, lo cual es señal de salud; recobraba las fuerzas poco á poco. Remendó sus camisas, sus vestidos y sus zapatos; pero las pupilas de sus ojos continuaban vidriosas, y sin cesar de coser, cantaba á media voz canciones oscuras;

murmuraba nombres, probablemente de niños que Tellmarch no podía oír bien; se interrumpía y escuchaba el canto de las aves como si le diesen noticias; consideraba el tiempo que hacía, movía los labios y hablaba en voz baja. Por fin hizo un morral y le llenó de castañas, y un día la vió Tellmarch que se ponía en marcha con la vista fija en la profundidad de la selva.

—¿A dónde vais? le preguntó.

Ella respondió:

—Voy á buscarlos.

Tellmarch no intentó detenerla.

VII.

LOS DOS POLOS DE LA VERDAD.

Al cabo de algunas semanas de vicisitudes y vaivenes como los que ocurren en toda guerra civil, no se hablaba en el país de Fougères mas que de dos hombres, de los cuales el uno era lo contrario del otro y que sin embargo ejecutaban la misma obra, es decir reñían juntos el gran combate revolucionario.

La salvaje campaña vendeana continuaba; pero la Vendée perdía terreno. Sobre todo en el departamento de Ille-et-Vilaine, gracias al joven comandante que en Dol tan oportunamente había contestado á la audacia de los seis mil realistas con la temeridad de mil quinientos republicanos, la insurrección estaba, si no estinguida, á lo menos muy disminuida y muy circunscrita. Al golpe de Dol habían seguido otros muchos con feliz resultado, y de estos multiplicados triunfos había nacido una situación nueva.

Pero, aunque las cosas habían cambiado de faz, había sobrevenido una complicación singular,

En toda aquella parte de la Vendée triunfaba la república: esto era indudable. ¿Pero qué república? En el triunfo que se bosquejaba, dos formas distintas de república se disputaban la preferencia la república del terror y la república del perdón: la que quería vencer por medio del rigor y la que aspiraba á vencer por medio de la clemencia. ¿Cuál prevalecería? Las dos formas, la conciliadora y la implacable, estaban representadas por dos hombres cada uno de los cuales tenía su influencia y su autoridad especiales, el uno como jefe militar, el otro como delegado civil. ¿Cuál de estos dos hombres

vencería al cabo? El uno, el delegado tenía terribles puntos de apoyo; había llegado al campamento llevando la ominosa consigna del municipio de París á los batallones de Santerre: *nada de perdon, nada de cuartel*. Para someterlo todo á su autoridad tenía el decreto de la Convencion imponiendo pena de muerte al que pusiera en libertad ó protegiese la evasión de un jefe rebelde prisionero; y tenía además plenos poderes de la comision de salvacion pública y una credencial firmada: ROBESPIERRE, DANTON, MARAT. El otro, el soldado no tenía en su favor mas que una fuerza: la misericordia.

No tenía en su favor mas que su brazo que derrotaba á los enemigos, y su corazon que los perdonaba. Vencedor, se creia con derecho de indultar á los vencidos.

De aquí un conflicto latente, pero profundo, entre aquellos dos hombres, que vivian en atmosferas diferentes, combatiendo ambos la insurreccion, pero cada uno con sus armas peculiares, el uno con la victoria, el otro con el terror.

En todo el Bocage no se hablaba mas que de ambos; y lo que aumentaba la ansiedad de las miradas que de todas partes se dirigian sobre ellos

era que á pesar de ser de ideas tan opuestas, estaban al mismo tiempo estrechamente unidos. Aquellos dos antagonistas eran dos amigos; jamás había unido dos corazones una simpatía mayor y mas profunda, tanto que el feroz había salvado la vida al piadoso, exponiendo la suya, como lo probaba la cortadura que tenía en la cara. Aquellos dos hombres encarnaban el uno la muerte, y el otro la vida; el uno era el principio terrible, el otro el principio pacífico, y sin embargo se amaban mutuamente. Problema extraño: figurémonos á Orestes misericordioso y á Pilades clemente; figurémonos á Arimanes hermano de Oromazes.

Añádase á esto que aquel de los dos á quien llamaban «el cruel», era al mismo tiempo el mas caritativo de los hombres. El hacía la cura á los heridos, cuidaba de los enfermos, pasaba los dias y las noches en las ambulancias y en los hospitales, se compadecía de los niños descalzos, no tenía nada suyo y lo daba todo á los pobres. Cuando había acción, marchaba al ataque á la cabeza de las columnas, acudiendo siempre á lo mas fuerte del combate, armado de sable y dos pistolas, pero en realidad desarmado, porque nadie

le habia visto hacer uso del uno ni de las otras. Arrostraba la muerte, pero no devolvía los golpes : decíase que habia sido cura.

Uno de aquellos hombres era Gauvain; el otro era Cimourdain.

La amistad reinaba entre los dos hombres; pero el ódio separaba los dos principios; y aquella guerra sorda no podia menos de estallar, al fin. En efecto, una mañana comenzó la batalla.

Cimourdain dijo á Gauvain :

—¿Qué tenemos?

—Ya lo sabeis tan bien como yo. He dispersado las partidas de Lantenac, y no le queda sino un corto número de hombres; le tengo metido en el bosque de Fougères y dentro de ocho dias será cercado.

—¿Y dentro de quince?

—Será hecho prisionero.

—¿Y despues?

—¿Habeis visto mi cartel?

—Sí : ¿y qué?

—Será fusilado.

—Otro rasgo de clemencia : es preciso que sea guillotinado.

—Yo, dijo Gauvain, estoy por la muerte militar.

—Y yo, repuso Cimourdain, por la muerte revolucionaria.

Despues miró á Gauvain fijamente, y preguntó :

—¿Por qué has mandado poner en libertad á esas monjas del convento de San Márcos el Blanco?

—Porque yo no hago la guerra á las mujeres, respondió Gauvain.

—Esas mujeres aborrecen al pueblo, y por el ódio vale una mujer tanto como diez hombres. ¿Por qué te has negado á enviar al tribunal revolucionario todo ese atajo de viejos clérigos fanáticos cogidos en Louvigné?

—Porque tampoco hago la guerra á los viejos.

—Un clérigo viejo es peor que uno jóven. La rebelion es mas peligrosa predicada por cabellos blancos: las arrugas inspiran fé. No tengamos falsa clemencia, Gauvain; los regicidas son los libertadores: contempla sin cesar la torre del Temple.

—¡La torre del Temple! De buena gana permitiría salir de ella al delfin, porque yo no hago la guerra á los niños.

Cimourdain le dirigió una mirada severa, y dijo:

—Gauvain, sabe que es necesario hacer la guerra á la mujer cuando se llama María Antonieta, al viejo cuando se llama Pio VI, y al niño cuando se llama Luis Capeto.

—Querido maestro, yo no soy hombre político.

—Trata de no ser hombre peligroso. En el ataque del puesto de Cossé, cuando el rebelde Juan Treton, acorralado y perdido, se lanzó solo sable en mano contra toda la columna, ¿por que gritaste: *abrid las filas, dejadle pasar?*

—Porque me repugna que para matar á un hombre se reúnan mil quinientos.

—En la Cailleterie d'Astillé, cuando viste que tus soldados iban á matar al vendeano José Bezier que estaba herido y se arrastraba por tierra, ¿por qué gritaste: *¡seguid adelante: eso es cosa mia!* para luego descargar tu pistola al aire?

—Porque no se mata á un hombre postrado en tierra.

—Pues hiciste mal: esos dos son hoy jefes de partidas: José Bezier es el que llaman Bigote, y Juan Treton, el que dicen Pierna-de-Plata. Salvando á esos dos hombres, has dado dos enemigos á la república.

—Mi intencion realmente no era darle enemigos, sino ganarle amigos.

—¿Por qué, despues de la victoria de Laudeau, no hiciste fusilar á los trescientos campesinos hechos prisioneros?

—Porque Bonchamp habia perdonado la vida á los prisioneros republicanos y yo he querido que se dijese que tambien la república perdonaba á los prisioneros realistas.

—Pero entónces ¿perdonarás á Lantenac si cae en tu poder?

—No.

—¿Por qué, pues has perdonado á trescientos campesinos?

—Los campesinos son ignorantes, al paso que Lantenac sabe lo que hace.

—Pero Lantenac es pariente tuyo.

—No hay pariente mas cercano que la Francia.

—Lantenac es un anciano.

—Lantenac es un extranjero, que no tiene edad; Lantenac quiere traer á los ingleses; Lantenac es la invasion; Lantenac es el enemigo de la patria la lucha entre él y yo no puede acabar sino con su muerte ó con la mia.

—Gauvain, no olvides esas palabras.

—Estan dichas.

Hubo un momento de silencio durante el cual se miraron uno á otro. Despues Gauvain añadió:

—Será una fecha sangrienta la del año 93 en que estamos.

—¡Cuidado! exclamó Cimourdain : ten presente que hay deberes tremendos , y no acuses al que no es acusable. ¿Por ventura , el médico tiene la culpa de la enfermedad? Si: lo que caracteriza este año enorme es la crueldad: ¿por qué? Porque es el grande año revolucionario , el año que encarna la revolucion. Tiene la revolucion un enemigo, que es la sociedad antigua , asi como el cirujano tiene un enemigo , que es la gangrena : pues bien, la revolucion es desapiadada con el antiguo orden de cosas , como el cirujano es implacable con la carne gangrenada. La revolucion extirpa la monarquía en el rey , la aristocracia en el noble , el despotismo en el soldado , la supersticion en el clérigo , la barbarie en el juez ; en suma , todo lo que es tiranía en todo lo que es tirano. La operacion es espantosa , y la revolucion la ejecuta con mano segura. En cuanto á la cantidad de carne sana que sacrifica , pregunta á Boerhaave su opinion. ¿Qué tumor puede cortarse sin producir pér-

dida de sangre? ¿qué incendio puede extinguirse sin que el fuego se lleve su parte? Esas necesidades terribles constituyen la condicion misma del buen éxito. Un cirujano se parece á un carnicero; un médico que cura puede tener el aspecto de un verdugo. La revolucion, dedicándose á completar su obra fatal, mutila, pero salva. ¡Osareis pedirle gracia para el virus, clemencia para lo que es venenoso! Vana audacia: no os escuchará; apoderada de lo pasado, acabará con ello. Hace á la civilizacion una incision profunda, de la cual saldrá la salud del género humano. Padeceis en el ínterin; no lo dudo: ¿cuánto durará el padecimiento? El tiempo de la operacion; pero despues vivireis: la revolucion amputa á la sociedad, y de aquí la hemorragia que se llama 93.

—El cirujano es hombre tranquilo y sereno, y los hombres que yo veo son violentos, exclamó Gauvain.

—La revolucion, replicó Cimourdain, busca para que la ayuden obreros feroces; rechaza toda mano trémula y no se fia sino de los inexorables, como Danton, que es lo terrible; Robespierre, que es lo inflexible; Saint-Just, que es lo irreducible; Marat, que es lo implacable. Desengáñate, Gau-

vain , esos hombres son necesarios ; sus nombres valen para nosotros tanto cada uno como un ejército. Ellos harán temblar á Europa.

—Y quizá tambien al porvenir , añadió Gauvain. Despues dijo :

—Por lo demás , mi querido maestro , estais en un error. Yo no acuso á nadie. Para mí , el verdadero punto de vista de la revolucion es la irresponsabilidad ; ninguno es inocente , pero tampoco hay ningun culpado. Luis XVI es un cordero arrojado entre leones. Quiere huir , quiere salvarse , trata de defenderse ; morderia si pudiese ; pero no basta para ser leon el querer serlo. Sus deseos pasan por crímenes. Cuando el cordero irritado enseña los dientes , ¡ traidor ! exclaman los leones , y se le comen , para despues destrozarse ellos mutuamente.

—El cordero es una bestia.

—¿Y los leones ¿ qué son ?

Esta réplica dió en qué pensar á Cimourdain. Levantó la cabeza y dijo :

—Esos leones son conciencias ; esos leones son ideas ; esos leones son principios.

—Lo que hacen es producir el terror.

—La revolucion será un dia la justificacion del terror.

—Temed que el terror sea la calumnia de la revolucion.

Y Gauvain repuso:

—Libertad, Igualdad, Fraternidad son dogmas de paz y de armonía. ¿Por qué darles un aspecto espantoso? ¿Qué queremos? ¿Conquistar la voluntad de los pueblos en favor de la república universal? Pues entonces ¿por qué les infundimos miedo? ¿De qué sirve la intimidacion? Los pueblos, como las aves, huyen del espantajo; no se debe hacer el mal para producir el bien; no se debe derribar el trono para dejar en pie el cadalso; mueran los reyes, pero vivan las naciones; echemos abajo las coronas, pero dejemos en su sitio las cabezas. La revolucion es la concordia, no el terror. Los hombres inclementes no saben servir á las ideas de caridad. La palabra amnistía es para mí la mas hermosa del lenguaje humano; no quiero verter sangre sino arriesgando la mia. Por lo demás, yo no soy sino un soldado ni entiendo de otra cosa mas que de combatir; pero si no se puede perdonar, no vale la pena de vencer. Seamos durante la batalla enemigos de nuestros enemigos, pero despues de la victoria seamos sus hermanos.

—¿Cuidado! repitió por tercera vez Cimourdain:

¡cuidado! te digo; tú eres para mí mas que un hijo.

Y añadió pensativo:

—En tiempos como estos la misericordia puede ser una de las formas de la traicion.

Al oir hablar á aquellos dos hombres hubiera creido oirse el diálogo de la espada y del hacha.

VIII.

DOLOROSA.

Entre tanto la madre seguia buscando á sus hijuelos.

Continuaba su camino: ¿cómo vivia? Imposible decirlo; no lo sabia ella misma. Caminaba dia y noche, mendigando, comiendo yerbas, durmiendo sobre el suelo, al aire libre, entre las matas, bajo la luz de las estrellas, á veces bajo el látigo de la lluvia y del cierzo.

Vagaba de aldea en aldea, de alquería en alquería tomando informes. Deteniase en el umbral de las puertas; y como sus vestidos estaban rotos, si unas veces la recibían, otras no era recibida. Cuando no podía entrar en las casas, se refugiaba en los bosques.

No conocía el país; nada sabía de él, á escepcion de los alrededores de Siscoignard y la parroquia de Azé; y como no tenía itinerario, desandaba á veces lo andado y recorría inútilmente un camino por donde ya había pasado antes. Unas veces seguía la parte empedrada de la calzada, otras se guiaba por los surcos de las ruedas, otras entraba por los senderos de los bosques. En esta vida á la ventura no solo había gastado sus miserables ropas, sino también sus zapatos: al cabo de algún tiempo aquellas eran harapos, estos no habían podido servir más; y tuvo que andar descalza, y en breve con los pies ensangrentados.

Atravesaba los sitios donde ardía la guerra; pasaba al través de los tiros de fusil sin oír nada, sin ver nada, sin tratar de evitar nada, buscando á sus hijos. Estando todo en revolución, no había ni gendarmes, ni alcaldes, ni autoridades con quienes hubiera de entenderse: no se enten-

dia mas que con los transeuntes que encontraba.

Hablábales y les preguntaba:

—¿Habeis visto por ahí tres niños?

Los pasajeros la miraban.

—Dos niños y una niña, decia.

Y continuaba:

—Se llaman Renato, Alan y Georgina: ¿no les habeis visto?

Y proseguia:

—El mayor tiene cuatro años y medio; y la niña veinte meses.

Y volvía á preguntar:

—¿Sabeis dónde están? Me los han llevado.

Los pasajeros se contentaban con mirarla sin responder.

Viendo que no la entendian, decia:

—Es que son míos, son mis hijos: ya veis.

Los pasajeros continuaban su camino. Entonces ella se detenía, guardaba silencio y se rasgaba el pecho con las uñas.

Un día, sin embargo, un campesino se detuvo al oirla y se puso á reflexionar.

—Esperad, dijo, ¿tres niños?

—Sí.

—¿Dos varones?.....

—Y una niña.

—¿Son esos los que buscáis?

—Sí.

—He oído hablar de un señor que llevaba consigo tres niños.

—¿Dónde está ese hombre? gritó Micaela, ¿dónde están los niños?

El campesino respondió:

—Id á la Tourgue.

—¿Encontraré allí á mis hijos?

—Podrá ser que sí.

—¿Y decís que vaya á la.....

—A la Tourgue.

—¿Y qué es la Tourgue?

—Un paraje.

—¿Es aldea, castillo, alquería.....

—Yo no he estado nunca allí.

—¿Está lejos?

—Bastante.

—¿Hacia qué lado?

—Hacia Fougères.

—¿Por donde se vá?

—Etais en Vantorles, dijo el campesino; dejareis á la izquierda á Ernée, y á la derecha á Coxelles, pasareis por Lorchamp y atravesareis el Leroux.

Y el campesino, estendiendo la mano hácia el occidente, añadió:

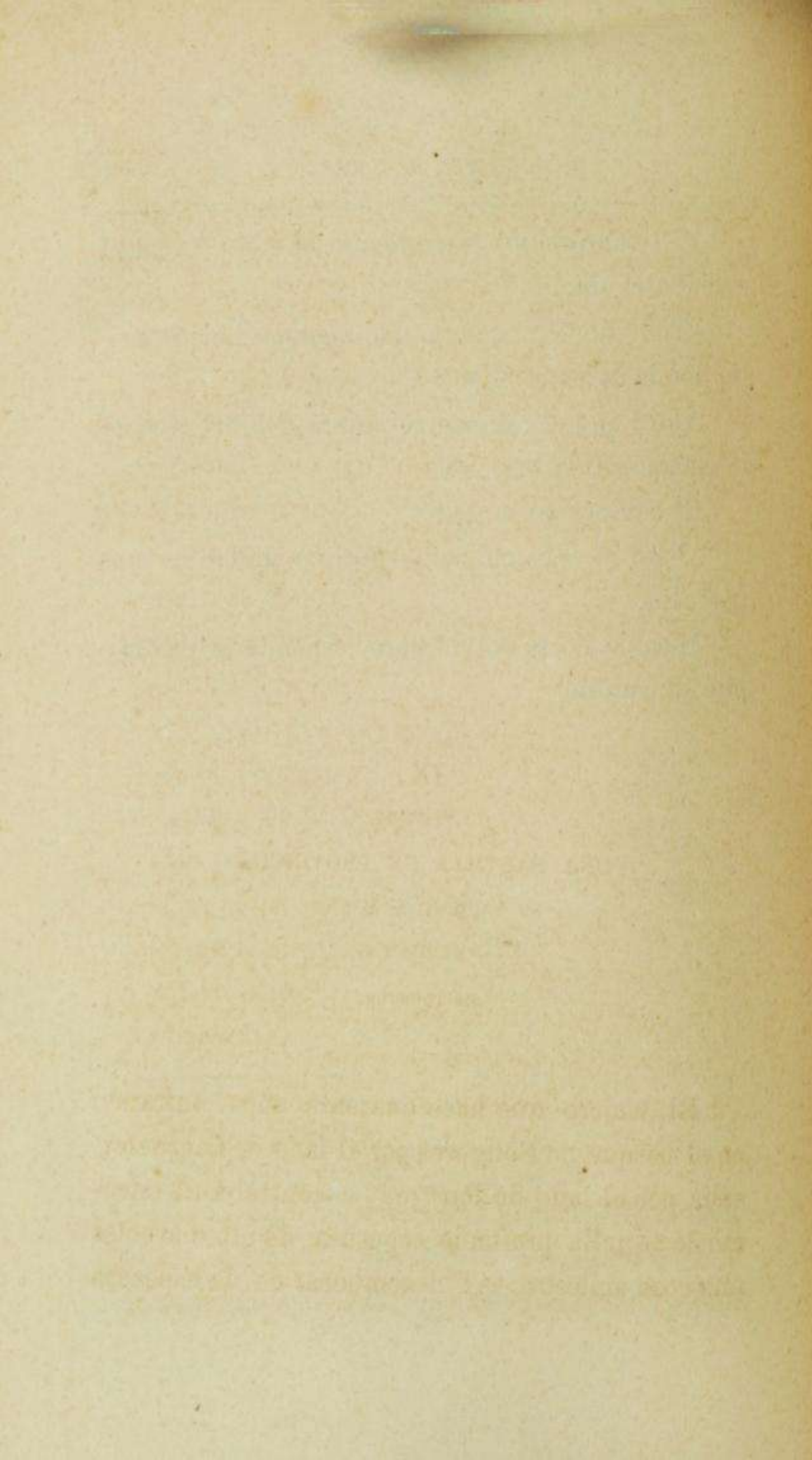
—Todo derecho caminando siempre hácia el sitio donde se pone el sol.

Antes que el campesino bajara el brazo Micaela estaba ya en marcha.

El campesino le gritó:

—Pero id con cuidado, porque andan á tiros por allá.

Micaela no se volvió para responderle y continuó su camino.



IX.

UNA BASTILLA DE PROVINCIA.

I.

LA TOURGUE.

El viajero que hace cuarenta años, entrando en el bosque de Fougères por el lado de Laignelet, salía por el lado de Parigné, encontraba al extremo de aquella profunda espesura de altos árboles una cosa siniestra. Al desembocar de la espesura

veia delante de sí como una súbita aparición : la Tourgue.

No la Tourgue viva, sino la Tourgue muerta; la Tourgue agrietada, agujereada, hendida, desmantelada. La ruina es al edificio lo que la fantasma es al hombre. No habia, pues, vision mas lúgubre que la de la Tourgue. Lo que el viajero tenia á la vista era una alta torre redonda y solitaria, situada en un rincon del bosque como un malhechor. Aquella torre, levantándose sobre una roca cortada á pico, tenia casi el aspecto romano: tal era ella de correcta y sólida y tanto se confundian en aquella masa robusta la idea del poder y la de la ruina. Algo romana era, en efecto, por el estilo de su construccion, pues comenzada en el siglo IX, habia sido concluida en el XII despues de la tercera cruzada. Las impostas de orejones en cada una de sus divisiones declaraban su edad. Al acercarse y subir por la escarpa, se veia una brecha por la cual podia penetrarse en su interior, y el que penetraba lo hallaba vacio. Era como el interior de un clarin de piedra puesto con la boca en el suelo. De alto á bajo no habia diafragma alguno; ni tejado, ni techos, ni suelos; tan solo arranques de chimeneas y de bóvedas; huecos para

las antiguas piezas de artillería llamadas falconetes, situados á diversas alturas; cordones de garfios de granito y algunas vigas trasversales que marcaban los pisos; sobre las vigas el estiércol de las aves nocturnas; el muro colosal de quince pies de espesor en la base y doce en la cima: acá y allá hendiduras y agujeros, que habian sido puertas, por donde se veian escaleras abiertas en el interior tenebroso del muro. El viajero que allí penetraba de noche oia chillar los cuclillos, los mochuelos, los buhos y los gorriones, veia á sus pies zarzas, piedras, reptiles, y sobre su cabeza, al través de una circunferencia negra, que era lo alto de la torre y parecia la boca de un pozo enorme, el centelleo de las estrellas.

Era tradicion en el pais que en los pisos superiores de aquella torre habia puertas secretas, hechas, como las puertas de las antiguas tumbas de los reyes de Judá, de una gruesa piedra que giraba sobre un eje, abriéndose y despues confundiéndose al cerrarse con las demás piedras del muro, moda arquitectónica traída con la ojiva por los cruzados. Cuando aquellas puertas estaban cerradas, era imposible descubrirlas: tanto se confundian con las demás de las paredes. Todavía hoy se ven

puertas de ese género en las misteriosas ciudades del Anti-Líbano que se salvaron del terremoto que hundió las doce poblaciones en tiempo de Tiberio.

II.

LA BRECHA.

La brecha por donde se entraba en aquella ar-
ruinada torre era el agujero que habia hecho una
mina. Para un hombre familiarizado con las obras
de Errard, Sardi y Pagan, aquella mina habia
sido hecha científicamente. El horno en forma de
solideo habia tenido las proporciones requeridas por
la fortaleza del muro que estaba destinado á perfo-
rar, y habia debido contener por lo menos dos quin-

tales de pólvora. Llegábase á él por una canal serpenteante que vale mas que una canal recta; y el hundimiento producido por la mina dejaba al descubierto, en la hendidura de la piedra, el salchichon, que tenia el diámetro requerido de un huevo de gallina. La explosion habia hecho en la muralla una herida profunda por donde los sitiadores habian podido, sin duda, entrar. Evidentemente aquella torre habia sostenido en diversas épocas verdaderos sitios en regla. Estaba acribillada de señales de metralla, que indudablemente no eran todas del mismo tiempo, pues cada proyectil tiene su manera de marcarse en un muro, y todos habian dejado en aquel su cicatriz, desde las balas de piedra del siglo XIV hasta las balas de hierro del siglo XVIII.

La brecha daba entrada á lo que habia debido ser el piso bajo. En frente de ella, y en la misma pared de la torre se abria el postigo de una cripta escavada en la roca, y que se prolongaba por los cimientos de la torre hasta debajo de la sala de aquel piso.

Esta cripta, cegada en sus tres cuartas partes fue descombrada en 1855 por M. Augusto Le Prevost, anticuario de Bernay.

III.

EL CALABOZO DEL OLVIDO.

Aquella cripta era el calabozo del olvido, y todas las torres tenian el suyo. El de que se trata, como otros muchos de la misma época, tenia dos pisos. El primero, al cual se entraba por el postigo era una pieza abovedada, bastante capaz, al mismo andar que la sala del piso bajo. Veíanse en la pared de esta pieza dos surcos paralelos y verticales que iban de una pared á la otra pasando

por la bóveda, y que daban idea de las rodadas de un carro. Eran rodadas en efecto, pues habían sido abiertas por dos ruedas. Antes, en los tiempos feudales, en esta pieza era donde se descuartizaba á los reos por un procedimiento menos ruidoso que el de los cuatro caballos. Había en ella dos ruedas fuertes, y tan grandes que tocaban á las paredes y á la bóveda. A cada una de ellas se ataba un brazo y una pierna del paciente, y dando vuelta á las ruedas en sentido inverso quedaba el hombre descuartizado. Para esto era preciso un buen esfuerzo, y de aquí los surcos hechos en las paredes con el roce de las ruedas. Todavía puede verse una pieza de este género en Vianden.

Por debajo de este calabozo había otro, que era el verdadero del olvido. En él no se entraba por puerta ninguna, sino por un agujero. Se ataba al paciente con una cuerda que le pasaba por los sobacos y se le bajaba desnudo á aquel calabozo por un hueco practicado en las baldosas de la pieza superior. Si se obstinaba en vivir, le echaban el alimento por aquel hueco. Uno de este género puede verse todavía en Bouillon.

Por aquel agujero entraba el aire. La pieza inferior abierta bajo la sala del piso bajo era mas

bien un pozo que una habitacion. Estaba en contacto con una via de agua y llena de un aire glacial; así lo que causaba la muerte al preso de abajo daba la vida al de arriba, haciéndole la prision respirable, pues el piso de arriba á oscuras bajo su bóveda no recibia aire mas que por aquel hueco. Por lo demás, el que entraba ó caia en aquel calabozo no volvia á salir. Tocaba al preso de arriba esclusivamente precaverse de cualquier accidente en la oscuridad: un paso en falso podia convertir al paciente de arriba en paciente de abajo: esta era cuenta suya. Si queria vivir, aquel agujero era un peligro; si le cansaba la vida, era un recurso. El piso superior era el calabozo, el inferior la tumba: superposicion parecida á la sociedad de aquella época.

Esto es lo que llamaban nuestros abuelos una «mazmorra». Habiendo desaparecido la cosa, el nombre no tiene ya ningun sentido para nosotros, que gracias á la revolucion oimos pronunciar estas palabras con indiferencia.

Al exterior de la torre y por cima de la brecha que hace cuarenta años era su única entrada veíase un hueco mayor que el de las demas aspilleras, del cual pendia una verja de hierro arrancada y rota.

IV.

EL PUENTE DEL CASTILLEJO.

A esta torre se unía, por el lado opuesto á la brecha, un puente de piedra de tres arcos, bastante bien conservados, el cual en otro tiempo habia sostenido un cuerpo de edificio, de que aun quedaban restos. Este cuerpo de edificio, en el cual se advertian señales evidentes de un incendio, no tenia mas que su armazon ennegrecida, especie de osamenta, al traves de la cual pasaba la luz y

que se erguia junto á la torre como un esqueleto al lado de un fantasma.

Aquella ruina ha sido ya demolida enteramente y no queda de ella ningun vestigio. Bastan un dia y un aldeano para deshacer la obra de muchos siglos y de muchos reyes.

La Tourgue, abreviatura campesina, significa la Torre de Gauvain, lo mismo que *la Jupelle* significa la Jupelliere y que *Pinzon el tuerto* nombre dado á un jorobado jefe de una partida significa *Pinzon el torcido*, ó el corcovado.

La Tourgue, que hace cuarenta años era una ruina y que hoy es una sombra, era en 1793 una fortaleza. Era la antigua Bastilla de los Gauvain, que guardaba al Occidente la entrada del bosque de Fougeres, hoy tambien casi sombra de lo que fue.

Habiase construido esta ciudadela sobre una de las grandes rocas de esquisto que abundan entre Mayena y Dinan y que se encuentran esparcidas entre los setos y los brezos, como si los titanes se hubieran hecho la guerra con ellas arrojándoselas unos á otros.

La torre constituia toda la fortaleza: debajo de ella estaba la roca; al pie de la roca una de esas

corrientes de agua que en el mes de enero se convierten en torrentes y en el mes de junio se quedan en seco.

Aquella fortaleza, simplificada hasta el punto que acabamos de decir, era en la edad media casi inespugnable. El puente debilitaba su posicion: los Gauvain góticos la habian construido sin puente; llegaban á ella por un estrecho puente levadizo de esos que pueden romperse con un hachazo. Mientras los Gauvain fueron vizcondes, les plugo tenerla así y la conservaron con gusto; pero cuando fueron marqueses, al dejar su caverna para ir á establecerse en la córte, echaron tres arcos de piedra sobre el torrente y se hicieron accesibles por la parte de la llanura, asi como se habian hecho accesibles respecto del rey. Los marqueses del siglo XVII y las marquesas del siglo XVIII no tenían empeño en ser inespugnables. La frase: *continuar la tradicion de sus abuelos*, fue reemplazada por la de: *copiar á Versailles*.

En frente de la torre por el lado occidental habia una meseta bastante elevada que terminaba en las llanuras. Aquella meseta venia casi á tocar con la torre, estando solo separada de ella por un barranco muy hondo por cuyo seno corria un riachuelo

que es un afluente del Couesnon. El puente que unia la meseta con la torre estaba fundado sobre altos pilares, y sobre ellos se fabricó como en Che-
nonceaux un edificio de estilo Mansard, más habitable que la torre. Pero las costumbres eran todavía muy groseras, y los señores conservaron aun la de habitar con preferencia los aposentos de la fortaleza, parecidos á calabozos. En el edificio levantado sobre el puente se construyó un largo pasillo que servia de entrada y que se llamaba la sala de guardias; encima de esta sala de guardias, que era una especie de entresuelo, se puso una biblioteca y encima de la biblioteca un granero. Altas ventanas de vidrios pequeños de Bohemia, pilas-
tras entre las ventanas, medallones esculpidos en la pared, tres pisos, en el bajo partesanas y mosquetos, en el de en medio libros y en el alto sacos de avena; todo esto era un poco silvestre y muy noble.

La torre de al lado era feroz.

Dominaba con toda su altura lúgubre aquel castillejo coqueton, y desde la plataforma podia destruir el puente.

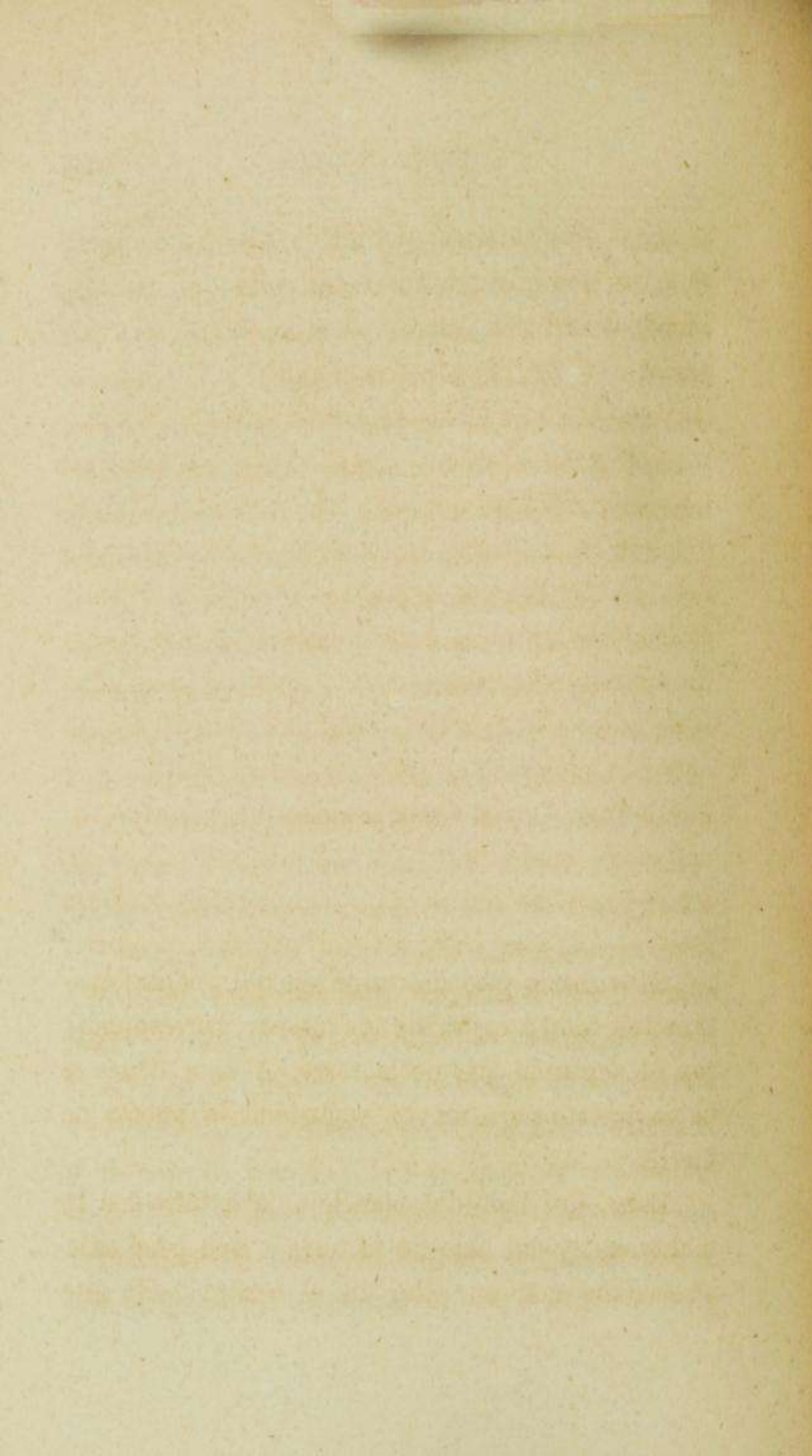
Los dos edificios, el uno abrupto y severo, el otro risueño y cortesano, se chocaban en vez de

unirse; no estaban acordes en el estilo. Aunque dos semicírculos parece que deben ser idénticos, nada se parece menos á una plena cintra romana que una archivolta clásica. Aquella torre digna de las selvas era una vecina estraña para aquel puente digno de Versailles. Figurémonos á Alan Barba-torciendo dando el brazo á Luis XIV: el emblema inspiraba miedo: de la reunion de las dos majestades resultaba un no sé qué feroz.

Bajo el punto de vista militar el puente, como hemos indicado, perjudicaba grandemente para la defensa de la torre; la herмосeaba, pero la desarmaba y la hacia perder en fuerza lo que ganaba en adornos, poniendo su entrada al nivel de la meseta. Continuando inespugnable por la parte del bosque se habia hecho vulnerable por la de la llanura. Antiguamente dominaba la meseta; pero ya la meseta la dominaba. Un enemigo instalado en ella podia ser en breve dueño del puente; y la biblioteca y el granero podrian servir de auxiliares al sitiador contra la fortaleza. Una biblioteca y un granero se parecen en que los libros y la paja son combustibles; y para un sitiador que utiliza el incendio, quemar á Homero ó quemar un haz de he-
no viene á ser lo mismo con tal que ardan. Asi se

lo han demostrado los franceses á los alemanes quemando la biblioteca de Heidelberg, y así se lo han probado también los alemanes á los franceses quemando la biblioteca de Estrasburgo. Aquel puente añadido á la Tourgue era, pues, estratégicamente una falta; pero en el siglo XVII, bajo el gobierno de Colbert y de Louvois, los príncipes Gauvain, lo mismo que los príncipes de Rohan ó de la Tremoille, no se creían ya sitiabiles. Sin embargo, los constructores del puente habían tomado algunas precauciones. En primer lugar habían previsto el incendio; y debajo de las tres ventanas del lado resguardado habían sujetado transversalmente, por medio de garfios que todavía se conservaban hace medio siglo, una escalera fuerte de salvamento, cuya longitud era igual á la altura de los dos primeros pisos del puente, altura mayor de la que solían tener tres pisos ordinarios. En segundo lugar habían previsto el asalto, y habían aislado el puente de la torre por medio de una puerta baja y maciza de hierro. Esta puerta, que estaba cintrada y se cerraba con una gruesa llave oculta en un sitio solo conocido del dueño de la torre, una vez cerrada, podía desafiar el empuje del ariete y aun casi el de la bala de cañon.

Era preciso pasar por el castillejo del puente para llegar á la puerta y por la puerta para penetrar en la torre, pues no tenia otra entrada.



V.

LA PUERTA DE HIERRO.

El segundo piso del castillejo del puente, bastante elevado á causa de los pilares, correspondia con el segundo piso de la torre. A esta altura se habia puesto para mayor seguridad la puerta de hierro.

Esta, del lado del castillejo daba entrada á la biblioteca, y del lado de la torre á una gran sala abovedada con un pilar en el centro, sala que

como se acaba de decir correspondia al segundo piso de la torre. Esta habitacion era redonda como la fortaleza, con largas aspilleras que daban al campo y por donde entraba la luz. Las toscas paredes estaban desnudas, sin que nada ocultase las piedras, por lo demás simétricamente ajustadas. Llegábase á ella por una escalera de caracol practicada en el espesor del muro, cosa sencilla cuando el espesor es de quince pies. En la edad media se tomaba una ciudad calle por calle, una calle casa por casa y una casa cuarto por cuarto. Sitiábase una fortaleza tambien piso por piso y bajo este punto de vista la Tourgue científicamente dispuesta, era muy dura y muy difícil de sitiar. Subíase de uno á otro piso por una escalera en espiral de no fácil acceso. Las puertas no daban entrada directa sino sesgada y eran mas bajas que la estatura ordinaria de un hombre, de suerte que era preciso bajar la cabeza para pasar por ellas. Ahora bien, cabeza baja, cabeza magullada; y el sitiador esperaba á cada puerta al sitiado.

Debajo de la sala redonda del pilar habia dos salas parecidas, una que formaba el primer piso y otra el piso inferior, y encima habia otras tres de

la misma especie. Sobre estas seis salas superpuestas la torre se cerraba con una especie de tapadera de piedra que era la azotea ó plataforma, á la cual se subia por un estrecho tragaluz.

Los quince pies de espesor del muro que habia sido necesario perforar para poner la puerta de hierro, y en medio de las cuales estaba empotrada, la encajaban dentro de una larga bóveda; de suerte que esta puerta, cuando estaba cerrada, se hallaba, lo mismo por el lado de la torre que por el del puente, bajo un pórtico de seis ó siete pies de anchura, y cuando estaba abierta, las dos partes de la bóveda no formaban mas que una de quince pies á la entrada.

Bajo el pórtico del castillejo se abria en el espesor de la pared un postigo bajo, que daba á una escalerilla de caracol, la cual conducia á la sala del primer piso debajo de la biblioteca. Esta era otra dificultad para el sitiador, porque el castillejo no presentaba en su extremo por el lado de la meseta mas que un muro elevado y sin entradas y el puente terminaba allí. Un puente levadizo aplicado contra una puerta baja le ponía en comunicacion con la meseta, y aquel puente que á causa de la altura de la meseta formaba un plano incli-

nado, daba al largo corredor llamado la sala de guardias. El sitiador una vez dueño de esta sala, tenia precision de tomar á viva fuerza la escalera de caracol que conducia al segundo piso, para poder llegar á la puerta de hierro.

VI.

LA BIBLIOTECA.

En cuanto á la biblioteca, era una sala oblonga que tenia la misma anchura y longitud que el puente, y una puerta única, la puerta de hierro. Una mampara forrada de paño verde, que se abria y cerraba al mas pequeño impulso, encubria por la parte interior la bóveda que daba paso á la torre. El muro de la biblioteca estaba revestido de alto á bajo y desde el suelo al techo de armarios

de cristales contruidos con el buen gusto de la ebanistería del siglo XVII. Seis grandes ventanas tres á cada lado y una encima de cada arco iluminaban la estancia, cuyo interior se veía por ellas desde lo alto de la meseta. En los entrepaños de las ventanas, sobre repisas de roble esculpido, habia seis bustos de mármol que representaban á Hermolao de Bizancio, Ateneo, gramático naucrático, Suidas, Casaubon, Clodoveo, rey de Francia, y su canciller Anachalo, el cual entre paréntesis, era tan canciller como Clodoveo rey.

Habia en esta biblioteca varios libros de poca importancia; pero uno ha adquirido celebridad: era muy viejo, en cuarto, con estampas, cuyo título en letras gruesas decia: *San Bartolomé*, y debajo en letras mas pequeñas como subtítulo: *Evangelio segun San Bartolomé, precedido de una disertacion de Pantæno, filósofo cristiano, sobre la cuestion suscitada acerca de si este evangelio debe ser tenido por apócrifo, y si San Bartolomé es el mismo que Nathanael*. Este libro, considerado como ejemplar único, estaba sobre un pupitre en medio de la biblioteca, y en el siglo pasado iban á verle los curiosos.

VII.

EL GRANERO.

Respecto del granero, que tenia como la biblioteca la forma oblonga y la estension del puente, era simplemente el desvan cubierto por la armazon del techo. Formaba una gran sala atestada de heno y paja y alumbrada por seis ventanas de buhardilla. No tenia mas ornamento que una imágen de San Bernabé esculpida en la puerta, y debajo este verso:

Barnabus sanctus falcem jubet ire per herbam.

Así, pues, una torre alta y grande, de seis pisos, alumbrada acá y allá por varias aspilleras, teniendo por entrada y por salida únicas una puerta de hierro que daba á un puente-castillejo cerrado por un puente levadizo; detrás de la torre la selva; delante una meseta cubierta de brezos mas alta que el puente y mas baja que la torre; bajo el puente, entre la torre y la meseta, un barranco profundo y estrecho lleno de maleza, torrente en invierno, arroyo en primavera, foso pedregoso en estío: tal era la torre de Gauvain, llamada la Tourgue.

VIII.

LOS REHENES.

Julio transcurrió, vino agosto, una corriente heróica y feroz pasaba por la atmósfera política de la Francia y dos espectros atravesaban el horizonte: Marat con el puñal hundido en el costado, Carlota Corday sin cabeza. Todo se presentaba mas y mas formidable. En cuanto á la Vendée, derrotada en la grande estrategia, se refugiaba en la pequeña, mas temible, como hemos dicho, que

la otra. Aquella guerra era ya una inmensa batalla desparramada por los bosques. Comenzaban los desastres del grande ejército llamado católico y real: un decreto enviaba á la Vendée el ejército de Maguncia; ocho mil vendeanos habian muerto en Ancenis; sus bandas habian sido rechazadas de Nantes, arrojadas de los bosques de Montaigu, espulsadas de Thouars, echadas de Noirmoutier, lanzadas fuera de Chollet, de Mortagne, y de Saumur. Además evacuaban á Parthenay, abandonaban á Clisson, se retiraban de Chatillon, perdian una bandera en Saint-Hilaire, eran derrotadas en Pornic, en las Sables, en Fontenay, en Doué, en Chateau-d'Eau, en los Ponts-de-Cé; se hallaban en jaque en Luzon, en retirada en la Chataigneraye, en dispersion en la Roche-sur-Yon; pero por una parte amenazaban á la Rochela, y por otra una escuadra inglesa en las aguas de Guernesey, á las órdenes del general Craig, llevando á su bordo con los mejores oficiales de la marina francesa varios regimientos ingleses, no esperaba para desembarcar en Francia mas que una señal de Lantenac. Aquel desembarco podia restablecer la victoria en favor de la insurreccion realista. Además Pitt era un mal-

hechor de Estado: en la política hay el arma de la traicion como en la panoplia hay el puñal. Pitt daba de puñaladas á la Francia y hacia traicion á su país, porque hacerle traicion era deshonrarlo, y la Inglaterra bajo su gobierno y por su influjo hacia la guerra púnica, espiando, cometiendo fraudes, mintiendo. Contrabandista y falsaria, nada le repugnaba, y descendia hasta las mas fútiles minuciosidades del odio. Procuraba el monopolio del sebo, que costaba á cinco francos la libra; y en Lila se encontraba en el bolsillo de un inglés una carta de Prigent, agente de Pitt en la Vendée, que contenia estas líneas: «Os ruego que no perdoneis gasto ninguno. Esperamos que los asesinatos se ejecutarán con prudencia: los clérigos disfrazados y las mujeres son las personas mas á propósito para esta operacion. Enviad sesenta mil libras á Ruan y cincuenta mil á Caen.» Esta carta fué leida por Barére en la Convencion el 1.º de agosto. A estas perfidias respondian los actos de salvagismo de Parrein y posteriormente respondieron las atrocidades de Carrier. Los republicanos de Metz y los del Mediodía solicitaban el permiso de marchar contra los rebeldes. Mandáronse formar veinti-

cuatro compañías de gastadores para incendiar los setos y vallados del Bocage. Crisis inaudita: la guerra no cesaba en un punto sino para comenzar de nuevo en otro. ¡No hay cuartel, no se hacen prisioneros! era el grito de los dos partidos: una sombra terrible cubria la historia de aquella época.

En aquel mes de agosto la Tourgue estaba sitiada.

Una tarde, al anochecer, cuando empezaban á aparecer las estrellas, en la calma de un crepúsculo canicular, cuando ni una hoja se movia en el bosque, ni una yerba se estremecía en la llanura, al través del silencio de la noche que se acercaba, se oyó el sonido de una trompeta, que procedia de lo alto de la torre.

Al toque de trompeta respondió un toque de clarin que procedia de abajo.

En lo alto de la torre habia un hombre armado: abajo en la oscuridad habia un campamento.

Distinguíase confusamente en la sombra alrededor de la Torre de Gauvain un enjambre de formas negras. Era un vivac, cuyos fuegos comenzaban á encenderse al pie de los árboles del bosque, y entre los brezos de la meseta, y picaban acá y

allá de puntos luminosos las tinieblas, como si la tierra quisiera cubrirse de estrellas al mismo tiempo que el cielo. ¡Tristes estrellas las de la guerra! El vivac, del lado de la meseta se prolongaba hasta la llanura, y del lado de la selva se hundía en los zarzales. La Tourgue estaba bloqueada,

La estension del vivac de los bloqueadores indicaba su gran número.

El campamento cerraba estrechamente las avenidas de la fortaleza, llegando del lado de la torre hasta la roca, y del lado del puente hasta el barranco.

Oyose un segundo toque de trompeta que fue seguido de otro segundo toque de clarín.

La trompeta interrogaba y el clarín respondía.

La trompeta, en nombre de la torre, preguntaba al campamento: ¿quereis que hablemos? y el clarín en nombre del campamento contestaba: sí.

En aquella época, no estando considerados los vendeanos como beligerantes, y habiendo prohibido la Convencion por un decreto que se recibiesen parlamentarios rebeldes ni se enviasen á los «facciosos» se suplían del modo que era posible estos intermedios para las comunicaciones, que au-

toriza el derecho de gentes en la guerra ordinaria y prohíbe en la guerra civil. De aquí que cuando el caso lo requiera, hubiese cierta inteligencia entre la trompeta campesina y el clarín militar. El primer toque no era sino una señal preventiva: el segundo significaba: ¿quereis oír lo que tenemos que deciros? Si el clarín no respondía á este segundo toque, el silencio era señal de negativa: si respondía, este segundo toque significaba consentimiento y por consecuencia tregua de algunos instantes.

Habiendo respondido el clarín al segundo toque, el hombre que estaba en lo alto de la torre habló, y se oyó que decía lo siguiente:

—Hombres que me escuchais, yo soy Gouge-le-Bruant, llamado Mata-azules, porque he exterminado á muchos de los vuestros, y tambien el Imano porque estoy dispuesto á matar muchísimos mas. En el ataque de Granville me cortásteis un dedo de un sablazo sobre el cañon de mi fusil, y en Laval habeis guillotinado á mi padre, á mi madre y á mi hermana Jaquelina de edad de diez y ocho años. Ya sabeis quien soy.

Ahora os hablo en nombre del muy ilustre señor marqués Gauvain de Lantenac, vizconde de

Fontenay , príncipe breton , señor de las Siete Florestas , mi amo.

En primer lugar habeis de saber que el señor marqués , antes de encerrarse en esta torre , donde le teneis bloqueado , ha distribuido la direccion de las operaciones de la guerra entre seis jefes , sus tenientes : ha dado á Deliere el país entre el camino de Brest y el de Ernée ; á Treton el que se estiende entre la Roe y Laval ; á Jacquet llamado Corta-hierro los confines del Alto-Maine ; á Gauhier , llamado Pedro el Grande , el Chateau Gonthier ; á Lecomte el territorio de Craon ; á Dubois-Guy el de Fougères ; y toda la Mayena al señor de Rochambeau : de suerte que con tomar esta fortaleza no habeis conseguido nada en definitiva , y aun en el caso extremo de que el señor marqués muriese , la Vendée de Dios y del rey no moriria.

Esto que digo es para preveniros : el señor marqués está aquí á mi lado ; soy la boca por donde salen sus palabras. Hombres que nos sitiais , guardad silencio.

Voy á deciros lo que mas os importa oír.

No olvidéis que la guerra que nos haceis es injusta. Nosotros somos habitantes de este país , peleamos honradamente , y somos sencillos y puros

bajo la voluntad de Dios como la yerba bajo el rocío, Es la república la que nos ha atacado, la que ha venido á turbar la tranquilidad de nuestros campos, á quemar nuestras casas y cosechas, á ametrallar nuestras granjas; la que ha obligado á nuestros hijos y mujeres á huir á los bosques, los piés descalzos, mientras aun cantaba la curruca de invierno.

Vosotros los que estais aquí oyéndome nos habeis perseguido por el bosque y cercado en esta torre; habeis muerto ó dispersado á los que se habian unido á nosotros; teneis cañones; habeis reforzado vuestra columna con las guarniciones y destacamentos de Mortain, de Barenton, de Teilleul, de Landivy, de Evran, de Tinteniach y de Vitré, lo que aumenta vuestro número hasta cuatro mil quinientos hombres disponibles para el ataque, mientras que nosotros no somos mas que diez y nueve hombres para la defensa.

Tenemos sin embargo víveres y municiones.

Habeis logrado practicar una mina y volar un trozo de nuestra roca y otro del muro.

Habeis hecho por ese medio un agujero al pié de la torre, y ese agujero es una brecha por la cual podeis entrar, aunque no está á cielo abierto, y

aunque la torre, en pie y tan fuerte como antes, forma bóveda sobre ella.

Ahora os preparais al asalto.

Nosotros, en primer lugar el señor marqués que es príncipe de Bretaña y prior secular de la abadía de Santa María de Lantenac, donde se dice todos los dias una misa instituida por la reina Juana; y despues los demás defensores de la Torre, entre los cuales se encuentra el señor cura Turmeau, cuyo nombre de guerra es Grand-Francœur, mi compañero Guinoiseau que es capitan del Camp-Vert, mi compañero Canta-en Invierno, que es capitan del campo de la Avoine, mi compañero Murette, capitan del campo de las Fourmis, y yo paisano natural de la aldea de Daon por donde corre el arroyo llamado Moriandre, todos en fin los que aquí estamos tenemos una cosa importante que deciros.

Hombres que estais al pie de la torre, oid.

Tenemos en nuestro poder tres prisioneros que son tres niños. Estos niños han sido adoptados por uno de vuestros batallones, y son vuestros. Os ofrecemos devolvéroslos.

Pero con una condicion.

La condicion es que nos dejeis libre la salida de la torre.

Si no la aceptais, oid bien lo que voy á decir: no podeis atacarnos sino de dos maneras: ó por la brecha del lado del bosque, ó por el puente del lado de la llanura. El edificio levantado sobre el puente tiene tres pisos: en el de abajo yo, el Imano, yo que os hablo, he puesto seis toneles de alquitran y cien faginas de brezos secos; en el de arriba hay paja y en el de enmedio libros y papeles. La puerta de hierro que comunica el puente con la torre está cerrada y el señor marqués tiene la llave. Yo he hecho debajo de esa puerta un agujero y por él he pasado una mecha bien dada de azufre: uno de sus extremos está metido en uno de los toneles de alquitran y el otro estará al alcance de mi mano en lo interior de la torre para darle fuego cuando me parezca. Si os negais á dejarnos salir, pondremos los tres niños en el segundo piso del puente, entre el piso donde están la mecha azufrada y el alquitran y el otro donde está la paja, y les encerraremos allí. Si nos atacais por el puente, sereis vosotros los que incendiéis el edificio; si nos atacais por la brecha lo incendiaremos nosotros y si atacais por ambas partes, ambos le pondremos fuego. En cualquiera de estos casos, los niños morirán quemados.

Ahora aceptad ó rechazad la oferta.

Si aceptais, saldremos.

Si no aceptais, morirán los niños.

He dicho.

Cuando el hombre que hablaba desde lo alto hubo terminado su arenga, se alzó al pie de la torre una voz que dijo:

—No aceptamos.

Esta voz era breve y severa. Otra menos dura, pero tambien firme añadió:

—Os damos veinticuatro horas para rendiros á discrecion.

Hubo un momento de silencio: despues la misma voz continuó:

—Mañana á estas horas, si no os habeis rendido, daremos el asalto.

Y la primera voz dijo:

—Y entonces no habrá cuartel.

A aquella voz cruel otra respondió desde lo alto de la torre.

Vióse entre dos almenas de la plataforma inclinarse un hombre de elevada estatura, y á la luz de las estrellas pudo distinguirse el terrible semblante del marqués de Lantenac.

El marqués, cuyas miradas caian sobre la-

oscuridad como si buscase á alguno, gritó:

—¡Hola cura! ¿eres tu?

—Sí, traidor, yo soy, respondió la ruda voz de abajo.

X.

ESPANTOSO COMO LO ANTIGUO.

La voz implacable era en efecto la de Cimourdain; y la mas jóven y menos absoluta era la de Gauvain.

El marqués de Lantenac no se habia engañado en sus conjeturas.

Al cabo de pocas semanas, en aquel país ensangrentado por la guerra civil, Cimourdain se habia hecho famoso; no habia notoriedad mas lúgu-

bre que la suya; y se decia: Marat en París, Chalier en Lyon, Cimourdain en la Vendée. Vituperábase tanto mas á Cimourdain, cuanto mayor era el respeto que se le habia profesado en otro tiempo: es lo que sucede á todos los clérigos que vuelven la casaca. Cimourdain inspiraba horror: los hombres crueles son desgraciados; los que ven sus actos, les condenan; tal vez el que viese su conciencia, les absolveria, porque en efecto un Licurgo no explicado parece un Tiberio. De todos modos aquellos dos hombres, el marqués de Lantenac y Cimourdain, pesaban igualmente en la balanza del odio; la maldicion que los realistas lanzaban contra Cimourdain formaba contrapeso con la execracion de los republicanos á Lantenac. Cada uno de aquellos dos hombres era, para el partido opuesto, un monstruo, hasta tal punto que se observó el fenómeno singular de que mientras Prieur del Marne en Granville ofrecia un premio por la cabeza de Lantenac, Charette en Noirmoutiers ofrecia otro por la cabeza de Cimourdain.

Debemos decirlo: aquellos dos hombres, el marqués y el clérigo, eran hasta cierto punto el mismo hombre. La máscara de bronce de la guerra civil tiene dos perfiles, vuelto el uno hácia lo pa-

sado y el otro hácia el porvenir, pero tan trágicos uno como otro. Lantenac era el primero de estos perfiles; Cimourdain el segundo: solo que el amargo rictus de Lantenac estaba cubierto de sombra y de noche, mientras en la frente fatídica de Cimourdain se reflejaba un resplandor de aurora.

Entre tanto la Tourgue, sitiada, gozaba el beneficio de un corto respiro.

Gracias á la intervencion de Gauvain, se habia pactado, como hemos visto, una especie de tregua.

El Imano, por lo demás, estaba bien informado, y por consecuencia de las órdenes y disposiciones de Cimourdain, tenia ya Gauvain bajo su mando cuatro mil quinientos hombres entre guardia nacional y tropa de línea, con los cuales cercaba á Lantenac en la Tourgue y habia podido asestar contra la fortaleza doce piezas de artillería, seis por el lado de la selva en batería rasante y seis por el del puente en la meseta y en batería alta. También habia podido emplear la mina y abrir la brecha al pie de la torre.

Asi pues la lucha iba á empeñarse, al concluir las veinticuatro horas de tregua, en las condiciones siguientes:

En la meseta y en el bosque habia cuatro mil quinientos hombres.

En la torre no habia mas que diez y nueve.

La historia puede hallar los nombres de estos diez y nueve sitiados en las listas de los que fueron puestos en aquella época fuera de la ley. Tal vez los encontraremos.

Para mandar aquellos cuatro mil quinientos hombres, que eran casi un ejército, hubiera querido Cimourdain que Gauvain se dejase nombrar ayudante general; pero Gauvain se habia negado á aceptar el ascenso diciendo: «ya veremos cuando Lantenac caiga en nuestras manos: hasta ahora no lo he merecido.»

Por lo demás entraba en las costumbres republicanas de aquel tiempo el tener grandes mandos con pequeños grados. Bonaparte posteriormente fue comandante de escuadron de artillería y general en jefe del ejército de Italia.

La Torre de Gauvain tenia un destino extraño: un Gauvain la atacaba y otro Gauvain la defendia: de aquí cierta reserva en el ataque. Pero no se llevaba con la misma la defensa porque el marqués de Lantenac era de los que no reparaban en nada y por otra parte siempre habia vivido en Versalles

y no tenia ningun cariño á la Tourgue que apenas le era conocida. Habia ido á refugiarse en ella por no tener otro asilo; pero la hubiera demolido sin escrúpulo si el demolerla le hubiese podido aprovechar para su causa. Gauvain era mas respetuoso.

El punto débil de la fortaleza era el puente; pero en la biblioteca, que caia sobre el puente, estaban los archivos de la familia; si se daba el asalto por allí, el incendio seria inevitable, y quemar los archivos era para Gauvain en cierto modo como atacar á sus padres. La Tourgue era la casa solariega de los Gauvain; de ella procedian todos sus feudos de Bretaña, lo mismo que los de Francia procedian de la Torre del Louvre; allí estaban los recuerdos domésticos de Gauvain; allí habia nacido él mismo; las vicisitudes tortuosas de la vida le llevaban en su edad viril á atacar la misma fortaleza que le habia protegido en su infancia. ¿Seria con ella tan impío que se resolviera á reducirla á cenizas? Quizá su propia cuna estaba todavia en algun rincón del granero ó de la biblioteca. Ciertas reflexiones son emociones, y Gauvain en presencia de la antigua casa de su familia se sentia conmovido. Por eso habia evitado el ataque del

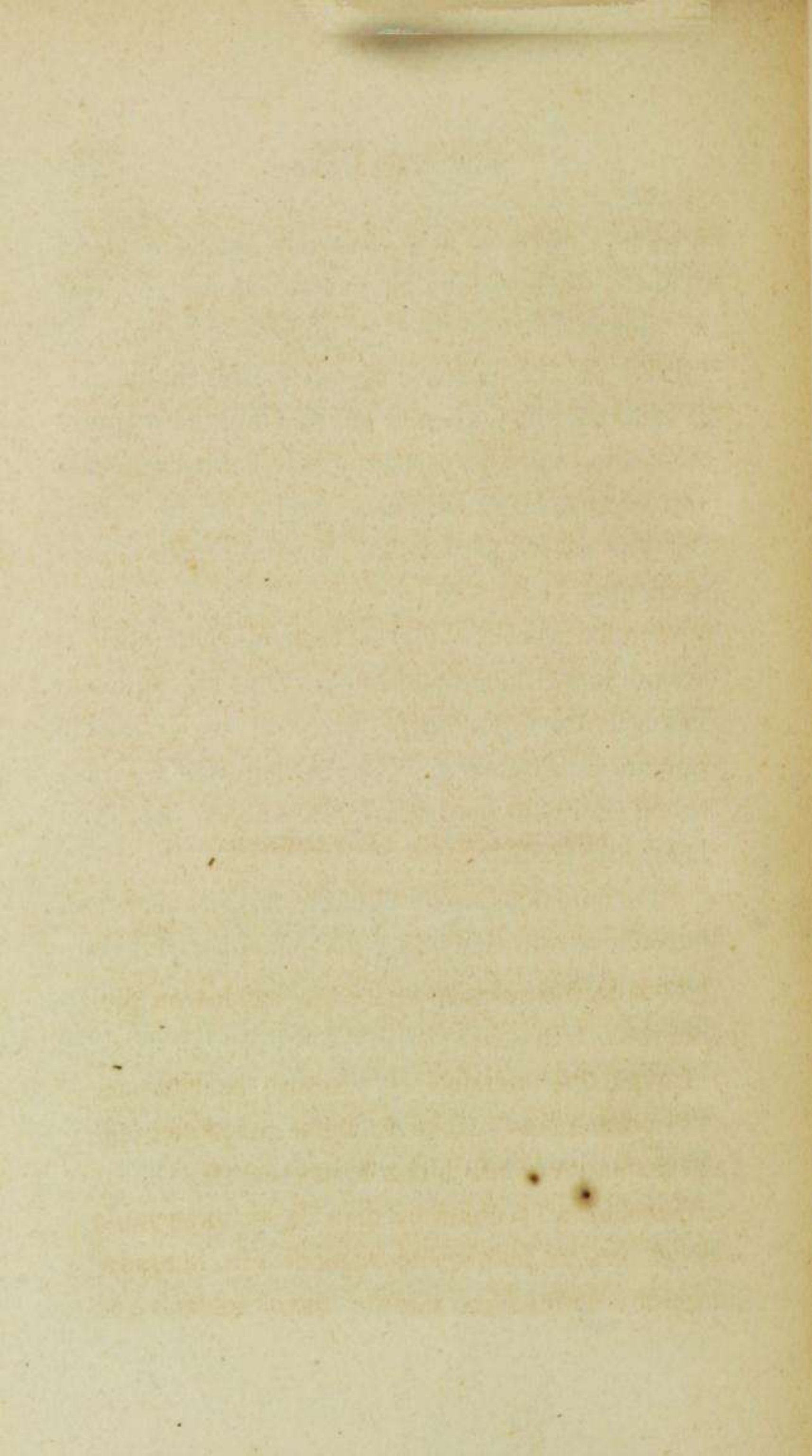
puente, contentándose con situar á su frente una batería para hacer imposible toda salida ó evasión por aquella parte. Por eso tambien, habiéndose decidido á atacar por el lado opuesto, tuvo que hacer los trabajos de mina y de zapa al pie de la torre.

Cimourdain le habia consentido seguir este plan, aunque reconviniéndose á sí propio por su condescendencia. La aspereza de su carácter le hacia fruncir el ceño ante aquellas vejeces góticas, y no queria tener mas indulgencia con los edificios de la que tenia con los hombres. Perdonar un castillo era ya un principio de clemencia; y siendo la clemencia el flaco de Gauvain, Cimourdain, como es sabido, le vigilaba y le detenia en aquella pendiente, á su juicio, funesta. Sin embargo él mismo no podia menos de reconocer y confesar en su interior, aunque con indignacion contra su debilidad, que no habia podido volver á ver la Tourgue sin un secreto estremecimiento; enterneciase delante de aquella sala de estudio donde estaban los primeros libros que habia hecho leer á Gauvain. Habia sido cura de la aldea inmediata de Parigné; habia habitado el último piso del castillejo del puente; en aquella biblioteca habia tenido so-

bre sus rodillas al niño Gauvain, enseñándole el alfabeto; y entre aquellas cuatro paredes ya viejas era donde habia visto á su querido discípulo, al hijo de su alma crecer corporal y espiritualmente. ¿Podia destruir y quemar aquella biblioteca, aquel castillejo, aquellas paredes donde habian resonado las bendiciones prodigadas sobre la cabeza del niño? Por eso les perdonaba, aunque no sin remordimientos.

Habia pues dejado á Gauvain entablar el ataque por el lado opuesto. La Tourgue tenia un lado selvático que era la torre, y otro civilizado que era la biblioteca; y Cimourdain habia permitido á Gauvain que batiese tan solo en brecha el lado salvaje.

Por lo demás, para aquella antigua mansion, atacada por un Gauvain y defendida por otro Gauvain, volvian, en plena revolucion, los tiempos feudales. Las guerras entre parientes forman toda la historia de la Edad Media; los Eteocles y los Polínices son tan góticos como griegos, y Hamlet hace en Elsenor lo que Orestes hizo en Argos.



XI.

BOSQUÉJASE EL SALVAMENTO.

Toda la noche pasaron los dos bandos en preparativos.

Luego que terminó el siniestro parlamento, cuyos pormenores acaban de leerse, el primer cuidado de Gauvain fué llamar á su teniente.

Guechamp , á quien no deja de ser importante conocer, era un hombre de segunda fila, honrado, intrépido , de mediano talento, mejor soldado que

jefe, rigurosamente inteligente hasta el punto en que el deber manda no entender ya mas, duro hasta el extremo de no enternecerse nunca, inaccesible á la corrupcion, de cualquiera especie que fuese, lo mismo á la venalidad, corruptora de la conciencia, que á la compasion, corruptora de la justicia. Tenia en el alma y en el corazon las dos pantallas que se llaman disciplina y consigna, como un caballo tiene orejeras delante de los ojos, y marchaba de frente por el espacio que le dejaban libre. Su paso era recto, pero era estrecho su camino.

Por lo demás, hombre seguro, rigido en el mando, puntualísimo en la obediencia.

Gauvain le dirigió la palabra y dijo con viveza de espresion :

—Guechamp, una escalera.

—Mi comandante, no tenemos ninguna.

—Es preciso tener una.

—¿Para escalar?

—No, para salvamento.

Guechamp reflexionó y respondió:

—Comprendo; pero es necesario que sea muy larga para lo que quereis.

—Que alcance por lo menos á tres pisos.

—Sí, mi comandante, esa es la altura poco mas ó menos.

—Y debe ser aun mayor para tener seguridad del éxito.

—Sin duda.

—¿Cómo es que no teneis escalas?

—Mi comandante, no habeis creido oportuno atacar la Tourgue por el lado de la meseta, contentándoos con bloquearla por ese lado. Habeis querido atacar, no por el puente, sino por la torre; por eso no nos hemos ocupado sino en las obras de mina y no hemos traído escalas.

—Mandad hacer una escalera inmediatamente.

—Una escalera para tres pisos no se improvisa.

—Se atan por los extremos otras mas cortas.

—Pero es preciso tenerlas.

—Buscadlas.

—No es fácil que se encuentren. Los campesinos en todas partes, asi como desmontan los carros y cortan los puentes, destruyen las escaleras.

—Es verdad, quieren paralizar la accion de la república.

—Quieren que no hallemos medios ni de llevar un convoy, ni de pasar un rio, ni de asaltar un muro.

—Sin embargo, necesito de todos modos una escalera.

—Me ocurre una idea: en Javené, cerca de Fougères, hay una gran carpintería. Allí podremos hacernos con escaleras.

—No hay un minuto que perder.

—¿Para cuando la quereis?

—Para mañana á estas horas lo mas tarde.

—Voy á enviar á Javené un espreso á galope: llevará la órden de requisa, y como tenemos allí un destacamento de caballería, él proporcionará la escolta; y la escalera podrá estar aquí mañana antes de ponerse el sol.

—Me parece bien, dijo Gauvain: eso es bastante: despachad.

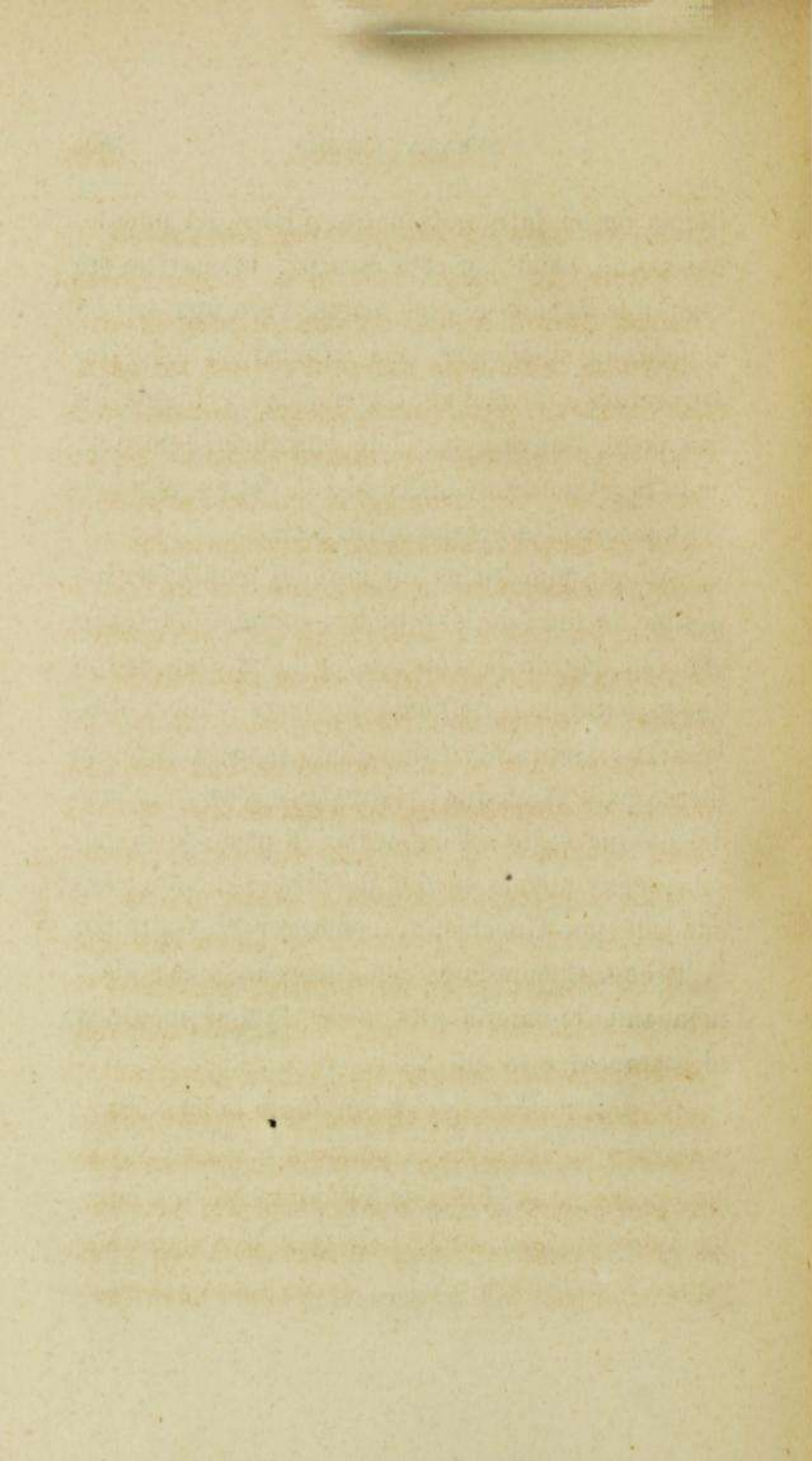
Diez minutos despues, Guechamp volvió y dijo á Gauvain:

—Mi comandante, ya ha marchado el ordenanza á Javené.

Gauvain subió á la meseta y permaneció por algun tiempo con la vista fija en el puente-castillejo construido al través del barranco. El ala del edificio, sin mas entrada que la puerta baja cerrada por el puente levadizo, levantado á la sazón, daba frente á la escarpa del barranco. Para

llegar desde la meseta á los pilares del puente, habia que bajar por esta escarpa, lo cual no era imposible asiéndose á las matas. Pero una vez en el foso, el sitiador se veia expuesto á todos los proyectiles que podian llover sobre él desde los tres pisos. Gauvain acabó de convencerse de que, dada la situacion de las cosas, el ataque sería mas ventajoso por la brecha de la torre.

Adoptó pues todas sus medidas para hacer imposible la fuga de los sitiados; completó el estrecho bloqueo de la Tourgue, y apretó las mallas de sus batallones de modo que nada pudiera atravesarlas. Gauvain y Cimourdain se repartieron la fuerza para el ataque : Gauvain se reservó el lado del bosque y dió á Cimourdain la parte de la meseta, conviniendo en que mientras Gauvain, secundado por Guechamp, condujese el asalto por la brecha, Cimourdain, con la mecha encendida y mandando la batería alta, observaría el puente y el barranco.



XII.

LO QUE HACIA EL MARQUÉS.

Mientras que fuera de la torre todo se preparaba para el ataque, dentro se disponia tambien todo para la resistencia.

No deja de haber cierta analogía entre torre y tonel porque así como se perforan con un punzon las duelas de un tonel se perforan con una mina los muros de una torre. Esto es lo que habia sucedido á la Tourgue.

El poderoso golpe de punzon dado por dos ó tres quintales de pólvora , habia agujereado de parte á parte el enorme muro. Aquel boquete partia del pié de la torre, atravesaba la muralla en su mayor grueso, y terminaba formando una especie de arco grosero en la sala del piso bajo de la fortaleza. Los sitiadores desde sus baterías, á fin de hacer la brecha practicable para el asalto, la habian modelado y ensanchado á cañonazos.

El piso bajo hasta el cual penetraba la brecha era una gran sala redonda, toda desnuda, con un pilar central que sostenia la clave de la bóveda. Aquella sala, la mayor de todo el edificio, no tenia menos de cuarenta piés de diámetro. Cada uno de los pisos de la torre se componia de una sala semejante, pero menor, con aposentillos en los huecos de las aspilleras. Pero la sala del piso bajo no tenia aspilleras, ni tragaluces, sino la misma claridad y el mismo aire que una tumba.

En esta sala estaban la puerta de los calabozos del olvido, que tenia mas hierro que madera, y otra puerta de la escalera que conducia á los pisos superiores, escalera abierta, como todas, en el espesor de los muros.

A esta sala baja podían llegar los sitiados por la brecha que habían practicado; pero todavía, aun tomada esta sala, les faltaba tomar la torre.

Jamás había sido posible respirar en semejante sala; nadie había podido pasar en ella veinticuatro horas sin morir asfixiado; pero la brecha, permitiendo la entrada del aire exterior, le había dado condiciones bastantes para que pudiera vivir en ella.

Por eso los sitiados no cerraron la brecha.

Y además, ¿para qué cerrarla? El cañon la habría abierto de nuevo.

Fijaron en el muro una argolla de hierro y en ella una antorcha, y con esto tuvieron alumbrada la sala del piso bajo.

Ahora ¿cómo defenderse en ella?

Tapar el boquete era fácil, pero inútil: era mejor construir una *retirada*. Una retirada es un atrincheramiento de ángulo entrante, especie de barricada doble que permite hacer converger los fuegos de diversos puntos sobre los sitiadores, y que dejando al exterior abierta la brecha, la cierra verdaderamente por dentro. No les faltaban materiales y construyeron en efecto una retirada con aberturas para los fusiles. El ángulo entrante de

este reducto apoyaba su vértice en el pilar central y las dos alas tocaban al muro por las dos partes. Hecho esto, se practicaron en los puntos convenientes algunos barrenos para minas.

El marqués lo dirigia todo: siendo inspirador, ordenador, guía, maestro, alma terrible de aquella defensa.

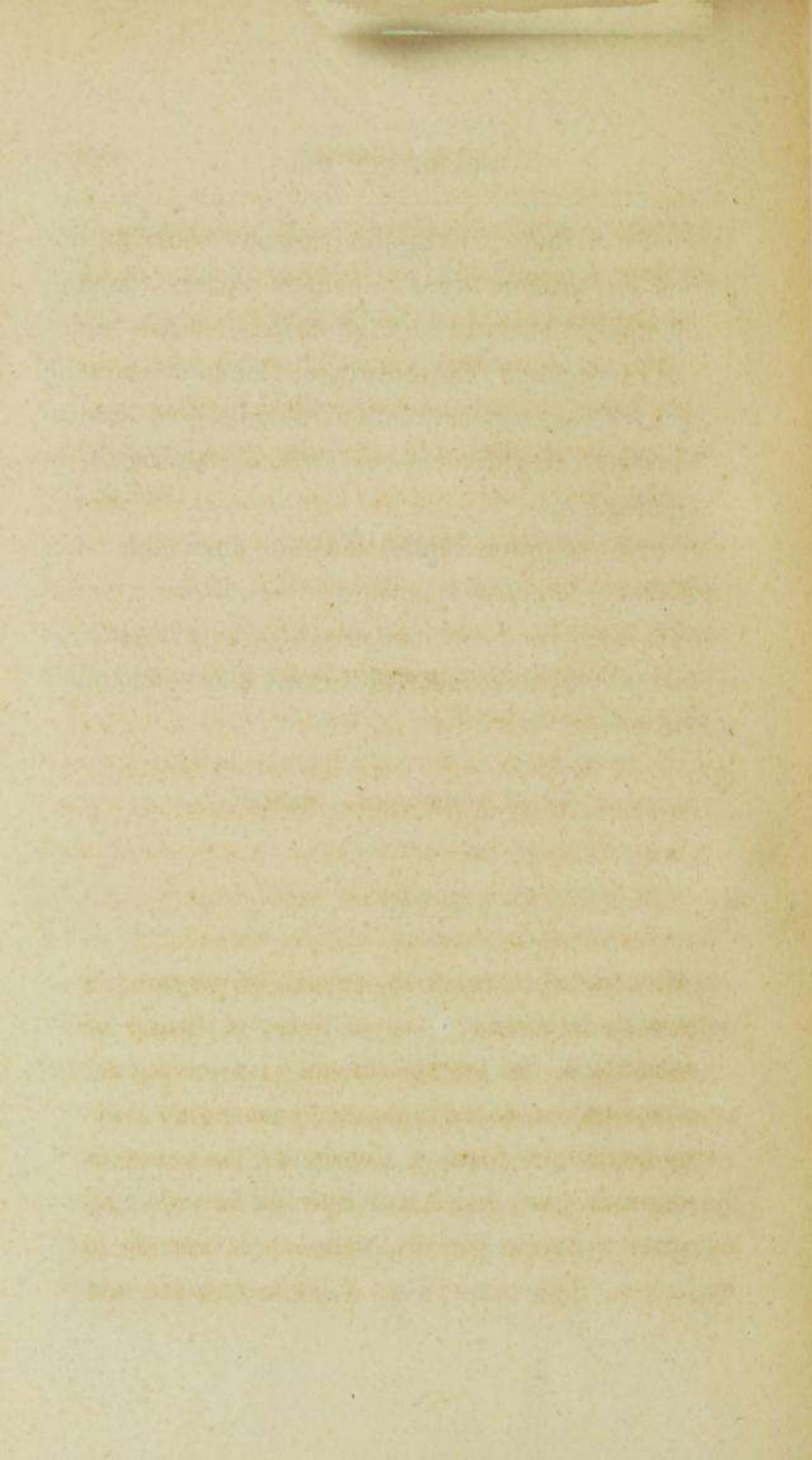
Lantenac era de esa raza de guerreros del siglo XVIII que á los ochenta años de edad salvan ciudades. Se parecia á aquel conde Alberg, que casi centenario, espulsó de Riga al rey de Polonia.

—Valor amigos, decia el marqués; recuerdo que á principios de este siglo, en 1713 Cárlos XII, encerrado en Bender en una casa, se sostuvo con trescientos suecos contra veinte mil turcos.

Fortificaron tambien los dos pisos superiores; cerráronse las piezas con barricadas, hicieron aspilleras, atrancáronse las puertas con vigas empotradas á fuerza de golpes de mazo, y solamente se dejaron libres las escaleras de caracol que comunicaban con los diversos pisos por que eran necesarias para la circulacion y dificultarla para el sitiador habria sido tambien dificultarla para el sitiado. Por eso la defensa de las plazas ha tenido siempre un lado débil.

El marqués infatigable, robusto como un joven, levantando vigas, llevando piedras, daba el ejemplo, poniendo mano al trabajo, dando órdenes, ayudando, fraternizando, riendo con aquella gente feroz, conservandose sin embargo á la altura de su categoría de señor, altivo, familiar, elegante, feroz.

No admitia réplica cuando mandaba. Les decia: *si la mitad de vosotros se me sublevara, la haria fusilar por la otra mitad y defenderia la torre con los que me quedasen.* Tales cosas hacen adorado á un jefe.



XIII.

LO QUE HACIA EL IMANO.

Mientras el marqués se ocupaba en preparar la defensa de la brecha y de la torre, el Imano se cuidaba de la del puente. Desde el principio del sitio la escalera de salvamento, suspendida transversalmente por fuera y debajo de las ventanas del segundo piso, habia sido retirada de orden del marqués y puesta por el Imano en la sala de la biblioteca. Esta escalera era quizá la que Gauvain

queria reemplazar por otra. Las ventanas del entre-suelo llamado sala de guardias estaban defendidas por una triple armadura de barrotes de hierro fijos en la piedra, y no se podia entrar ni salir por ellas.

No habia barrotes en las ventanas de la biblioteca, pero eran muy altas.

Hízose acompañar el Imano de tres hombres, capaces de todo como él y resueltos á todo. Eran Hoisnard, alias Rama de Oro y los dos hermanos llamados Pica-en-Bosque. El Imano tomó una linterna sorda, abrió la puerta de hierro y visitó minuciosamente los tres pisos del castillejo del puente. Hoisnard Rama de Oro era tan implacable como el Imano, sobre todo desde que los republicanos habian dado muerte á un hermano suyo.

El Imano examinó el piso superior lleno de heno y de paja, y el inferior al cual hizo llevar varias ollas de alquitran para añadirlas á los toneles; puso con estos en contacto un monton de haces de brezo y se aseguró del buen estado de la mecha azufrada que por un extremo se comunicaba con los toneles y por otro con la torre. Derramó tambien por el suelo debajo de aquellos y de los haces una gran cantidad de alquitran, empapando

con él parte de la mecha; y por último trasladó á la sala de la biblioteca, entre los pisos superior, donde estaba la paja, é inferior donde estaba el alquitran, las tres cunas donde dormían profundamente Renato, Alan y Georgina, mandando que se les llevase con cuidado para no despertarlos.

Eran estas cunas sencillos cuévanos de campaña, especie de canastillas de mimbre muy bajas, que puestas en el suelo permiten al niño salir de la cuna por sí, sin auxilio ageno. Cerca de cada cuna el Imano puso una escudilla de sopa con su cuchara de palo. La escalera de salvamento retirada de las ventanas habia sido puesta en el suelo de la biblioteca y apoyada contra la pared. El Imano mandó colocar las cunas tocándose por los extremos junto á la otra pared en frente de la escalera, y despues pensando que podria ser útil establecer corrientes de aire, abrió de par en par las seis ventanas de la biblioteca. Era una noche de verano, en que á la serenidad de la bóveda azulada se unia la suave tibieza del ambiente.

Envió tambien á los hermanos Pica-en-bosque á abrir las ventanas de los pisos superior é inferior; porque habia observado en la fachada oriental del edificio una gran hiedra vieja y seca de color de

yesca, que pensó podría serle útil, pues cubría todo un lado del puente de alto abajo, y formaba como una especie de marco á las ventanas de los tres pisos. Por último, despues de haber inspeccionado todo de una ojeada definitiva, los cuatro hombres salieron del castillejo y regresaron á la torre. El Imano cerró de nuevo con dos vueltas de llave la pesada puerta de hierro, consideró atentamente la cerradura enorme y terrible, y examinó con aire de satisfaccion el cabo de la mecha azufrada que pasaba por el agujero que habia hecho, y era el único medio que quedaba de comunicacion entre la torre y el puente. Aquella mecha partiendo de la sala redonda pasaba bajo la puerta de hierro, entraba por la bóveda, descendia por la escalera del piso bajo del puente serpenteaba por la espiral, se arrastraba por el suelo de la sala de guardias y terminaba en el charco de alquitran en contacto con los toneles y las faginas. El Imano habia calculado que se necesitaria un cuarto de hora para que la mecha encendida en el interior de la torre comunicase el fuego al alquitran que estaba debajo de la biblioteca. Tomadas todas estas disposiciones, y hecha la visita de inspeccion, devolvió la llave de la puerta de hierro

al marqués de Lantenac, el cual se la guardó en el bolsillo.

Importaba vigilar todos los movimientos de los sitiadores. El Imano fue á situarse de centinela con su trompeta al cinto en la garita de la plataforma en lo alto de la torre. Allí sin cesar de observar por un lado el bosque, por otro la meseta, y teniendo á su inmediacion un frasco de pólvora, un saco de balas y números de periódicos, se ocupó toda la noche en hacer cartuchos.

Cuando salió el sol, pudieron verse en el bosque ocho batallones con las fornituras puestas y la bayoneta armada, prontos para el asalto; en la meseta una batería de piezas con sus cartuchos y cajas de metralla en disposicion de entrar en fuego; en la fortaleza diez y nueve hombres cargando trabucos, fusiles, pistolas y escopetas, y en las tres cunas tres niños dormidos.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

TABLA
DEL TOMO SEGUNDO

PRIMERA PARTE.

EN PARIS.

(CONTINUACION)

LIBRO SEGUNDO.

LA CONVENCION.

i. La convencion.	9
ii. Marat en los pasillos.	73

TERCERA PARTE.
EN LA VENDÉE.

—

LIBRO PRIMERO.

LA VENDÉE.

I.	Las selvas.	89
I.	Los hombres.	95
III.	Connivencia de los hombres y de las selvas. .	99
IV.	La vida vendeana bajo tierra.	105
V.	La vida de los vendeanos en guerra.	109
VI.	El alma de la tierra se trasmite al hombre. . .	119
VII.	La Vendée concluyó con la Bretaña.	127

LIBRO SEGUNDO.

LOS TRES NIÑOS.

I.	Plus quam civilia bella.	133
II.	Dol.	147
III.	Pequeños ejércitos y grandes batallas.	161
IV.	Por segunda vez.	177
V.	La gota de agua fria.	183
VI.	Pecho curado, corazon herido	189

vii.	Los dos polos de la verdad.	201
viii.	Dolorosa.	215
ix.	Una bastilla de provincia.	221
	i. La tourgue.	221
	ii. La brecha.	225
	iii. El calabozo del olvido.	227
	iv. El puente del castillejo.	231
	v. La puerta de hierro.	239
	vi. La Biblioteca.	243
	vii. El granero.	245
	viii. Los rehenes.	247
x.	Espantoso como lo antiguo.	259
xi.	Bosquejaré el salvamento.	267
xii.	Lo que hacia el Marqués.	273
xiii.	Lo que hacia el Imano.	279

UNIVERSIDAD DE CADIZ



3721482130

